En la cubierta: *Notre Dame de Paris*
(Maximilien Luce, Colección privada)

Edición realizada por
Departamento de Servicios Editoriales

ISBN: 84-348-3816-8. Dep. legal: M. 30167-1992. Imprenta SM

Prólogo

El siglo XIX es un siglo en búsqueda de su equilibrio, a través de grandes convulsiones revolucionarias... De la Monarquía a la III República, pasando por dos Imperios, la Restauración y una corriente liberal que continuará durante todo el siglo. Inestabilidad, esperanzas y decepciones, violencia y romanticismo se mezclan: Chateaubriand y Lamartine, Víctor Hugo y Musset, Beethoven y Chopin. Es la era de los inventos: del ferrocarril, del teléfono, del gramófono, de la luz eléctrica y del automóvil. La torre Eiffel se alza altivamente. El descubrimiento de la máquina de vapor acelera el desarrollo de la industria. Se abre una fosa entre las clases sociales, terreno muy favorable para el Capital *de Marx; una revolución social lenta y dolorosa. Se desarrolla el trabajo de las mujeres y de los niños en todos los oficios y surgen los primeros sindicatos cristianos. Se produce el divorcio entre ciencia y fe y también entre cultura y fe. Y, sin embargo, hay grandes sabios cristianos: Ampère, Pasteur, Laënec.*

La Iglesia en este siglo XIX es el blanco de los ataques conjuntados del ateísmo y de la revolución, del materialismo y del humanismo ateo. Voltaire y Rousseau dejan huella todavía en muchos ambientes. El miedo lleva a una gran parte del mundo católico a replegarse sobre sí mismo, fríamente, y a rechazar todo ideal de justicia social. Pero surgen algunos profetas que, siguiendo a Lamennais, permanecen en los primeros puestos de la Iglesia. Dios prepara testigos fuera de serie, fuera de norma, inesperados para hacer frente

a este extraordinario desorden de nuestros dos últimos siglos. De ahí una Iglesia cargada de barro, herida por haber perdido sus privilegios, pero una Iglesia viva, nuevamente fecunda. Fundadores de órdenes o reformadores, ya que es también el siglo de la vida religiosa: Lacordaire, Emmanuel d'Alzon, Marie Thérèse Soubiran, Euphrasie Pelletier, para no nombrar más que algunos; el siglo de la misión con Mère Javouhey; del compromiso social cristiano de importantes seglares: Montalembert, Frédéric Ozanam. De la persecución, pero también del reconocimiento oficial de numerosos institutos. De leyes difíciles, aunque luego favorables para la enseñanza católica, y ello en distintas ocasiones; Madeleine Sophie Barat y Don Bosco, santos que resplandecen y santos cuya gloria está oculta: Jeanne Jugan, el cura de Ars, Teresa del Niño Jesús. Convertidos como Newman. Monseñor Affre, Arzobispo de París, que muere en las barricadas.

La palabra oral y escrita se ofrece para ser escuchada y para ser leída: las conferencias cuaresmales de «Notre Dame», inauguradas por Lacordaire, continúan. La prensa saca a la luz grandes diarios como L'Avenir, L'Univers *y, más tarde,* La Croix.

Seis papas soportan largos años de carga; el poder temporal les es arrebatado. El Concilio Vaticano I y la infalibilidad del Papa marcan el final del siglo, así como también la primera gran encíclica social.

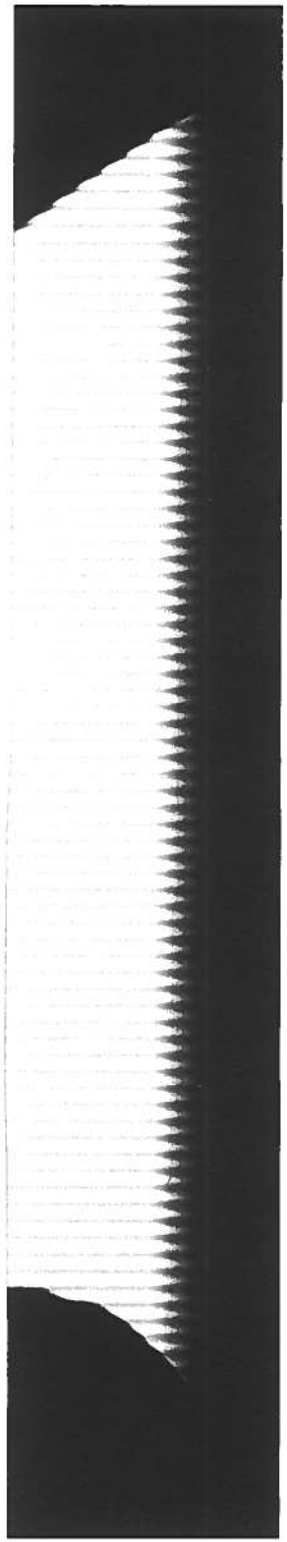
No lo olvidemos: dos de las más importantes apariciones de la Virgen María en la tierra de Francia tienen lugar en este siglo: a Catherine Labouré, «rue du Bac» (París) y a Bernadette en Lourdes.

La renovación litúrgica de Dom Guéranger sustenta todo esto como un arbotante. La liturgia, inseparable compañera de todo despertar de la Iglesia, fue la última flor de este gran siglo bendecido por Dios; así el mundo estuvo, en este tiempo, no obstante difícil, un poco más unido a Él.

Y he aquí, en este siglo, que una mujer vivirá los ochenta y un años de su vida. Unida, por las ideas y por la amistad, a los personajes de los que hemos hablado. Manteniéndose en las fronteras de la Iglesia, fundadora y santa, María Eugenia Milleret ama a su época y trata de comprenderla. Se apasiona por el Evangelio y por su tiempo, al que sigue en sus progresos, en sus inquietudes, en sus problemas y en sus combates. Frente a este mundo, como en una gestación, nace en ella una respuesta:

—Dios es soberano, es la Verdad, la Belleza, la Bondad: su amor nos impone el amor. Es necesario concederle el primer puesto en los corazones, en la sociedad, en la Historia. ¡Cristo es nuestro Rey! Hacerle conocer y amar, así como a su Iglesia inseparable. Esto se llevará a cabo mediante la educación, y en particular la de las mujeres. El Evangelio debe penetrar en la sociedad de modo que la transforme, a fin de extender el Reino de Dios.

María Eugenia tendrá una vida relativamente sencilla, con los sufrimientos y las persecuciones comunes prometidas a los discípulos de Cristo. Los fracasos y los éxitos, las incomprensiones y las oposiciones de algunos eclesiásticos son todavía las nuestras. Desde entonces se empieza a soñar con imitarla en su fe y en su amor al Dios absoluto. En esta realidad ordinaria, convertida en extraordinaria por el amor, es donde la encontramos. Creyendo más allá de sus propias dudas, María Eugenia emprenderá para el Reino una obra de fe con unos medios muy pobres, «los medios pobres de Jesucristo», dirá más tarde. Esta obra dará lugar al



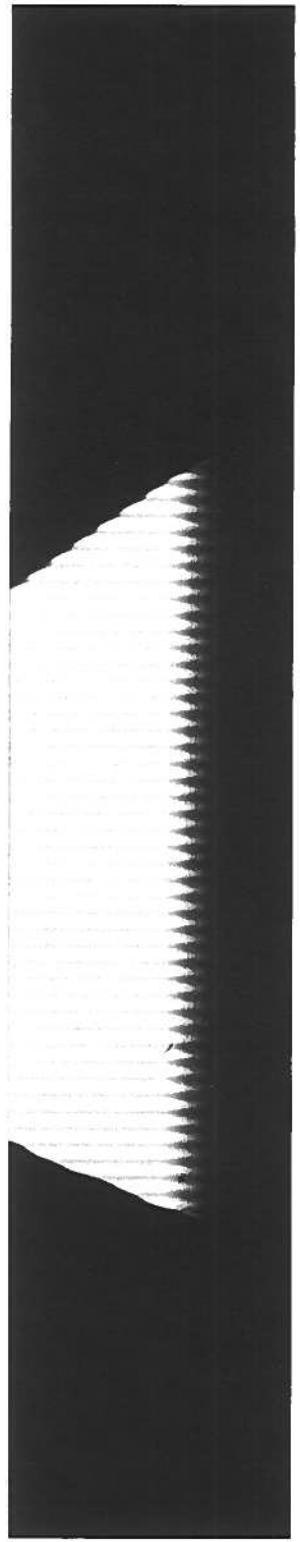
nacimiento de una congregación, la de las Religiosas de la Asunción, a las que les da la vida contemplativa, la de las grandes órdenes; el fuego misionero que las llevará hasta los extremos de la tierra, y una vida comunitaria de carácter agustino, dirigida hacia Dios, nuestro único bien.

Locura para unos, pero sabiduría para Dios, ya que esta congregación vive hoy en cuatro continentes.

Desde el comienzo de este libro es preciso señalar los límites y las posibilidades. Nuestros archivos, en efecto, poseen documentos de primera mano muy numerosos: casi 12.000 cartas de la propia María Eugenia, un volumen de notas personales, instrucciones dadas a las hermanas cada semana durante 25 años, etc. Sería difícil para una sola persona, aun la más competente, el pretender haberlo leído todo. Yo estoy, evidentemente, lejos de haberlo hecho. Me inspiré, pues, sobre todo, en aquellos textos que consideramos fundacionales, y en los estudios hechos últimamente por diversas hermanas. Las citas, la mayoría de las veces, serán de las cartas de María Eugenia; otras de su diario personal y de las instrucciones dadas a las hermanas. Voy a espigar aquí y allá, pidiendo a Dios que me guíe, y fiándome de mi propia experiencia respecto a María Eugenia, tal como me la han revelado felizmente, día a día, mis ya cerca de cuarenta años en la Congregación. No quiero escribir para las hermanas de la Asunción, pues conocen a «nuestra madre fundadora» tan bien como yo y acaso mejor. Escribo este librito para nuestros amigos, los amigos de la Asunción que se quejan, con razón, de no tener gran cosa de la sencilla y hermosa vida de María Eugenia. Me propongo también dialogar con ellos y hacer brotar el jugo de esta espiritualidad ya presente en ellos más de lo que piensan.

La redacción seguirá el orden cronológico. A través de la trayectoria de esta vida, desde su comienzo hasta su fin, trataré de decir lo que es indecible: la forma en que la gracia de Dios ha prendido en ella, para beneficio nuestro y de la Iglesia.

Soeur HÉLÈNE MARIE



1 Metz, Preisch y París

1817-1832

«Esta educación en el campo deja una fuerte impronta»

EN Metz, en el número 12 de la calle de «Haut-Poirier», en una gran casa visible todavía en nuestros días, es donde nació Eugenia Milleret, en la noche del 25 al 26 de agosto de 1817, día de San Luis.

La familia Milleret desciende de un condotiero italiano, Miglioretti, al servicio de Francia bajo Francisco I. Las armas de la familia: una fortaleza, un águila, dos estrellas y un tallo de mijo, en italiano «miglio» o «miglioretti», probablemente. La divisa del blasón: «Nihil sine fide» (Nada sin la fe).

Jacques Milleret (padre de Eugenia) conoce a Eléonore Eugénie de Brou en Luxemburgo. Sorprendido por la gracia de esta joven, pidió su mano en matrimonio y se casaron. Ella tiene diecinueve años, él tiene veintidós. Cinco hijos nacen de este matrimonio: tres niños y dos niñas.

Ana María Eugenia es la penúltima. Más tarde le gustará recordar el rico patronazgo de Santa Ana, de la Virgen María y de la joven mártir Eugenia. Recibe el bautismo el 5 de octubre en la capilla neogótica de Preisch, dedicada a María Magdalena.

Preisch es una vasta propiedad, cerca de Metz, donde la familia Milleret pasa una parte del año, mientras que la otra transcurre en la casa señorial de Metz. Doscientas hectáreas de tierra, arroyos, árboles, monte bajo, dedicados a la caza, pero sobre todo a los juegos de los niños. Ana Eugenia tiene su perro, lo mismo que Luis, el hermano más próximo, fiel compañero de sus juegos y de sus travesuras, de sus soledades y de sus fiestas. Una gacela de grandes ojos negros fue domesticada por los niños y se acerca a comer en su mano. La vida en Preisch es sana y fuerte; allí llevan un tren de vida cómodo, pero en él se aprende el valor, el dominio de sí mismo, las distracciones sencillas y una cierta austeridad.

El señor Milleret es más bien frío y severo. Hombre de negocios, brillante y respetado, posee tres bancos, es el recaudador general de los impuestos y pronto será diputado por «Moselle». Es adicto a las ideas de Voltaire, probablemente deísta, inscrito en los registros masónicos. Políticamente milita en la oposición liberal bajo el régimen de la Restauración.

La señora de Milleret pertenece a una familia de la nobleza militar, cuyos orígenes se sitúan en Bélgica y en Luxemburgo. Su padre muere en Austria. Estas raíces pluriculturales proporcionan al cuadro familiar una gran amplitud de espíritu. Los niños hablan corrientemente el alemán y el francés. La misma tierra de Preisch es un verdadero istmo que se asoma a Luxemburgo, a Alemania y a Francia; desde las ventanas del castillo se ven estos tres países. La señora de Milleret es poco cristiana, pero es el alma de la casa, dulce y firme, venerada por los hijos. Sensible, pero sin quererlo demostrar, tiene una naturaleza fuerte y enérgica que la lleva a imprimir en la educación de sus hijos un carácter de renuncia *que siempre me ha parecido,* dirá María Eugenia, *tan cristiano como muchas educaciones llamadas religiosas.* Les da una sólida formación que les permitirá más tarde incorporarse a diversas escuelas. Trabajan en la casa, leen en la rica biblioteca del señor Milleret. Pero también visitan a los enfermos, a los pobres de los alrededores, con respeto y bondad. Los niños aprenden de su madre lo que María Eugenia llamará más tarde *virtudes naturales*: honestidad, rectitud, generosidad.

En la capilla del castillo hay una estatua de Nuestra Señora de la Consolación, que todos les gusta visitar. Esta virgen de madera policromada ha debido de recibir muchas confidencias [1].

[1] Actualmente está en la capilla de Auteuil (París).

Sin embargo, las pruebas no faltan. Ana Eugenia tiene cinco años cuando muere Carlos, cuatro años mayor que ella. Un año más tarde es Elisabeth, la niña de once meses que les fue arrebatada también. Eugenio, el mayor, tiene ya veinte años. Es pues con Luis, sobre todo, con quien Eugenia va a pasar su infancia. Tienen casi la misma edad; se quieren tiernamente y tienen una gran intimidad. Podemos imaginar que las conversaciones oídas en el salón, las recepciones políticas, sociales, plantean preguntas *sobre el misterio de nuestra existencia*, como escribirá María Eugenia. Luis es un maravilloso interlocutor con el que Ana Eugenia aprende ya a compartirlo todo.

En esta educación, en la que *aparentemente no se contaba con Cristo,* un acontecimiento, una gracia mística se desarrollará en toda la vida de María Eugenia y en la de la congregación. *Este instante fue corto, pero no lo he olvidado jamás.* ¡Navidad de 1829! Ana Eugenia Milleret hace la primera comunión en la iglesia de «Sainte Ségolène» de Metz, según las convenciones sociales habituales y sin ni siquiera la preparación ordinaria, con pocas lecciones que recibía ya en la parroquia, ya en la casa del párroco. Recibe el Cuerpo de Cristo. De pronto se siente amorosamente aprehendida por la grandeza de Dios, ella tan pequeña. El Ser de Dios, el Dios vivo, la absorbe. Ana Eugenia desea rendirle homenaje y comprende en un instante que puede hacerlo por Aquel que acaba de recibir.

Pero esto no es todo. En ese coro románico relativamente pequeño de «Sainte Ségolène», todo se viene abajo. El punto de apoyo de su vida cambia. Siente *una separación silenciosa de todo aquello con lo que tenía hasta entonces algún vínculo, para entrar, sola, en la inmensidad de Aquel que ella poseía por primera vez...;*

en el instante en que recibí a Jesucristo, fue como si todo lo que había visto en la tierra, incluso mi madre, no fuera más que una sombra pasajera. Todo se relativiza. Brusca madurez del corazón, de todo el ser. Después, cuando trataba de encontrar su sitio y el de su madre, una voz se hizo oír claramente en su corazón: *Perderás a tu madre, pero yo seré para ti más que una madre. Llegará un día en que dejarás todo lo que amas para glorificarme y servir a esta Iglesia que no conoces.*

En ese instante, la niña atribuye a la primera comunión todo lo que le ocurre. Pero, en realidad, esta experiencia de Dios y de Cristo la saboreará cada vez más, volverá a ella, cuando sienta el peso espiritual. En cada etapa de su larga vida, hablará a sus hermanas, con mucho detalle, de lo que considera como la gracia fundamental de la que derivó todo lo demás. *Me parecía que mis ojos se cerraban a todo lo que habían visto hasta entonces, para abrirse a Aquel que era únicamente todo para mí. Perdida en mi Dios, mi alma olvidaba todo lo demás... No sentía ya la presencia de ninguna cosa, sino de Dios, cuya inmensidad parecía suspender y ensimismar todas mis potencias.*

¡Así sucedió! Por la elección misteriosa y procedente de Dios, el corazón de Ana Eugenia se trasplanta en el de Cristo Jesús para siempre en su misterio eucarístico. Su conversión, su vocación se anuncian ya: perderá a su madre y lo dejará todo para servir a la Iglesia que no conocía. Todo está aquí contenido. ¡Oh Misericordia, exclamaría San Agustín, has venido a buscarme cuando yo no te conocía! En este día, es como si nosotras, las hermanas de la Asunción, hubiéramos nacido del corazón de Dios.

Pero la vida sigue normalmente. La joven adolescente

crece; sabemos que una tifoidea seria le va a impedir seguir sus estudios en Metz y tiene que volver a Preisch, en donde los libros se convierten en sus amigos, en donde aprende a buscar, a profundizar, a reflexionar, enfrentándose a una relativa soledad. Aprecia particularmente a los románticos alemanes.

En 1830, en una época de grave inestabilidad política, el señor Milleret pierde su fortuna, a consecuencia de malas operaciones y de especulaciones imprudentes. Preisch se pone en venta. A la comodidad de una vida dorada sucede bruscamente una vida modesta y la liquidación de los bienes. En Metz se sellan todas las puertas y ventanas *como en una casa mortuoria,* escribía Ana Eugenia. Se acabaron las recepciones alegres y la despreocupación de los más jóvenes.

Más cruel todavía es el drama que mina el hogar. Es el momento en el que se declara, no sin que los hijos lo hubieran intuido, la separación del señor y de la señora de Milleret. Ana Eugenia se va a París con su madre, mientras Luis se queda con su padre. Nuevo desgarro. Más tarde Ana Eugenia podrá escribir: *Roto ese lazo de posesión que os une incluso a los lugares... familia, posición, morada, todo ha cambiado..., apenas veo hoy una sola persona que haya conocido en mi infancia.*

En París, en la colina de Montmartre donde viven ellas, la adolescente tiene algunos momentos de dulce intimidad con su madre. Se intercambian confidencias, así como una ternura jamás expresada en ese grado; estos meses dejarán una huella profunda en el recuerdo de Ana Eugenia.

En 1832 tiene quince años. Una epidemia de cólera hace estragos en la capital. En unas horas, su madre se muere y esta muerte la deja sola, desamparada,

tanto más cuanto que ahí experimentó su total impotencia, y por la falta de auxilios religiosos para su querida madre. Toda su vida sentirá vivo este dolor. Sí, verdaderamente, bendiciones y heridas han marcado la infancia de Ana Eugenia.

2 Notre Dame

1832-1836

«Mis pensamientos
son como un mar agitado
que me fatiga y me pesa»

EL señor Milleret, que trata de recuperar algunos restos de su fortuna en Metz, se preocupa, sin embargo, de su hija. La confía a una amiga de la señora de Milleret que se ofrece a iniciarla en los cuidados de la casa. Se trata de la señora de Dulcet, mujer del recaudador general de Châlons, que era muy rica, muy mundana y que recibía visitas con mucha frecuencia. Ana Eugenia disfrutará de los atractivos de esta vida; su ingenio, así como su encanto, le proporcionaban un gran éxito. Le gustan estas diversiones y, sin embargo, la dejan insatisfecha. Este ambiente más irreligioso todavía que el suyo, los raciocinios artificiosos, los libros leídos, el aguijón siempre presente de la muerte de su madre, le producen turbación, angustia y le suscitan mil preguntas a las que nadie le puede responder.

Mis pensamientos son como un mar agitado que me fatiga y me pesa. Quisiera saber todo, analizar todo, y adentrándome en regiones espantosas, camino audazmente perseguida por no sé qué inquieta necesidad de conocimiento y de verdad que nada puede saciar. Cansada de mí misma, quisiera aniquilar esta inteligencia, hacerla callar, detenerla... Estoy sola, sola en el mundo, en un amargo aislamiento de alma. Y ¿qué interés tienen todos esos que pasan a mi lado, sus risas alegres con las que yo me mezclo, esos amigos que me dan la mano sin inquietarse si sufro...? Cuando estoy con ellos, estoy más sola que nunca; si me muriera mañana, me olvidarían pasado mañana; nadie vendría a rezar a mi tumba.

Problemas y sufrimientos inevitables para aquél o para aquélla que quiere vivir en verdad. Retroceso necesario también para verse sufrir y sufrir más todavía..., para, sin embargo, sacar provecho, aprender a juzgar, a discernir quizá. Escuchémosla de nuevo: *Me*

encuentro absorbida por cuestiones que están por encima de mi alcance y que sería mejor no pensar en ellas... Y además, a este carácter altivo el más fútil objeto le va a ensimismar: una hoja verde, un rayo de sol, ¿qué digo? una vanidad, un elogio.

Ana Eugenia tiene apenas dieciocho años. Su capacidad de reflexión, de análisis, de pensar, es sorprendente.

Estamos en el invierno de 1835; el señor Milleret, inquieto por este ambiente demasiado frívolo, envía a su hija a París a casa de la señora de Foulon, una de sus primas. *Un nuevo cambio me llevó al lado de mujeres muy piadosas, y esto fue quizá un mayor peligro. Me aburrieron, eran de ideas estrechas.* La soledad le pesa. Podría decirse que lo único que tiene es la soledad. Pero sigue estando preocupada, obsesionada por la verdad de la que todavía ignora su nombre.

En medio de estas oleadas, de esta tempestad interior, un ancla, un punto estable, una gota de paz: la gracia eucarística. Ana Eugenia anota: *Mi Dios, con su bondad, me dejó un vínculo de amor. Podía dudar de la inmortalidad de nuestra alma, pero rechazaba involuntariamente todo lo que atacaba al sacramento de nuestros altares, y cuando en la iglesia veía la hostia en las manos del sacerdote le pedía, a pesar mío, que me hiciera como ella y que me condujera más arriba.* Pero continúa diciendo que *su formación, donde Cristo no contaba para nada, cerraba el camino de esta gran devoción.*

Era conveniente para aquellos que se consideraban cristianos seguir unos «ejercicios cuaresmales», un sermón dominical, aquí y allá, en algunas iglesias de París. Ana Eugenia escogió «Notre Dame», donde el joven Lacordaire inauguró sus conferencias hacía sólo un año.

La reputación de la elocuencia y de la fe de quien pronto sería el reformador en Francia de los dominicos, había llegado a oídos de la joven. La multitud se apretujaba en la vieja basílica, y era preciso una larga espera para encontrar sitio. Se asistía a Misa de diez y se permanecía hasta la una, hora en que el Padre Lacordaire subía al púlpito.

En esas horas de espera, Ana Eugenia no se detiene en el aspecto superficial de sus preguntas. Expone ante Dios sus interrogaciones, para aquilatar su afán por la verdad. Reza sin saberlo. En aquellos momentos las palabras que oye le parecen dirigidas directamente a ella y responden exactamente a todo lo que esperaba: «Asamblea, ¿qué quieren ustedes de mí? ¿La verdad? —exclama el Padre Lacordaire—, ustedes la buscan, ustedes quieren recibirla... Insectos de un día, perdidos bajo una brizna de hierba, nos agotamos con vanos razonamientos. Nos preguntamos de dónde venimos, adónde vamos; pero, ¿no podemos decirnos?: ¡Oh tú, quienquiera que seas, que nos has hecho, dígnate sacarme de mi duda y de mi miseria! ¿Quién no puede orar así?... "La duda es el comienzo de la fe, como el temor es el principio del amor"». (Última conferencia de 1836.)

La verdad desciende en su corazón como la lluvia desciende sobre el retoño; la dulce luz de la aceptación está allí también; la turbación se calma súbitamente. Realmente Ana Eugenia está convertida. Muy poco después escribirá al Padre Lacordaire: *Su palabra daba respuesta a todos mis pensamientos. Completaba mi comprensión de las cosas, en fin, me daba una generosidad nueva, una fe que nada le haría ya vacilar. ¡Estaba realmente convertida!* En ella habita desde ahora no sólo la fe en Dios sino también el deseo de ser-

virle. La conversión al Dios de Jesucristo conlleva para ella el don total: *mi vocación data de «Notre Dame»*. Para Ana Eugenia esto es un encuentro con la verdad, con Cristo y con su Iglesia, encuentro decisivo que va a orientar toda su vida ya que quiere, en un solo movimiento, adorar a Dios, cuyo amor se le impone, y consagrarle toda su vida.

Los meses siguientes están en todo iluminados por esta conversión y por la llamada presentida: *Entregar todas mis fuerzas o más bien toda mi debilidad a esta Iglesia que, en adelante, era la única que, a mis ojos, poseía aquí abajo el secreto y el poder del Bien.*

Pero ¿cómo responder a esto? Ana Eugenia se atreve a superar su timidez y va a buscar a aquél cuya palabra le ha esclarecido tanto. Acude a la casa de la señora de Swetchine, en la calle de «Saint Dominique», donde reside el Padre Lacordaire. Pero Ana Eugenia tiene sólo diecinueve años, y la respuesta es de gran sabiduría: «rece y espere»... El Padre Lacordaire le aconseja muchos libros para leer y trabajar: Bonald, Bourdaloue, Joseph de Maistre, toda una literatura contemporánea. El Padre no duda tampoco en hablarle de la vida religiosa en términos que Ana Eugenia no olvidará jamás: es una donación total de sí para los demás, es entregar su voluntad para liberar a aquellos que están todavía encadenados, es una consagración de toda su vida en una relación de amor y con el deseo de seguir a Cristo, de estar estrechamente asociado a su misión de salvación.

3 Saint Eustache

1836-1837

«Soy incapaz de fundar algo en la Iglesia de Dios»

RECE y espere. Durante un año Ana Eugenia espera. Por sus lecturas se reafirma en su fe y descubre una Iglesia que no conocía. Toma conciencia del estado de la sociedad, se apasiona por las ideas de Lamennais, de Montalembert y de todo el joven y fogoso equipo de los intelectuales católicos. Trabajar para el advenimiento del Reino de Cristo y por la liberación del hombre según el Evangelio fue su ideal. *Yo soñaba en ser un hombre para ser como ellos ampliamente útil,* confiesa en sus notas. Para Ana Eugenia la voluntad de Dios es un *estado social donde nadie tendría que sufrir... la opresión de los demás.*

Al mismo tiempo y de modo subterráneo, la pequeña fuente se convierte en arroyo, la gracia de la primera comunión se despliega. Ana Eugenia profundiza su relación personal con Dios con ese atractivo particular hacia Cristo en la Eucaristía. La familia Foulon vive cerca de Saint Sulpice: *Me bastaba,* cuenta Ana Eugenia, *divisar las puertas de Saint Sulpice para conmoverme hasta derramar lágrimas por el amor extremo de Jesucristo hacia mí y por su presencia en nuestros altares.*

El deseo de una consagración total aumenta en Ana Eugenia. Y he aquí que va a tener un encuentro un tanto extraordinario con un hombre no menos extraordinario. Recojo aquí lo que se narra en el libro de nuestros «Orígenes» [1]: «Nuestra Madre nos ha contado con frecuencia que, encontrándose en París con su tía la señora de Foulon, tuvo una noche un sueño muy extraño. Se vio en una grande y bella iglesia que no co-

[1] Relato, en cuatro volúmenes, sobre la fundación y los comienzos de nuestra congregación, escrito por una hermana justo después de la muerte de María Eugenia.

nocía; una multitud llenaba la nave y en el púlpito se encontraba un sacerdote de aspecto venerable que parecía que la miraba largo tiempo, mientras que una voz interior le decía: He aquí el guía que buscas, el que te enseñará el camino que debes seguir. Ana Eugenia no era supersticiosa, y no prestó ninguna atención a este sueño; pero al día siguiente fueron a verla dos de sus parientes, y la comprometieron para que las acompañara a Saint Eustache para oír a un predicador famoso. Era durante la Cuaresma de 1837. La invitación fue aceptada, pero cómo describrir el asombro de la joven cuando reconoció, al entrar en Saint Eustache, la iglesia de su sueño, el altar, el púlpito y al predicador mismo cuyo nombre sólo conoció entonces: el Padre Combalot».

¿Quién era este Padre? Un sacerdote de cuarenta años, orador fogoso, que predicaba sobre el Reino de Dios, de misión en misión a través de toda Francia, y muy conocido entonces. Su fuego interior le proporcionaba palabras abundantes, que conmovían con frecuencia los corazones. Hacía ya doce años que este hombre de Dios, violento y sensible a la vez, quería fundar una congregación que uniera la vida cotemplativa más exigente con la obra de la educación. Creía que la regeneración de la sociedad se haría por medio de las mujeres. Ahora bien, si los chicos ya tenían centros escolares y de formación, no había nada semejante para las jóvenes. Nuestro padre buscaba pues una fundadora para crear con él esta obra tan necesaria; sabía ya que esta congregación estaría dedicada a Nuestra Señora de la Asunción.

Pero volvamos a «Saint Eustache». El sermón de ese día no le causó una feliz impresión a Ana Eugenia. Esta predicación, más que entusiasta, del Padre Combalot no le cuadraba a un alma que buscaba la paz, la interioridad. Sin embargo, empujada por una fuerza irresistible, Ana Eugenia vuelve varias veces para oír al predicador. Se decide incluso a ir a su encuentro para hablar de su deseo de hacer algo por Dios. El Padre le recibe con poca amabilidad:

—¿Tiene usted gran devoción a la Virgen?

—*No tanta como yo quisiera.*

—¡Ah! Entonces, no hay nada que hacer con usted.

Con esta frase, definitiva, ¡le da, sin embargo, una cita para que le visite al día siguiente!

—Venga a verme mañana en el confesionario a las seis y media, antes de la Misa.

Aunque poco satisfecha de esta primera entrevista, Ana Eugenia vuelve a pedir consejo... pero los consejos del Padre no estaban siempre dictados por la razón. La naturaleza ponderada de Ana Eugenia se asusta nuevamente de lo poco razonable y de lo poco mesurado que es este confesor. Decide dejarlo. Cree que debe darle las razones escribiéndole una carta. La carta se la entrega al sacristán, mientras que la señorita de Milleret espera la respuesta en la iglesia. El Padre Combalot sale inmediatamente y hace señas a su penitente para que vaya al confesionario.

—No tiene que dejarme —le dijo el Padre—: Dios quiere que permanezca usted bajo mi dirección... ¡Hay algo en esa carta!... —repetía el Padre, visiblemente impresionado por lo que había leído—. Dios la envía. Dios quiere que siga usted.

Para él, la cuestión es evidente: la señorita de Milleret tiene todas las cualidades de una fundadora: la inteligencia, la fe viva, el celo templado que descubre en ella serán las columnas del instituto que sueña construir. Por su parte, Ana Eugenia está muy inquieta:

tiene justo veinte años. ¿Es verdaderamente necesario comprometer toda su vida a Cristo fiándose del impetuoso sacerdote? Y ¿en una obra en la que hay que construirlo todo completamente?

«Reconstruir todo en Cristo, hacer que se le conozca lo mismo que a su Iglesia, extender las fronteras de su reino», estas palabras del Padre despiertan en Ana Eugenia un sentimiento de gracia, pero no puede pensar en una fundación.

Viene después entre los dos futuros fundadores este admirable y breve diálogo, recogido en nuestros «Orígenes», y del que no se sabe cuál de los dos interlocutores es el más grande y el más humilde:

—*No conozco la vida religiosa, tengo que aprenderlo todo, soy incapaz de fundar algo en la Iglesia de Dios.*

—Jesucristo será el fundador de nuestra Asunción —responde el padre—; nosotros no seremos más que sus instrumentos, y, entre las manos de Dios, los más débiles son los más fuertes.

El consentimiento de Ana Eugenia no fue instantáneo. La lucha continúa... le gustaría entrar en las Hijas de la Caridad para cuidar a los pobres, a los enfermos, pero llora pensando en la tarea que Dios se aventura a confiarle; siente terriblemente el peso entre sus manos, de esta obra.

Ella misma describe esta lucha interior:

Lucho contra el Espíritu Santo y trato de rehuirle pero, gracias a Dios, hasta ahora he sido vencida en la lucha; en cuanto me entrego completamente en las manos de Dios siento una paz tan profunda y tan serena que me consuela de todo... Y en otra ocasión: *El Espíritu lucha en mí como un águila...*

Ya no es ella quien se enfrenta al adversario, es el Espíritu. En efecto, Ana Eugenia pide el sacramento de

la Confirmación, y lo recibe el domingo siguiente a la fiesta de Pascua en la capilla del arzobispado, de manos de Monseñor Quelen. Este día es decisivo: *Mi vocación se estableció, la Confirmación fue para mí la puerta de una vida nueva.*

Así «Notre Dame», centro del París religioso y culto, vio la conversión de Ana Eugenia y su feliz primera llamada. «Saint Eustache», en el corazón del París popular, de los mercados bulliciosos y vivos, vio nacer el proyecto de una fundación determinada y un consentimiento radical a la causa de Dios.

4 La «Côte Saint André»

1837-1838

«He sentido una verdadera alegría
al entrar aquí
en la casa de mi Dios»

EN julio de 1837, Ana Eugenia va a Lorena, adonde no había vuelto desde la muerte de su madre. Familia y amigos la agasajan, la atienden. Todos quieren ver a la niña pequeña convertida ya en una joven.

Las impresiones se mezclan en Ana Eugenia: el recuerdo de su infancia, el entorno incrédulo, la situación de bancarrota de su padre. Extrae de todo esto, como siempre, reflexiones y enseñanzas. Las encontramos en sus cartas al Padre Combalot.

¡Pero familia obliga! Ana Eugenia tiene que hablar de su futuro. El Padre Combalot, sin embargo, la prohíbe desvelar el verdadero proyecto: Ana Eugenia quiere ser religiosa, ¡eso es todo! ¿Dónde? No se sabe. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Tampoco! Habla pues a su padre de su llamada a la vida religiosa; y, aunque con cariño, él se opone. Ana Eugenia escribe el 24 de agosto de 1837: *Mañana es el día de mi cumpleaños, cumpliré veinte años. Dentro de un año, pues, seré libre y me entregaré a nuestra obra, pase lo que pase.* El señor Milleret está asustado por la determinación de su hija, pero la ternura que demuestra es todavía más dolorosa para Ana Eugenia que un severo rechazo; en efecto, al ver que su hija se va a marchar, acrecienta más el afecto en su relación con ella. La aflicción de Luis, que no comprende absolutamente nada de la decisión de Ana Eugenia, le cuesta también muchas lágrimas.

¿Dónde irá este año que le falta para alcanzar su mayoría de edad? El apreciado Padre Combalot le impondrá una soledad que él mismo hubiera sido incapaz de soportar; le propone permanecer interna en el monasterio de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, de la calle Sainte Geneviève en París [1]. La austeridad

[1] Hoy calle de Tournefort, n.° 18.

de los edificios le hace concebir al señor Milleret la esperanza de que Ana Eugenia no perseverará. La soledad moldea su carácter. Ciertamente sufre y pierde fuerzas físicas. La joven llena, sin embargo, esta soledad; quería emprender lo que ella llamaba *la renovación de su inteligencia.* Tiene la convicción de que debe rehacer sus estudios a la luz de la fe y se pone a estudiar Teología, Historia y todo lo que está a su alcance acerca del pensamiento social de la Iglesia. Lee muchísimo, se dedica a leer toda una literatura contemporánea francesa y extranjera. Descubre la *Histoire de France* de Michelet, las *Voix Intérieures* de Victor Hugo... Cita a *Jocelyn*, una de las obras incluidas en el «Índice», que, sin embargo, satisfacen su imaginación y la hacen soñar *un amor sin medida.*

Tenemos cartas deliciosas en las que Ana Eugenia se resiste con gracia a las prohibiciones de su director:

Leer la Chute d'un ange *(de Lamartine) ¿me lo permitirá usted? Le prevengo que su silencio lo tomaré como un asentimiento... porque siempre acabo por hacer lo que me gusta, aunque me lo reproche yo misma...*

En otra ocasión dice:

Llega usted un poco tarde con su veto a la lectura del Padre Orsini, ¡ya lo he acabado!... Quisiera, querido Padre, que no me prohiba siempre leer lo que no está de acuerdo con sus ideas.

Este tiempo, en el monasterio de las Benedictinas, es como un largo retiro, en donde el trabajo interior es tan intenso como el estudio y la correspondencia regular con su padre espiritual. Sabemos que Ana Eugenia seguía todo el Oficio en el coro, que hacía oración por la mañana y que pasaba una hora ante el Santísimo Sacramento por la tarde, hora de adoración que estimaba ya de modo especial.

Este semieremitismo le hacía aún más desear convivir ya con otras hermanas en religión; el gusto de una vida comunitaria se despierta en ella. En adelante, a Ana Eugenia le gustaría prepararse más directamente para la fundación, con un buen noviciado, en una comunidad que pudiera formarla en la vida religiosa.

Simultáneamente, a pesar de su gran generosidad o a causa de ella, Ana Eugenia se debilita. Tiene con frecuencia mareos. Su padre se inquieta por ello.

Por la gracia de Dios y por los esfuerzos del Padre Combalot, las cosas se van a arreglar; el señor Milleret da su consentimiento para una estancia en la Visitación de la «Côte Saint André», en el Delfinado. ¡El clima, pensaba, será favorable para la salud de su hija!

Así el 15 de agosto de 1838 traspasa las verjas del convento de la Visitación: *He sentido una verdadera alegría al entrar aquí en la casa de Dios.* Las salesas acogieron calurosamente a esta postulante destinada a fundar otra congregación; le enseñan los fundamentos de la vida religiosa y monástica, los pequeños detalles de un amor que se vive día tras día y se celebra de Hora en Hora [2]. Ana Eugenia saborea el encuentro con Dios en el silencio de su celda, el silencio de la noche, la oración, y también la alegría exuberante de los «recreos» comunitarios, en los que su buen humor y su jovialidad están registrados en los archivos de la Visitación.

Hay que decir que el espíritu de San Francisco de Sales sigue vivo allí; espíritu de amor fraterno y de sencillez, de rectitud y de bondad que la fundadora transmitirá después, con entusiasmo, a la nueva congregación. María Eugenia citará con frecuencia a San

[2] Se refiere a las Horas del Oficio Romano. *(N. de la T.)*

Francisco de Sales y a Santa Juana de Chantal, como maestros de oración y santos llenos de amenidad, que han abierto una corriente espiritual de humildad, de dulzura y de amor, una teología que reconcilia al hombre con Dios por la Encarnación de Cristo.

Podemos anotar de paso que a Ana Eugenia le gustaba participar en la fabricación de las hostias. ¿Quién se asombraría de ello? Comulga casi todos los días con alegría, según un permiso más bien raro en aquellos tiempos.

Ana Eugenia trabaja con entusiasmo, según un programa de estudio establecido por el Padre Cambalot: La Sagrada Escritura, que ella prefería a todos los otros libros; cita con frecuencia a San Pablo, que le gustaría que fuera *uno de los patronos especiales de la Asunción, por los tesoros de la ciencia de Jesucristo* que en él se encuentran; el Dogma en donde Santo Tomás de Aquino tiene puesto preferente; San Alfonso de Ligorio, que es su maestro de Teología Moral; obras de espiritualidad, como las de Santa Teresa de Jesús o las de San Agustín; en resumen, toda la Tradición de la Iglesia; finalmente idiomas: dos horas de alemán, una hora de inglés y otro tanto de latín todos los días. No es nada extraño que Ana Eugenia se queje afablemente de falta de tiempo.

Y, sin embargo, la joven futura fundadora no carece de interés por las grandes causas del hombre, de la sociedad, de la Iglesia, siguiendo la evolución y las necesidades; entrevé entonces las eventuales respuestas que hay que dar. Escribe:

La educación religiosa, al ser una necesidad de los tiempos actuales, nos ha parecido que esta nueva familia debería consagrarse a ello y tratar de introducir todos los nuevos métodos de estudio, todos los gérmenes católicos, todo el movimiento efectuado en ese sentido.

La correspondencia con el Padre Combalot continúa; el buen humor, la libertad y la audacia siguen caracterizando las cartas de la joven novicia. Por eso critica sin ambajes un texto que el gran orador había escrito:

He leído su filosofía, mi querido Padre. ¡Pues bien! siento que usted no haya revisado esta obra. Hay en ella cosas muy bonitas... y, sin embargo, le falta estilo y cuidado, eso hace que sea extremadamente pesada su lectura.

Entre los dos corresponsales, no obstante, no existe otro género de intercambios: es un verdadero diálogo de formación el que se establece. Se trata de cartas de dirección espiritual de una gran finura. El sacerdote vive fogosamente una verdadera experiencia de Dios; dándole a la novicia medios para ello, quien los asimila y los pone en práctica enseguida. Los consejos se centran en la oración, la misa, el rosario, la presencia de Dios a lo largo del día, y esta «oración de previsión» en la que prevé su jornada de antemano:

—Hágala todas las mañanas con una precisión valiente.

En el transcurso del noviciado, se han dispuesto diversos encuentros. Uno de ellos tiene carácter único; es el que se celebra con el Padre d'Alzon, en Chatenay, en la casa de la madre del Padre Combalot. En esta vasta propiedad, por primera vez, los caminos se cruzan, o más bien dos senderos que pronto se convertirán en uno solo. A pesar de su juventud, el Padre d'Alzon es ya Vicario general de Nîmes. Predicador estimado, perteneció a la escuela de Lamennais; espera con confianza la «regeneración espiritual» de Francia y desea consagrar a ello su vida sacerdotal. La obra vislumbra-

da del nuevo instituto suscita en él el más vivo interés. De veintinueve años de edad, se admira de esta joven de apenas veintidós años, y que se expresa con tanta claridad teológica, modestia espiritual y belleza interior.

Más tarde, recordando cada uno ese primer momento de su relación, escribirán: Ella: *No tuvimos mucho tiempo de conversación a solas... en ese rato tan fugaz, sentí por él gran estima y confianza.*

Él: tuve posibilidad de una corta conversación muy seria, que me confirmó que había en ella madera de fundadora.

No obstante, dirigiéndose hacia el padre Combalot, del que conocía bien su mal carácter, le manifestó que sólo veía un obstáculo para su obra:

—¿Cuál?

—¡Usted mismo, mi querido amigo!

El futuro mostrará la realidad de esta afirmación. Pero, mientras tanto, nuestra gran misionera sigue su camino.

5 Joséphine, Anastasie, Kate

1838

«Mi primera hermana...»

MIENTRAS que María Eugenia se forma y se identifica poco a poco con Jesucristo en el noviciado de la Visitación, el Padre Combalot, entre sermón y sermón se dedica, con asiduidad y según su estilo, en convocar a jóvenes para la obra que quiere fundar. Sus múltiples desplazamientos le dan ocasión para ello.

En septiembre de 1838 predica en Sarlat, en el Périgord, un retiro sacerdotal. A todo su auditorio, y al mismo obispo, les pone al corriente de la «obra de la Asunción». Ahora bien, en la casa solariega de la Bourlie, a unas horas a caballo de Sarlat, una familia numerosa y muy cristiana influye sobre la comarca. Joséphine, una de las hijas, expresa el deseo de entrar en el Carmelo. Sus padres se oponen, a pesar de sus veintisiete años, a causa de su frágil salud. El Padre Combalot se entera y, sin pensar más, le envía un mensaje urgente: que vaya sin tardar a Sarlat, donde tiene que comunicarle cosas muy importantes. En Sarlat, una segunda carta espera a Joséphine. Le expone en ella el plan de la obra: las religiosas de la Asunción se proponen «unificar todas las ciencias para el conocimiento y el amor de Jesucristo», se consagran «a la educación y a la instrucción de las jóvenes». Esta congregación debe unir la vida contemplativa al trabajo apostólico. El padre concluye su misiva con una deducción, según él, sin réplica: «Me parece que, en los tiempos en que estamos, usted dará más gloria a Dios y a la Iglesia en una congregación que unirá la vida contemplativa a un verdadero apostolado, que la que le daría en una orden exclusivamente contemplativa».

Joséphine de Commarque no sabe bien qué pensar acerca de esta proposición. Antes de visitar al Padre Combalot, quiere que le aconseje el deán de la catedral. Se informa:

—¿Esta obra tiene ya muchas religiosas?

—¡Oh! ¡Creo que muchas! ¡Quizá dos mil!

Porque el predicador ha alabado tanto su obra a sus ejercitantes que todos la creen no solamente iniciada, sino en plena prosperidad.

Persuadida de encontrar la nueva congregación tal como se la han presentado, la joven acude a la cita fijada por el Padre Combalot. Se inicia una conversación. «Fue entonces solamente, confiesa Joséphine, cuando comprendí que no había nada iniciado y que la señorita Eugenia era la única religiosa que tenía a la vista. La cifra de dos mil disminuyó bastante, pero eso no quebrantó mi confianza. Sentía que la Providencia me llevaba de la mano y me conducía.»

El Padre Combalot pone inmediatamente en relación a la señorita de Commarque con la señorita de Milleret, que es, no lo olvidemos, una novicia de dos meses. Empieza entonces, entre las dos jóvenes, una correspondencia que unirá para siempre a Ana Eugenia y a la que ella llamará *mi primera hermana.* Correspondencia en la que la futura fundadora podrá, a través de los meses, ampliar y afinar su pensamiento, sus ideas, el querido proyecto religioso y educativo, mientras que de su compañera le llegaba un eco entusiasta, inteligente y lleno de fe, afectuoso y espontáneo también: «la estimo como si la hubiera conocido desde siempre».

La fundación está cerca. Eugenia deja, con gran sentimiento, la «Côte Saint André» el 15 de abril de 1839. Pero, ¡ay!, el señor y la señora de Commarque oyen hablar a sus amigos de la alta sociedad que el padre Combalot es «un hombre emprendedor sin ninguna prudencia, muy exaltado y nada práctico... corazón excelente y cabeza volcánica». Por su parte Joséphine se asusta por su falta de preparación, por su escasa cultura general, y empieza a pensar que no tiene ningún don y que no aportará nada... Estas reflexiones le restan toda fuerza para luchar contra las aprensiones de sus padres. Y es así como Joséphine, «la primera», no entrará sino después de otras muchas, ya lo veremos, pero continuará presente en el corazón de Ana Eugenia y de la primera pequeña comunidad, a través de sus cartas frecuentes e interesadas hacia la obra. Será una piedra preciosa en la reciente Asunción: Sor Marie Thérèse preparará la fundación de Sedán, será enfermera y consejera de la Madre María Eugenia.

Anastasie Bévier, por el contrario, hará un rápido recorrido, de acuerdo con un temperamento de carácter desigual. Normanda, huérfana desde pequeña, pasó su infancia en un internado seglar, en donde se apasionó por los estudios. Cosa rara en aquella época, se presentó a exámenes universitarios y los aprobó con gran éxito. Su clara inteligencia, viva y crítica, la llevó a descubrir el espíritu parcial y tendencioso de los manuales escolares destinados a los alumnos o a los estudiantes de la época. A ella se le plantea crudamente el problema con el que Ana Eugenia se había enfrentado a la misma edad: el problema de la fe personal deliberadamente aceptada.

Un día, de repente, andando por la calle, al final de una de sus largas reflexiones, se le presentó como cierta la existencia de Cristo. Anastasia cree. Se siente fascinada. Ella misma reconoce que es el momento más hermoso de su vida. Desde entonces, su determinación está tomada irrevocablemente: se consagrará a la enseñanza, pero a una enseñanza decididamente cristiana, completamente orientada hacia la educación de la fe de los jóvenes. Las congregaciones de enseñanza no faltan. ¿Cuál de ellas escoger?

En la iglesia de los Carmelitas encuentra al Padre Combalot, incansable en el confesonario. Podemos imaginar el diálogo y otros encuentros. El último será el que obtendrá el SÍ de Anastasie. Escuchémosla: «Ese día, al término de su argumentación, el Padre Combalot me enseña su biblioteca, la Suma de Santo Tomás y los gruesos infolios de los Padres de la Iglesia.

—¡Usted leerá todo esto!

—¡Oh, entonces seré de las suyas! —exclamé yo».

Más tarde, Anastasie, convertida en Sor Marie Augustine, maestra general de los internados que se fueron sucediendo, establecerá un programa de estudios y redactará nuevos manuales de enseñanza, en la línea educadora que permite que la fe se incorpore a la cultura y que ésta se deje impregnar por la fe.

Así Dios, a través de este instrumento particular que era el Padre Combalot, elegía, una a una, con paciencia y amor a sus primeras piedras.

Es hora ya de nombrar a Catherine O'Neil. Ella y su hermana Marianne eran dos jóvenes irlandesas. De una familia de príncipes, de poetas y de santos, que tenían las cualidades y defectos de su raza.

Kate tiene una personalidad especialmente viva y ardiente; Marianne la sigue paso a paso. Una y otra, es verdad, no se habían separado desde la muerte de su madre; Kate, la más joven, tenía entonces seis años, ahora tiene veintitrés. Al igual que Ana Eugenia, Kate ha oído una llamada del Señor en su primera comunión, el 25 de diciembre de 1827. En casa de su padre en Liverpool, las dos hermanas llevan con alegría la vida de las jóvenes de su edad; les gusta el baile, arreglarse y las reuniones festivas. Independiente, absolutista, Kate mantiene grandes ambiciones que tratará de elevarlas hacia una cumbre de santidad. Pero esta vida

tan superficial distrae un poco a su alma, y es consciente de ello. De hecho, era un caballo de raza, todavía salvaje y que solamente el Señor de los Señores podría domar. *Lo que había de hermoso y de altivo en su actitud me asustó,* diría María Eugenia después de la primera entrevista con Kate.

Kate, que acaba de leer la *Corine*, de Madame de Staël, induce a su hermana mayor a intentar con ella la aventura de un viaje: París-Roma. En enero de 1838, las dos irlandesas se instalan en la Abadía «Aux Bois», centro cultural y monástico al mismo tiempo [1]. Tienen su pequeño apartamento personal. Kate hizo que la siguieran «sus amigos más queridos», es decir sus libros; entre ellos, muchas novelas frívolas. La duda de una vocación religiosa posible le inspira a la vez atractivo y repulsión. Más que nada, se aferra enérgicamente a su independencia, y sin embargo, se aferra también misteriosamente a su vocación.

Kate y Marianne, hablan corrientemente el francés; hacen pronto amistades en el círculo de las íntimas de Madame Récamier, que ocupa, como ellas, un apartamento particular en la Abadía «Aux Bois». Se entrevistan con Madame de Castellane, Chateaubriand. París dejará de ser para ellas una ciudad extranjera.

Llega la Cuaresma de 1839. Las dos hermanas acompañan a Madame de Castellane a Saint Sulpice, para escuchar los sermones que allí se predican. Les gustó muy poco el verbo torrencial del orador. ¡Se adivina de quién se trata! Atrae cada vez más a las multitudes. Seis mil personas hay allí para oírle y cada sermón es una especie de drama. Uno de los domingos, el predicador habló, con entusiasmo, de la necesidad siempre actual de las órdenes religiosas en Francia.

[1] Monasterio de las «Chanoinesses de Saint Augustin», donde las señoras de la alta sociedad mantenían un salón literario.

Kate dedujo que ese sacerdote, al menos, la tomaría en serio si le hablaba de su deseo de vida religiosa. El 23 de marzo, decide ir a pedir el consejo que espera y que teme. Le indican en la iglesia de los Carmelitas el confesonario del padre.

El padre no la había visto jamás; sabe únicamente que esta joven extranjera había pensado en el convento. Sin embargo, categórico, afirma a la joven:

—Dios la quiere, usted debe ser religiosa. Dios la quiere para una obra que yo debo fundar.

Kate evidentemente replica, el Padre no se rinde; reñida, la discusión original continúa.

—¿Cuál es esa obra?

—La educación.

—¡Yo no quiero!

—Usted no comprende que es a través de la mujer como se regenera una sociedad. Ahora bien, a las jóvenes se les proporciona sólo prácticas de piedad, pero no se les hace comprender a Jesucristo. No se les revela a Cristo. No se les enseña a relacionarlo todo con Jesucristo, a restaurar todo en Jesucristo.

Kate se sorprende pero reemprende la ofensiva:

—Hija mía, le contesta el Padre Combalot, es inútil que se empeñe en dar más y más vueltas; es la voluntad de Dios, es preciso que la cumpla. Esto se hará.

Esto se hizo, en efecto, como veremos más tarde. ¿Es necesario decir que este camino difícil, para una naturaleza no menos difícil, preparaba para la Asunción a la que sería la cofundadora, la más cercana a María Eugenia, su Asistenta, Mère Thérèse Emmanuel, maestra de novicias desde la fundación del noviciado hasta su muerte en 1888?

Las primeras piedras se han encontrado, arrancadas de su suelo. La fundación se podrá llevar a cabo.

6 Calle Férou

30 de abril de 1839

«Nuestra Congregación ha tenido comienzos tan endebles...»

BIBLIOTHÈQUE
RELIGIEUSES DE L'ASSOMPTION
17, Rue de l'Assomption
PARIS - 16e

ES la tarde del 30 de abril de 1839. La Iglesia celebra ese día la fiesta de Santa Catalina de Siena, terciaria seglar dominica [1]; pero esa tarde, ya las campanas de la capital tocan anunciando el mes de María. La pesada fachada de la iglesia de «Saint Sulpice» (una de las más grandes y más típicas parroquias de París), la gran fuente de la plaza y, a la derecha, una calle muy pequeña que conduce al jardín de Luxemburgo, es la calle Férou. Ana María Eugenia Milleret y Anastasie Bévier se reúnen en un pequeño apartamento del número 15 de la calle [2]. Una tiene veintiún años y la otra veintidós. Madame Olivier, una virtuosa viuda, amiga del Padre Combalot, protege con su nombre y con su edad a esta primera y pequeña «Comunidad», alquilando para ella esta exiguo apartamento.

Aquí hay mucha pobreza, en efecto; falta todo. Duermen sobre jergones de paja; el mobiliario está reducido a lo estrictamente necesario; la comida es extremadamente pobre. Allí se inicia una vida en todo conforme a las reglas conventuales.

No son más que dos... y, sin embargo, en esa tarde en que la luz de mayo desciende sobre la ciudad, ¡la Asunción está fundada! De año en año, María Eugenia celebrará este aniversario como el de la fundación de la congregación, recordando en ese día la sorprendente acción divina.

Nuestra congregación ha tenido unos comienzos tan endebles, tan impotentes y tan poco adecuados al bien que ha querido Dios obtener de ella que no nos atre-

[1] Santa Catalina unió a una vida religiosa activa, una vida de soledad y de contemplación; amó a Cristo y a la Iglesia; mujer mística, doctora de la Iglesia, llegó a ser providencialmente patrona de la Asunción.

[2] Actual número 9.

veríamos a contarlo de ninguna forma, si no fuera precisamente para poner de relieve que por la ausencia de toda fuerza y de toda sabiduría humana es por lo que las obras se muestran más verdaderamente de Dios.

Esta desproporción es la que nos hace ver y creer en nuestro Creador, en Aquél, Cristo Jesús, que ha requerido de nosotros solamente una total dependencia amorosa hacia su persona.

Pero abramos la puerta de este apartamento. Ya está allí una tercera joven, Joséphine Néron, amiga de infancia de Ana Eugenia, de su misma edad, muy dotada para la música. Su salud le impedirá soportar las fatigas de la vida en comunidad. Apenas permanecerá un año.

La vida religiosa empieza realmente por el toque de campana: se reza, se estudia, se lleva en el corazón el gran proyecto, se atiende a los cuidados de la casa. Las ocupaciones, el Oficio, el silencio, la lectura espiritual, la oración están indicados en un cartel, y así se puede sentir la alegría de hacer en cada momento lo que le agrada a Dios. Se dejan guiar por el Padre Combalot, se habitúan a la obediencia. El sacerdote establece un programa de estudios e imparte una enseñanza sólida. Tiene ciertamente un gran espíritu de fe, un ardiente amor a la Iglesia y a la Virgen María. Sin embargo, violento y caprichoso, inconstante y más bien dominante, extrema el ritmo de sus exigencias.

María Eugenia contará, muchos años después: *el Padre Combalot cambiaba de idea cada quince días con respecto a todo.* Unas veces sobre los estudios:

—No hay nada tan bello como los salmos. Estudien a Bellarmin y a San Agustín.

Nos poníamos a ello, pero ocho días después:

—Ustedes son demasiado eruditas, denme todos sus libros.

U otras veces:

—Ustedes están débiles, tienen mala cara; hay que comer carne aun en viernes.

Quince días después:

—¡Es tremendo, no tienen ni idea de nada, no se observan ni siquiera las leyes de la Iglesia! ¡Tienen necesidad de hacer penitencia!

Pero así, añade María Eugenia, fue exactamente así como Jesucristo ha formado y ha fundado la insignificante y nueva congregación, grabando en ella para siempre la locura de la obediencia, es decir de la fe, de preferir a Dios antes que cualquier otra cosa.

Si la Asunción existe es porque las primeras hermanas obedecieron sencillamente y sin discutir a una dirección, que, reconozco, con frecuencia no era nada razonable.

Sin embargo, hay que decirlo, las «Notas íntimas» de María Eugenia nos descubren que lloró mucho durante los primeros meses de la fundación.

Esta puerta que hemos entreabierto, muchos amigos la atraviesan, bienhechores que ayudan pero que vienen también a beber en la pequeña fuente que empieza a brotar en el corazón de París. Muchas jóvenes también penetran por esta puerta, atraídas por la vida religiosa de un estilo nuevo, humilde y audaz. Podemos destacar el nombre de Henriette Halez, cuya dolorosa historia se cuenta también en nuestros «Orígenes»; habiendo perdido rápidamente al padre y a la madre, fue educada por un abuelo que se suicida ante sus ojos. Un tutor tosco toma el relevo de su educación. Henriette vive en la calle Férou y tuvo la suerte de conocer a la comunidad. Entrará al alcanzar la mayoría de edad para alegría de todas, y la que se llamará Sor Marie Josèphe morirá algunos años después, arrebatada por

la tuberculosis. Ésta será la primera de una larga serie de jóvenes y santas hermanas que se nos fueron muy pronto para unirse con el Señor.

Catherine y Marianne O'Neil acuden solamente para seguir las clases diarias, mañana y tarde. En efecto, por la mañana, María Eugenia da latín; está capacitada para comentar el Tratado de la Encarnación de Santo Tomás de Aquino y dispone únicamente del texto original, es decir, en latín; lo traduce y lo resume al mismo tiempo que dicta las notas a su auditorio. Por la tarde, el Padre Combalot enseña Dogma y Patrística.

A finales de julio, la pequeña comunidad aumenta y el cansancio de María Eugenia también; deciden alquilar una casita bien aireada en Meudon, para el verano, en el número 12 de la calle «des Pierres».

Allí es donde Catherine O'Neil se entrega definitivamente a Dios y a la Asunción el 5 de agosto en la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Allí es también, el 5 de octubre, en donde Joséphine de Commarque, *la primera,* se une, por fin, a su querida comunidad.

Una anécdota, contada por la misma Joséphine a su llegada, describe bien el espíritu de pobreza de las primeras hermanas: se trata de Anastasie que, a la vuelta de la estación para recibir a Joséphine, se cae sobre una hojalata, se hiere en la rodilla y exclama: «¡Oh! ¡qué suerte! ¡Sólo se ha dañado mi pierna, mi traje no se ha roto!». El buen humor del relato expuesto relativiza la reacción, pero el fondo permanece. La pobreza será una norma continua de la naciente congregación, de la que se podrán contar todavía muchas peripecias en el curso de las diversas «estaciones» a las que irán las hermanas.

Después de estos tres meses, en los que la comunidad ha crecido mucho, gracias a Dios, permanecerán solamente en la calle Férou mientras encuentran un alojamiento mayor.

En el momento de abandonar este lugar único en el que nació nuestra congregación, recordemos una conversación real de María Eugenia durante uno de estos aniversarios, en que se celebraba alegremente el recuerdo de la fundación; se trata del de 1884;

Al volver sobre aquellos primeros días, y al observar todo lo que el Señor ha hecho por nosotras, me emociona una idea que siento necesidad de exponer; en nuestra obra, todo es de Jesucristo, todo es por Jesucristo, todo debe ser para Jesucristo... Empezamos en un pobre y pequeño apartamento, luego en casas alquiladas. Éramos unas pobres jóvenes sin un lugar en la tierra. Dios nos lo dio todo: las casas, las hermanas, ¡todo viene de Él, todo es pues de Él y debe volver a Él!

Sí, ciertamente, Jesucristo fue «el fundador de nuestra Asunción..., y en las manos de Dios los más débiles son los más fuertes».

BIBLIOTHÈQUE
RELIGIEUSES DE L'ASSOMPTION
[illegible]

7 Calle de «Vaugirard»

1839-1842

«Una casita
con patio y jardín»

TOMEMOS la calle «Férou» hacia Luxemburgo, estamos en la calle de «Vaugirard», unos cientos de metros más lejos, a la derecha [1], «una casita bastante grande entre un patio y un jardín, uno y otro muy pequeños» pero suficientes para la joven comunidad que no tenía más que un único deseo: poseer una capilla con el Santísimo Sacramento. La casa vecina más cercana es un gran monasterio de la Visitación, que hoy día continúa allí, lo que no dejó de confortar a la antigua novicia de la «Côte Saint André».

Aquí, durante tres años, numerosos acontecimientos se sucederán, felices y desgraciados. La pequeña comunidad se fortifica, y la visión de la fundadora se concreta, pero las pruebas continuarán y las ayudas le van faltando poco a poco. Siempre en la oscuridad y la prueba, en las alegrías cotidianas es donde la obra hunde sus pequeñas raíces en la tierra de la Iglesia. Veamos, pues, *los detalles de nuestros primeros pasos.*

En estas primeras semanas, se prepara con esmero la futura capilla, donde pronto habitará el Señor. Una sencilla habitación en el piso de arriba de la casa fue cubierta con un papel muy modesto que, sin embargo, parecía magnífico, según cuentan los «Orígenes»; un altar de madera corriente [2] y «encima del altar se abre una ventana en ojiva, en la que papeles de diferentes colores ¡simulaban una vidriera!».

La primera Misa fue celebrada por el Padre Combalot, el 9 de noviembre de este año de 1839, muy emotivamente. «El Señor toma posesión de la Asunción». La piedra angular, el Dueño de la casa va a que-

[1] En el actual nº 106.

[2] El sagrario es el del oratorio de la Comunidad General de Auteuil.

darse allí; desde entonces siempre presente en todas las casas, apartamentos, tiendas del desierto, a lo largo y a lo ancho de todo el mundo, de generación en generación, alumbrando por todas partes la lámpara de esta presencia única. El 9 de noviembre es la dedicación de la iglesia de San Juan de Letrán, la catedral del Papa, la basílica de las basílicas. La insignificante Asunción se introduce ya en el interior de la gran Iglesia, coincide con ella.

En adelante también el Oficio será celebrado allí; a partir del Adviento, el breviario establecido por Roma para la Iglesia universal se celebrará de hora en hora, compartiendo con la salmodia el clamor de todos los hombres:

—¡Dios mío, ven en mi auxilio! ¡Señor, date prisa en socorrerme!

En esta primera capilla las condiciones son ciertamente modestas pero no menos solemnes: «Las hermanas no eran más que cuatro, pero recitaban el Oficio en coro; colocaban en esta habitación las sillas como si fueran sitiales y a cada «Gloria al Padre» se levantaban con gravedad para inclinarse.

Durante la primera Misa, de la que antes hablábamos, Ana Eugenia y Kate seguramente recordarían la primera comunión en la que el Señor tomó posesión de su corazón. Pero a partir de este día no se habla más de Ana Eugenia o de Kate. Las hermanas eligen un nombre nuevo: Ana Eugenia Milleret se convierte en Sor María Eugenia; Catherine O'Neil, en Sor Thérèse Emmanuel; Anastasie Bévier, en Sor Marie Augustine y Joséphine de Commarque, en Sor Marie Thérèse.

Pronto Henriette Halez se une a la comunidad y se convierte en Sor Marie Josèphe. Luego llega Constance Saint Julien con el frescor, la ingenuidad y la decisión

de sus dieciocho años. Tenía, según decían, «un carácter de comunidad», le gustaba reírse y en el fondo era muy seria. Se llamará Sor Marie Gonzague.

Estas seis jóvenes de dieciocho a veintisiete años formarán la verdadera primera comunidad de la Asunción.

Desde los comienzos, las relaciones se caracterizan por la confianza y el respeto, por la sencillez y por la dulzura de la amistad, por *una cierta libertad de espíritu, que respeta en cada una su característica peculiar*. Las personalidades son fuertes, empieza la internacionalidad. No se trata, pues, de intercambios fáciles, sino más bien de un amor fraterno, que hay que conquistarlo siempre en la verdad difícil, en el perdón, en los gestos humanos.

Llevan juntas las cargas unas de otras, y sobre todo las de la Iglesia, las de la obra futura, las de numerosos amigos que vienen a visitar a la joven comunidad. Amigos también, no solamente de Francia, sino de Irlanda, de Gran Bretaña, más tarde de Polonia, de Roma o de España. Amigos intelectuales, políticos o poetas, con los que se intercambia, se busca y se construye el Reino de Dios en la tierra. Es imposible enumerarlos a todos. Los que aparecen con más frecuencia en los Anales de este tiempo son, en el curso de los días: Eugène y Léon Boré; Montalembert; Bailly y Ozanam; Poujoulat, que en 1858 dedicará a la fundadora su traducción de las cartas de San Agustín; Buchez, un amigo de la juventud; Veuillot y el Padre Dupanloup. La señora de Swetchine y la señora de Chateaubriand; la señora de Récamier, casi ciega, y el mismo Chateaubriand, que se emocionará tanto en una toma de hábito, que se le tomará como padre de la novicia.

Y sin embargo, una vida rigurosa y exigente, con to-

das las austeridades que recaba la vida monástica. Se levantan a las cinco de la mañana para hacer la oración, asistir a la Misa y rezar el primer Oficio:

—Señor, abre mis labios y yo anunciaré tus alabanzas.

Los estudios son duros. A la Teología y a la Sagrada Escritura, al Latín y a la Patrística, se añaden trabajos sobre los salmos, la liturgia, la Filosofía, el Arte cristiano y las Ciencias Naturales. La que se levantaba primero podía usar el único diccionario de latín que poseía la comunidad.

La pobreza es grande en la pequeña casa de Vaugirard. Los amigos se asombran ante esta penuria. «Pero si no hay nada en esta casa», dicen, apenas lo más estrictamente necesario, y desde luego no hay calefacción. Sor Marie Augustine, ecónoma durante algún tiempo, responde invariablemente a la que acababa de realizar algunas compras: «Es demasiado caro, no lo vuelva a comprar».

Van, normalmente, al mercado de la calle de Sévres y regatean de tal modo que los comerciantes no quieren volverlas a ver. «Economizábamos nuestros más mínimos céntimos; con el poco dinero de que disponíamos, había que pagar el alquiler, mantener la capilla, vestirnos y alimentarnos. Cuidábamos con esmero todo, nuestros libros y nuestros pocos muebles como verdaderos pobres.»

A la pobreza se añadía la falta de habilidad; algunas hermanas eran inútiles para la cocina: «Sor Augustine, en especial, echaba todo a la vez en una misma marmita, todo lo que tenía para preparar la comida del día; después de algunas pruebas de este género, se le encargó barrer la casa», nota con humor una de sus hermanas.

Como puede verse, la alegría reina lo mismo que el cariño:

Le pongo ropa de abrigo; que no observe la vigilia y que se caliente su habitación, dirá María Eugenia para que cuiden a Sor Marie Josèphe cuando empezó a toser.

Esta pobreza no es sólo una necesidad, sino el deseo de vivir como pobres, agobiados por la penuria, por la inseguridad, por la carestía de la vida. Es también el camino de una pobreza-abandono más interior: conformarse con lo que la Providencia da, *con los medios pobres e impotentes de Jesucristo,* los medios de la fe.

Tomaré mi cruz de pobreza abandonándome en la Providencia, anotará María Eugenia en su retiro de toma de hábito.

La primera toma de hábito, en efecto, tendrá lugar el 14 de agosto de 1840. Monseñor Affre, amigo de la comunidad desde que estaba en la calle Férou, acaba de ser nombrado Arzobispo de París. Siente una gran alegría de presidir la ceremonia con su vicario general el Padre Gros. Las hermanas están revestidas con el hábito morado y el velo blanco, colores simbólicos de penitencia y de alegría. «Mi corazón y mi carne se alegran en Dios mi Salvador.» ¡Felices los que viven en tu casa!... «Sí, un día en tus atrios vale más que mil» (Salmo 83 y Ceremonial).

La vida religiosa se consolida de día en día, y la comunidad parece bendecida por Dios y por la Iglesia. En octubre del 40, llegan a la calle de Vaugirard dos jóvenes bearnesas, fuertes para el trabajo y bien preparadas para las tareas manuales: Sor Marie Catherine y Sor Anne Marie.

Las hermanas eligen a Mère Marie Eugénie como superiora en marzo de 1841, y el Padre Combalot ratifica

esa elección, parece que con alegría; y añade con justa razón: «...Su madre, ¡usted lo era ya!»

Sin embargo, la tormenta se avecina; procede de donde se esperaba. El Padre Combalot había escrito, desde hacía un año, un folleto de 30 páginas, «Introducción a las Constituciones de las religiosas de la Asunción», delineando el proyecto religioso y educativo en la sociedad de la época: «Jesucristo, alfa y omega de todas las ciencias humanas». A partir de este texto inspirado y vigoroso, María Eugenia empieza a redactar las primeras Constituciones de la Asunción, consultando, trabajando e investigando el pensamiento de la Iglesia.

Pero, al cabo de los meses, María Eugenia descubre más claramente, o se atreve a reconocer sin ambajes la inconstancia del Padre, que no cesa de destruir un día lo que ha construido la víspera. Anota:

Algunas veces me siento muy desconcertada ante el porvenir de nuestra obra, pero no habiendo tenido más apoyo que la Providencia, después de lo que ha hecho por nosotras, no hay que dudar en abandonarse en ella.

Con gran prudencia, sin embargo, vuelve a tomar contacto con el Padre d'Alzon, del que, sin duda, no ha olvidado la reflexión franca hecha al «fundador» de la obra. El Padre d'Alzon, en algunas cartas, le contesta con valor, objetividad y desinterés, pero con franqueza:

—No, usted no debe tolerar esas cosas de que me habla. ¡No, usted no debe dejar en manos del Padre el éxito de su obra!

Cartas breves, pero que son admirable comienzo de una larga y bella amistad recíproca, que dará los más hermosos frutos.

Por su parte, Monseñor Affre se inquieta por le autoritarismo del padre Combalot y asigna un superior

para la comunidad. El Padre lo rechaza, y para sustraer a «su» fundadora del Arzobispado de París, pide a la comunidad que le siga a Bretaña. La comunidad tiene consciencia clara de la situación. Hay que escoger entre el fundador o la fundadora. Sor Thérèse Emmanuel expresa de manera clara su posición, que es la de la comunidad entera. Ninguna de las hijas de María Eugenia irá a Bretaña con aquel que, sin embargo, es reconocido como el inspirador de la obra. «Había una gran intimidad entre nosotras; estábamos fuertemente unidas unas a otras, y esto fue lo que salvó a la fundación.»

Tal es y será la gracia continua de la Asunción, y que la vive ya esta comunidad, en la que ninguna hermana tiene todavía treinta años: se discierne todo juntas, se busca lo mejor para la gloria de Dios, y su fuerza sostiene la debilidad de cada una.

El 3 de mayo, en la fiesta de la Cruz, el Padre Combalot se lleva todas sus cosas, y declara que ya no le verán nunca jamás, ¡y se marcha!

En honor a la verdad, hay que decir que este impetuoso y santo hombre escribió entonces a Monseñor Affre una carta tan emocionada como desconcertante, en la que le pedía que se hiciera cargo de la obra.

La joven fundadora de veinticuatro años se encuentra repentinamente sin fundador.

Se siente muy desamparada:

No me atrevo a confesarme a mí misma el estado en que me deja todo esto que acaba de ocurrir. Lloro como una niña.

Y, sin embargo, secretamente su fe se fortalece. Encuentra las palabras precisas para sus hermanas, como dirá más tarde:

Dios no quita jamás nada sin darse Él mismo más

profundamente en su lugar... Nos ha demostrado que era Él el que hacía la obra y que la quería hacer solo.

Y su oración se concentra:

Señor, aparta de mí mis inquietudes sobre la obra para que no tenga más que la sola inquietud de cumplir lo que tú quieres con la luz de la gracia que tendré en ese momento.

8 El imposible futuro

1841-1842

«Una fundación sin fundador...»

DESPUÉS de la tormenta parece que el cielo se aclara algún tiempo. Las hermanas se preparan con fervor para la primera profesión, y el 14 de agosto Sor María Eugenia, Sor Thérèse Emmanuel y Sor Marie Augustine hacen voto de pobreza, de castidad y de obediencia. A petición de la Iglesia esos votos son temporales, pero en su corazón son definitivos. Por eso ya reciben la alianza de oro de manos de Monseñor Gros.

—Nuestro Señor Jesucristo me ha dado su anillo como a una esposa.

—Yo permaneceré todos los días de mi vida en la casa de Aquel que he visto, que he amado, en el que he creído y al que he entregado mi amor (Ceremonial).

En el interior de estos anillos está grabada una divisa; en esta primera ocasión, lo mismo que hoy, cada una elige el lema que Dios le inspira, y que ella desea vivir y realizar. María Eugenia eligió la frase que dijo San Pedro: «Señor, tú sabes que te amo» (Jn 21).

En la tarde de ese día anota:

Jesús, tal como soy, vil y negligente en todas mis acciones, me atrevo a suplicar tu misericordia para que me conduzcas a la verdadera santidad... Me confío en Ti para que me la des, me entrego a Ti para que me conduzcas a ella por el camino que elijas... Heme aquí como la hija de tu Providencia; obra conmigo según tu amor.

Desgraciadamente, las actuaciones del Padre Combalot dejaron un rastro de desconfianza en aquellos que, sin embargo, estaban muy unidos a la obra. Monseñor Affre encuentra la vida demasiado dura para estas religiosas tan jóvenes e inexpertas.

—¿Cómo una orden apostólica puede celebrar todo el Oficio en el coro? Esto está reservado a las órdenes contemplativas. ¿Cómo se pueden aliar estudios profa-

y las preocupaciones sociales ¿son razonables en unas mujeres consagradas a Dios? ¿Una pobreza religiosa basada en el trabajo? ¿Intensos estudios para educar a las alumnas? ¿No es contradictorio tratar de unir todo esto? Este monasterio sin rejas ¿puede verdaderamente albergar a esas jóvenes hermanas?

El Arzobispo empieza por oponerse al Oficio coral:

Monseñor, replica la joven fundadora con una firme seguridad, *nuestra vocación es sobre todo la de unir la oración a la acción.* En varios momentos de su vida, María Eugenia sufrirá y luchará para poder mantener este Oficio.

Peor todavía, la obra no parece que siga progresando; las postulantes se marchan, asustadas por la extrema pobreza. La obra de la educación, para la cual ha sido fundada, no se ha empezado aún.

La situación le parece poco esperanzadora a Monseñor Gros, el superior eclesiástico. Duda: ¿por qué María Eugenia no se ha quedado en la Visitación como ella deseaba? ¿Por qué no vuelve, mientras las otras hermanas se van a otra congregación que ellas elijan?... ¡Visión demasiado simple y lógica para provenir de Dios! Monseñor Gros tiene al menos el mérito de decírselo a María Eugenia en una confidencia.

La joven fundadora, en su soledad, con decisión se va a responsabilizar en todo momento. La ocasión le viene dada de replantearse el porqué de esta fundación, su dinamismo espiritual, el don de Dios desde su origen, cómo ella misma ha sido preparada. Ocasión también para afirmar que esta obra se realizará en todo caso por ser tan necesaria.

A las dudas del Obispado de París, responde la fe firme e inteligente, el humilde valor de María Eugenia.

hija de la Iglesia, escribe respetuosa y firmemente a Monseñor Gros [1]. Es admirable la claridad de pensamiento y de estilo de este documento.

Dios no sólo ha moldeado la primera piedra a la medida del edificio, sino que ha fortificado a su fundadora. Ahora el desánimo está lejos de ella. Y es María Eugenia la que va a suscitar la confianza y la fe de esta Iglesia de París, que la tomará a su cargo para siempre, lo mismo que a su joven congregación.

En esta carta responde a los temores expresados y explica:

La fundación está presidida por un pensamiento de celo; es el fuego, la pasión, el amor ardiente a la Iglesia y a esta sociedad alejada de Dios lo que ha suscitado esta obra. La irreligiosidad de las tres cuartas partes de la población necesita una obra educadora. Profundos estudios nos pondrán en condiciones de dar a conocer a Jesucristo.

Puesto que la Asunción va a abrir sus puertas a alumnas habituadas al lujo, nosotras debemos mantener suficiente pobreza práctica, ya para impregnar en ellas cierto desprecio hacia las comodidades de la vida, ya para mantenerlo nosotras mismas.

Queremos entregar nuestras vidas con un algo de locura, sin cálculos; preferimos ir un poco antes al cielo que perder toda la felicidad de la vida religiosa; es decir, el Oficio, la oración y la regla; es nuestra debilidad la que nos los hace necesarios. Las religiosas ocupadas en la educación tienen más necesidad de rezar que las otras.

Aquí la Madre María Eugenia insiste todavía en la

[1] Precioso documento que se puede consultar en los Archivos en su integridad.

necesidad de celebrar el Oficio Divino en coro. Señala que nuestra vida entregada a la revelación de Jesucristo tiene necesidad de hacer suyas las palabras de Nuestra Madre la Iglesia. Y de esta forma, nuestras alumnas tomarán el gusto por la lengua litúrgica y parroquial.

En esta carta, María Eugenia es consciente de que crea algo nuevo y que es de su tiempo. Señala que nuestra forma de vida abierta, unida a nuestras costumbres tradicionales, agradan y no son rechazadas, pues reúnen a la vez a los progresistas y a *los amantes de las tradiciones.*

María Eugenia añade que el pensamiento contenido en esta carta es el de todas sus hermanas. Una vez más la comunidad la sostiene, aclara y enriquece la acción de la superiora.

La contestación es rápida; data del 7 de noviembre del 41. Monseñor Gros da su entero asentimiento, y confirma a María Eugenia la confianza del Arzobispo de París.

La Asunción podrá seguir avanzando. Dos meses más tarde se constituye un embrión de internado: tres niñas serán confiadas a la congregación naciente.

Otras dos profesiones tienen lugar; entre los asistentes está el señor Chateaubriand y el conde de Montalembert. *L'Univers* y la *Gazette de France,* consagran sendos artículos a esta ceremonia.

Tan rápido cambio de situación justifica la afirmación de María Eugenia:

El espíritu de fe, el amor a Jesucristo, el deseo de su Reino, la confianza en su Providencia han sido los únicos cimientos de la Asunción.

9 «Impasse des Vignes»

1842-1844

«Creo que estamos aquí para trabajar en el advenimiento del Reino de Dios...»

«RECUERDO que hacía mucho frío, todo estaba cubierto de nieve; las dos casas eran grandes y el alquiler no era caro... Fue lo que nos decidió. El jardín era vasto y tenía hermosos árboles; el conjunto estaba en mal estado».

Así es como Sor Marie Thérèse describe la nueva instalación situada en el barrio latino, calle de «Postes», «Impasse des Vignes» [1].

Las alumnas fueron instaladas en el edificio que ofrecía el mejor estado y la comunidad en el otro.

Se realiza la mudanza antes de que hayan terminado los trabajos, porque pensaban hacerlos ellas mismas con los obreros. Y así fue que, durante seis meses, la comunidad se codeó diariamente con albañiles, escayolistas, pintores, carpinteros. Aprenden mucho los unos de los otros: no solamente las hermanas se inician en los trabajos en los que los obreros son los especialistas, sino que descubren la bondad, la solidaridad, el gusto por el trabajo bien hecho, la delicadeza y el respeto de estos hombres aparentemente sin educación. Están siempre dispuestos a dejar su trabajo para hacer un servicio a las hermanas, dedicadas ellas también a las rudas tareas. Ellos verán que las hermanas se aplican con esmero en los trabajos ordinarios, como personas sencillas y no como señoras de alcurnia. Se maravillaban y trataban de comprender con sinceridad el «porqué», el «por quién» eligieron deliberadamente esta vida.

María Eugenia, preocupada por la cuestión social, saca muchas conclusiones. Habla con su comunidad y desea que el fervor mantenga en adelante lo que entonces imponía la necesidad. *Saber lavar la ropa, arre-*

[1] Hoy calle de Lhomond.

glar los dormitorios, barnizar los muebles... y otras mil cosas; todo ello lo consideraba como una ciencia más estimable que el latín. *Y espero que comunicaremos un poco de ese buen sentido a nuestras niñas.* María Eugenia está convencida de que la pobreza es defensora de la fe, de la sencillez, de la independencia del mundo que las hermanas quieren ofrecer en la educación.

Estas «niñas» son ocho en el mes de agosto y catorce al comienzo de octubre, ya de varias nacionalidades. La *Gazette de France* destaca en estos días:

«Formar verdaderas madres de familia, dar a las mujeres los conocimientos amplios y los hábitos sencillos, sin los cuales no sabrían ejercer hoy la influencia que el cristianismo debe darles, es el fin de esta congregación sobre la que están depositadas muchas esperanzas.»

Para estas niñas, para las jóvenes educadoras, María Eugenia escribe *Consejos sobre la educación*: un cuaderno grande, en el que la mitad de las páginas dejan un margen donde se escriben correcciones e ideas complementarias, enriquecidas en el transcurso de los meses y de los años.

Concreta el fin de la educación, los medios que hay que tomar y, en primer lugar, la fe en Jesucristo (es decir, *mantenerse lo más cerca posible de Él)*, las dificultades según la edad de las niñas, los estudios.

La pluma se afianza y, más adelante, propone *principios de enseñanza,* un programa de estudios que *lucha contra la dispersión de la inteligencia.* La Biblia es el eje de esta enseñanza. Cada materia profana se esclarece por medio de las ciencias religiosas, enseñadas con vistas a una vida cristiana de esposa y de madre:

—El cálculo: debe servir para determinar sus cuentas, su casa... A través de conocimientos más amplios,

hacerse útil en la contabilidad, en los negocios, en la familia.

—Geografía: demostrar en qué consiste la grandeza de un pueblo, su superioridad; dónde están los verdaderos progresos de la civilización.

Es una educación íntegra, que tenemos que plantearnos en cada línea. Preocupación por la formación del juicio, del espíritu crítico, de la rectitud del pensamiento, sobre todo a la luz de la fe, y con confianza en la gracia.

La fe da más inteligencia que la vejez.

Lo que destaca en una ojeada rápida sobre estas páginas es la referencia constante a Jesucristo, a su vida en nosotros. Referencia también a San Agustín, a las «dos ciudades»: la ciudad del egoísmo y la de la abnegación; toda educación consiste en hacer que se abandone la ciudad del egoísmo para entrar en la de la entrega a Dios y a los demás.

Las últimas normas:

Por encima de la inconstancia eterna de los sentimientos humanos, tienen, para no desfallecer jamás, la fuerza indefectible de Jesucristo. Aquél a quien nada le cansa, nada le desanima, que nada le para... Vayamos a Él cuando nuestra caridad se debilita... Él nos enseñará que tanto el celo como el amor no dicen nunca: ¡ya basta!

Este manual práctico proviene de una amplia visión, que observamos mejor en sus cartas.

Citemos primero una de ellas, escrita a Lacordaire, que acaba de reformar la orden de los dominicos en Francia. El Padre Lacordaire se encuentra, él también, a la cabeza de una pequeña comunidad, fundadora de la reforma; se establece una correspondencia sencilla y abierta, de igual a igual entre María Eugenia y él.

Aquí, María Eugenia expresa su visión, su credo social y educador. Explica cómo la tierra no es, según su pensamiento, un lugar de exilio, sino un lugar en el que se puede actuar libremente para que la gloria de Dios habite en él. Visión positiva de nuestro cosmos, urgencia de la acción. Con pasión escribe:

Creo que estamos en este universo para trabajar en el advenimiento del Reino de Dios en nosotros y en los demás.

Creo que Jesucristo nos ha salvado para que podamos trabajar libremente según su Palabra.

Creo que cada uno de nosotros tiene una misión en la tierra. Se trata de averiguar en qué cosas Dios puede servirse de nosotros para anunciar y vivir su Evangelio.

Creo que hay que hacerlo con valor y por los medios que proporciona la fe...; los pobres medios de Jesucristo, otorgándole a Él solo el éxito. Creo en una sociedad verdaderamente cristiana donde Dios reine en todas partes, aunque invisiblemente, siendo preferido a cualquier otra cosa. Creo que esta sociedad no es una utopía pues el Hijo del Hombre, un día, atraerá todo hacia Él.

María Eugenia sigue:

Hacer conocer a Jesucristo libertador y Rey del mundo, enseñar que todo es de Él, que quiere trabajar en cada uno de nosotros para la gran obra del Reino de Dios, y que entremos en su plan:

O para orar,
o para sufrir,
o para actuar,

le confieso que esto es, para mí, el comienzo y el fin de toda enseñanza cristiana.

Las últimas páginas de esta larga carta descubren las

dificultades que la joven fundadora encuentra para hacer comprender sus ideas, aun dentro de la Iglesia misma.

Decepciones, malentendidos no la desaniman; busca nuevos medios, proporcionados a las oposiciones que se le presentan. Trata de demostrar cómo el trabajo apostólico no se opone en nada a la vida mística, contemplativa. Será preciso, pues, formar a los jóvenes en la oración, y suscitar santos. De época en época el tipo de santidad cambia; cambiará siempre; por eso hay que crear nuevas órdenes en la Iglesia. Será preciso trabajar y sufrir por esto, traspasar las contradicciones, sin olvidar el ser hábiles, al mismo tiempo que hijos de la luz.

¡La que escribe así tiene justo veinticinco años!

Mientras que María Eugenia piensa y actúa con tan amplios horizontes, su tiempo y su ternura los dedica a las hermanas. En 1843 muere Sor Marie Josèphe a la edad de veintitrés años, después de un año solamente de votos temporales. María Eugenia le escribe, viaja para visitarla, le habla largamente; nada le cuesta a la Madre, cuyo corazón está desgarrado mientras que entierra la primera semilla de la Asunción del Cielo.

En esos mismos momentos, abre el noviciado con las jóvenes que llegan en pequeños grupos de tres o cuatro; se lo confía a Sor Thérèse Emmanuel.

Una preocupación más personal fue la precipitada boda de su padre con una mujer muy joven.

Las cartas a Lacordaire nos muestran la finura de su originalidad como fundadora, pero en la correspondencia con el Padre d'Alzon es donde podemos comprender la visión, el pensamiento de María Eugenia, así como sus luchas, sus sufrimientos y sus consuelos espirituales. Y esto durante cerca de medio siglo, desde

1841 hasta 1880. El Padre Emmanuel d'Alzon sigue siendo Vicario General de Nîmes; María Eugenia no le ha vuelto a ver desde el encuentro en Chatenay. No es el superior de la comunidad, pero es el sacerdote y el director espiritual, el amigo y el confidente, el hombre de preocupaciones sociales y políticas, unido a Cristo y a su Iglesia con pasión. Esta distancia que los separa nos ha proporcionado un repertorio excepcional de cerca de 4.000 cartas; largas misivas de María Eugenia, respuestas más cortas del Padre d'Alzon se cruzan a pesar de la rapidez sorprendente de los relevos del correo.

La correspondencia tratará frecuentemente sobre las cuestiones sociales y más aún sobre la Iglesia que debe reformarse para ser el instrumento del Reino. Sobre la educación también, cuya importancia no la olvidaba ninguno de los dos:

Es preciso formar caracteres templados, con una atención particular hacia la rectitud, la franqueza, la lealtad, el honor, la generosidad, la abnegación... Nuestra tarea: la fe activa, la fe que domina el juicio, la afición así como los afectos.

También es con el Padre d'Alzon con quien María Eugenia puede manifestar las gracias y los combates que se le presentan. El Padre es testigo muy particular de este largo camino que la conduce a la cima de la santidad, unas veces en la claridad, con frecuencia en la noche, unas veces con tiempo sereno y clemente, con frecuencia en elevaciones arriesgadas y difíciles.

Mi alma es demasiado débil para la misión que me ha sido encomendada, se quiebra cuando considero las cosas en su conjunto... Dios es el que hará esta obra; cuando desfallezco, me dejo llevar por Él de una forma que no sé expresar.

La fundadora confía también al Padre d'Alzon su preocupación por el acompañamiento espiritual de Sor Thérèse Emmanuel, cuyas gracias místicas la impresionan: palabras interiores, mensajes para la congregación, gracias de unión, comunión con la pasión de Cristo... María Eugenia no sabe cómo dirigir a esta hermana tan cercana y tan diferente a ella, a pesar del hecho de que su vida humilde y realista confirma la autenticidad de estas gracias tan particulares.

Una gran parte de estos intercambios epistolares se refieren a las constituciones, la Regla que se ha de redactar. María Eugenia encuentra las mismas dificultades con el nuevo superior eclesiástico, el Padre Gaume, como en 1841 con Monseñor Gros. A la Iglesia de París le preocupa todavía esta vida «demasiado contemplativa» para religiosas dedicadas al apostolado. El Oficio coral es, una vez más, puesto en cuestión.

María Eugenia sigue sufriendo a causa de la Iglesia, como ya lo había escrito en los primeros días:

A los miembros de esta Iglesia, (a la que ella quería entregar todas sus fuerzas), *yo no los conocía; soñaba con encontrar en ellos apóstoles, y no encontré más que hombres.*

Si María Eugenia continúa, sin embargo, luchando así, es porque está firmemente convencida de que la acción educadora depende, en la Asunción, de la vida contemplativa..., que ésta es la fuente de una vida activa de fe, de pasión misionera y de libertad de espíritu.

Se pregunta si debe ceder, pero ¿puede colocar el objetivo por debajo de lo que Dios pide?

Cuanto más avanzo, menos simpatía tengo hacia los sacerdotes o a los seglares piadosos...; no entienden nada...; su corazón no vibra por nada importante... ¿Debo modificar nuestro estilo, de forma que elimine

todo lo que choca a los poco abiertos?... De esta forma, en Francia, la inmensa mayoría nos aceptará mejor.

Pero María Eugenia no se decide; se afianza cada vez más en la coherencia de la fundación, en donde, según ella, *todo parece rigurosamente encadenado.*

A primeros de agosto de 1843, al Padre d'Alzon, con ocasión de un viaje a París, se le presenta, por fin, la ocasión de conocer la Asunción, pues hasta ahora sólo ha mediado la correspondencia.

Desde Lyon, en el camino de vuelta, escribe:

—Unas horas más y el Ródano pondrá entre nosotros otras ochenta leguas. No quiero que se acabe el día sin que le haya agradecido el bien que usted me ha hecho.

Como la redacción de la Regla se hace urgente, la Madre María Eugenia se pone en camino a su vez, en octubre de 1844, con el fin de trabajar en Nîmes con el Padre d'Alzon.

En el barco, que desciende por el curso del Ródano, se encuentra con siete religiosas del Buen Pastor de Angers, orden fundada quince años antes. Se hacen intercambios fructuosos precisamente sobre la redacción de su Regla y las dificultades surgidas con los obispos.

La estancia en Nîmes es provechosa. La Madre hace allí el retiro personal con el Padre d'Alzon. Nos podemos imaginar la riqueza de las conversaciones en estas semanas.

Nuestros puntos de vista concordantes, nuestras ideas comunes nos proporcionaban a los dos luces más vivas acerca de las grandes cuestiones en las que trabajamos conjuntamente.

10 Un giro abrupto

1844

«... la noche de mi inteligencia...»

EL año 1844 marcará una crisis. Crisis, sin duda, de crecimiento, pero crisis, no obstante, en las ideas y en la vida interior de María Eugenia.

Es el momento en que Lamennais publica su libro: *Voix de prison* (Voces en la prisión). El pensamiento social, expresado ahora de nuevo, sigue entusiasmando a la fundadora, *hasta hacer latir su corazón,* a pesar de la condena de la Iglesia. Escribe al padre d'Alzon y le pide (única vez en su vida) que queme esta carta.

Entre mis ideas y las ideas actuales del señor Lamennais no hay ni siquiera la distancia del espesor de un cabello...

Pero añade:

A causa de mi influencia sobre las hermanas, no quisiera decir ni una palabra que no sea de la más estricta ortodoxia.

Lamennais lanzaba una llamada que no podía sino emocionar a la fundadora: «¡Reformarse para reformar el mundo... transformarse para transformar el mundo!» Programa magnífico, pero según el cual el Reino de Dios se establecería en la tierra en la medida de los esfuerzos del hombre... Ahí está el fallo.

Las raíces de María Eugenia y su formación la preparaban para recibir estas ideas sociales, este encuentro con la visión del mundo y de la fe militante de Lamennais. Su educación, en la que Cristo no contaba para nada, se basaba en los valores de la cultura europea: fraternidad, libertad, justicia y patria. Además, de temperamento apasionado, absoluto y magnánimo, necesitaba algo, alguien de grandes miras para estimularla. La doctrina de Lamennais le ofrecía una visión y un programa de acción capaces de aunar su pasión por Dios y su pasión por los hombres.

La prudencia de la Iglesia la inquieta; María Eugenia

vive una crisis interior intensa. Sufre ante la ausencia de apertura en la Iglesia, no sólo con respecto a Lamennais, sino también con relación a su propia fundación. Por ello habla de una *noche de su inteligencia... su fe atraviesa las tinieblas.*

Su fidelidad a la Iglesia, sin embargo, sumida en la contemplación del misterio de la Encarnación, le hace entrever otro horizonte posible. El padre d'Alzon le aconseja humildad y paciencia, que él también practica en parecidas circunstancias. María Eugenia se deja ilustrar con discernimiento y sin crítica tanto por los seglares como por los sacerdotes, por los santos y por los pecadores, por los espíritus de su tiempo y por la larga tradición cristiana. Encuentra así valor para perseverar. Con el tiempo, y a través de nuevas situaciones, llegará poco a poco a una síntesis original en torno, únicamente, al Reino de Dios. Paso a paso, se da cuenta, en efecto, de que la Redención no debe tener forzosamente consecuencias terrenales inmediatas y visibles.

El Reino no se toca, no se ve, no debe nada a los medios de este mundo; no puede ser equiparado a un éxito político.

Para alcanzar el Reino es preciso perder la vida, y no obstante crece él solo; no está aquí ni allí, sino siempre en cualquier otro lugar. El Reino es la obra exclusiva de Dios. Ningún esfuerzo humano puede hacer que llegue el Reino y, sin embargo, es preciso esforzarse en ello. Los cambios de estructura social y política no pueden hacer llegar el Reino a la tierra. Por el contrario, los cambios serán el resultado de la conversión de los hombres; entonces se producirá el cambio de las situaciones: los primeros serán los últimos, los pobres serán servidos en la mesa del Maestro.

La joven y ardiente fundadora encuentra así el equilibrio entre la acción para Dios y la acción de Dios. Ciertamente, no se trata todavía más que de la génesis de un pensamiento, de una espiritualidad; otras etapas de su vida desarrollarán y fortificarán este germen. Pero nos atrevemos a decir que se trata aquí, no obstante, casi de una segunda conversión; es un verdadero cambio en este camino espiritual escarpado y largo, aunque la que lo ha recorrido no tiene todavía veintisiete años.

Al mismo tiempo, el Maestro interior la impele hacia adentro. María Eugenia ve la necesidad de dejar primero que se extienda su Reino en su corazón.

Un día, entrando en «Notre Dame», experimenta un profundo recogimiento. Se acuerda de la primera llamada y observa el camino recorrido; la llamada permanece, pero la forma de realizarla se ajusta al deseo de Dios.

Veía yo (en el momento de su conversión) *el Reino temporal de Jesucristo, Él veía su Reino interior en mi alma... Él me atraía con un amor secreto con el único fin de apropiarse de mi corazón.*

La madre María Eugenia comparte, día a día, esta experiencia espiritual con su comunidad que, a través de la búsqueda, la reflexión, la seriedad de vida, la estimula y la enriquece. Mère Thérèse Emmanuel, por su parte, tiene «palabras» y luces en la oración que confirman con frecuencia estas intuiciones: la Asunción trabajará en los puestos de vanguardia del Reino, a fin de extenderlo cada vez más.

En el día de Navidad de 1844, las cinco primeras hermanas hacen la profesión perpetua; a los tres votos habituales añaden otro cuarto voto. Escuchémoslas:

En presencia de la Santísima Trinidad,

hago voto de pobreza, castidad y obediencia y de consagrarme durante toda mi vida a extender el Reino de Jesucristo en las almas...

La Iglesia permitía añadir un cuarto voto, que expresase el carácter particular de cada Congregación. He aquí, pues, el fruto de estos años de búsqueda.

María Eugenia escribirá treinta años más tarde (en 1878):

El Reino de Jesucristo... Por eso soy religiosa de la Asunción. Es el objeto del cuarto voto que he hecho. No debería hacer nada, decir nada que no tenga como fin el extender este Reino.

En este día de la profesión, las notas de María Eugenia muestran de qué modo se entrega al Rey de este Reino, abandonándose a Él para siempre. El Reino no es simplemente una idea, sino una persona, la de Jesucristo, el Rey muy amado:

Me abandono a Ti sin reserva. Te pido la gracia de servirte únicamente a Ti..., rendirte adoración, y hacer que los demás te la rindan.

En la primavera siguiente, el padre d'Alzon vuelve a París. Predica el retiro de la comunidad del 23 al 31 de mayo. De nuevo surge la cuestión de la divisa, ya propuesta por él, para la congregación: «Adveniat Regnum tuum...» ¡Que venga tu Reino! Lema que él mismo tomará para su propia fundación algunos meses más tarde.

Así crece y florece ya el Reino en París lo mismo que en Nîmes.

11 Chaillot

1845

«¡En esta vida de pobreza, cuánto estímulo y cuánta alegría!»

EL señor de Franchessin, tío de María Eugenia, muy apreciado por ella, noble de corazón y lleno de ternura hacia su sobrina, sagaz hombre de negocios, ayuda a la comunidad a buscar, una vez más, un edificio a la medida de su crecimiento. Gracias a él se instalan en una finca a la orilla derecha del Sena, situada en la calle de «Chaillot», en donde permanecerán doce años. La finca tiene, además de una casa poco confortable, un terreno de tres hectáreas, en donde podrán construirse nuevos edificios. Se acondiciona lo mejor posible; para las alumnas, los locales más confortables; las hermanas se contentarán... ¡con lo que quede!

«En aquellos tiempos», contará, cerca de medio siglo después, una antigua novicia de esa época, «todas las religiosas eran jóvenes, llenas de ánimo y de vida. Las Madres más venerables no tenían ni siquiera treinta años.»

Otra religiosa, recordando la instalación improvisada que se parecía al «Arca de Noé», encarecía así la situación:

«En esta vida de pobreza, ¡cuánto estímulo y cuánta alegría! ¡Qué carcajadas en las estancias bajas y sombrías de la vieja casa! ¡Qué bien se dormía en aquellas buhardillas transformadas en dormitorios para las religiosas! El refectorio estaba instalado en el sótano, que no podía ser ni más negro ni más feo.»

Las salas de visita, a ras de teja, tenían un techo, más o menos ensamblado, que dejaba entrever el cielo.

—Un internado tan pobre desanima a los padres de las alumnas —le hizo notar un día el Padre d'Alzon a la Madre María Eugenia.

—*Un internado suntuoso degenera pronto en hotel de lujo* —respondió la fundadora.

Pues he aquí que esta penuria de los locales, lejos de

desanimar a las familias, las atraía. La buena fama de los estudios, la competencia y la juventud de las profesoras, el dinamismo de este nuevo estilo de educación, era lugar común en las conversaciones de ciertos ambientes de la capital y más allá. El internado se desarrolla pues de un modo inesperado.

Los amigos, con frecuencia personalidades nobles de la época, no se sorprenden. Monseñor de Hercé, Obispo de Nantes, escribe:

«Su residencia en los Campos Elíseos será un bien para las familias de ese barrio; su menosprecio a las riquezas y su amor a la pobreza enseñarán a las alumnas que ustedes llevan en el corazón un tesoro muy superior a los de la tierra, y alzarán sus miradas a la Belleza que es Dios.»

Dom Guéranger, abad de Solesmes, comparte con María Eugenia su gran reforma litúrgica, y transmite a sus monjes las conversaciones con la fundadora. Les anima a visitarla, lo que muchos realizarán.

Más tarde, uno de ellos, después de haberla visitado, afirmará con toda franqueza lo que pensaba que era un simple cumplido:

«Su Madre General tenía verdaderamente un cerebro de hombre; todos sus juicios eran luminosos.»

En el mismo sentido, el Obispo de Burdeos dirá:

«¡Necesitaríamos tres o cuatro hombres como esta mujer!»

Y, sin embargo, María Eugenia es toda para el Señor. Participa, como sus hermanas, en los trabajos de la casa, en particular en el lavado de la ropa.

El noviciado se incrementa también en la casa de Chaillot, adonde llegan numerosas postulantes. Todas no perseveran, porque la vida allí es austera y exigente; se trata de conformarse a Cristo Jesús, y sin tener otra

necesidad que Dios. La Madre Thérèse Emmanuel se entrega con toda su alma a la formación de las novicias. Les enseña los fundamentos de la vida religiosa de la Asunción, las inicia en la oración y en el Oficio. Les explica la Regla, las costumbres de la comunidad y algunas veces deja desbordar su alma sobre la belleza de nuestra vida monástica consagrada a Dios, a su gloria, toda para Él.

La Madre Thérèse Emmanuel aúna una gran intimidad con Dios y un realismo concreto. No deja que las novicias descuiden las cosas pequeñas que son «las delicadezas del amor».

Los doce años de Chaillot (1845-1857) verán la primera expansión de la congregación. La llegada de numerosas jóvenes permite superar el marco de Francia y aun el de Europa, pero el curso de estos años es bruscamente interrumpido por los acontecimientos políticos.

¡Febrero de 1848!

Cae la monarquía de Luis Felipe.

Parece que una revolución pacífica va a ser posible. Se piensa que el ideal de libertad de 1789 podrá tener la suerte de realizarse, esta vez, con y por los cristianos. Nace una gran esperanza.

Para María Eugenia es la vuelta a sus queridas ideas: el Reino y la política, Dios y la libertad. Se ve a sacerdotes que bendicen las banderas de la libertad. Se camina hacia la República.

María Eugenia escribe al Padre d'Alzon:

Nadie como nosotras ha sido fundada para esta sociedad del futuro, cuyo advenimiento aceleran nuestros deseos.

Lamartine despliega la bandera tricolor en lugar de la bandera blanca. Por otra parte se infiltran los ca-

becillas a la hora de proclamarse el «manifiesto del partido comunista», y la bandera roja ondeará libremente.

Podemos advertir el interés, el valor, la inteligencia de María Eugenia, en un período tan difícil. Trata de discernir, de comprender. Mantiene su independencia de criterio con respecto al pensamiento normal de los católicos, e incluso con relación al del Padre d'Alzon; le escribe fielmente las cosas tal como ella las ve en París mientras que, al estar en una provincia, el Padre tiene otro punto de vista en relación con los acontecimientos. María Eugenia observa las divisiones internas de los partidos lo mismo que su insensibilidad con respecto a las aspiraciones del pueblo y a las llamadas de la Historia.

Su formación intelectual y familiar la impelen a informarse yendo a las fuentes directamente; sus amistades con los políticos (Buchez, por ejemplo), se lo permiten. Conserva una flexibilidad y una amplitud de miras excepcional en una época en la que la intransigencia está a la orden del día. Importantes personajes iban a intercambiar impresiones con ella, aun «adversarios» bajo banderas a veces opuestas. Dialogan con ella, aceptan sus juicios prudentes, y están seguros de su discreción; de esta mujer contemplativa no se hablará, desde luego, en ningún periódico. Saben que es desinteresada, que no defiende intereses personales, ni una ideología especial, sólo persigue un fin: el Reino de Cristo, libertador y salvador.

Muy pronto se registrarán divisiones entre republicanos extremistas y moderados.

Los republicanos matarán a la República, escribe María Eugenia.

Pero desgraciadamente no se evitará tampoco la violencia. El cambio político se opera con sangre.

El 25 de junio, Monseñor Affre, Arzobispo de París, gran amigo y apoyo de la Asunción desde hace diez años, muere en las barricadas de una bala disparada en el suburbio de San Antonio, cuando intentaba mediar entre las dos partes.

De nuevo se produce una gran ruptura entre los partidos. Es evidente que la República, ideal de una sociedad cristiana, no tuvo éxito.

He aquí a María Eugenia, en su extrema honradez, volviendo a su experiencia de 1844: el advenimiento del Reino no será una realización humana.

Los cambios políticos, los gobiernos sucesivos, la conducirán cada vez más a esta misma convicción; las decepciones que estos cambios entrañan, en cada etapa, lejos de paralizarla, fortifican ahora su fe. Más que nunca, defiende los derechos del hombre, a causa de su dimensión trascendente. No desespera nunca de los hombres ni de la humanidad, sino que su esperanza está totalmente puesta en Dios.

A través de las tinieblas de este momento, María Eugenia entrevé de nuevo una sociedad de hombres libres de toda esclavitud (no solamente política), libres en la libertad de Cristo, una sociedad de hombres llamados también al Reino del Padre.

12 El Cabo de Buena Esperanza y Richmond

1849

«¿Sabe que nos proponen ir a China...? Le confieso que esa propuesta me tienta...»

LAS preocupaciones respecto a la política francesa siguen vivas, pero se difuminan, porque el amor impele a María Eugenia. Francia le sirvió, en cierto modo, de terreno experimental, de laboratorio ideológico. Pero su mirada amplia, su corazón, su pasión la mantendrán atenta al resto del mundo, y en esas circunstancias llegan nuevos requerimientos.

¿Sabe que nos proponen ir a China...? Le confieso que esa propuesta me tienta, escribe al Padre d'Alzon.

Este proyecto se manifiesta irrealizable, pero otros tendrán éxito. En aquella época, cuando no había más que una sola comunidad en Francia, la segunda se establecerá en el extremo sur del Planeta, en el Cabo de Buena Esperanza. En cuanto a la tercera, se establecerá también fuera de Francia: en Gran Bretaña.

¡África del Sur!

Monseñor Devereux, irlandés, es Vicario apostólico en El Cabo, provincia africana en territorio colonial inglés. Pide a la Asunción cuatro religiosas que estén capacitadas para dirigir una escuela de niñas en Grahamstown. Ninguna religiosa ha podido todavía llegar a esta ciudad de 8.000 habitantes, que se encuentra a muchos días, en carro de bueyes, de Port Elisabeth. Sor Marie Gertrude, irlandesa también, se ofrece a ir, con el entusiasmo y la energía de sus veintisiete años.

Monseñor Sibour, Arzobispo de París, tiene sus dudas sobre esta fundación tan lejana para una congregación tan joven. El proyecto le parece atrevido y temerario, pero da su asentimiento: obliga, sin embargo, a precisar algunos puntos importantes respecto a la autoridad de la Madre María Eugenia, aun en la distancia, y respecto a las relaciones con el obispo. La comunidad de Chaillot vibra: allí sólo se piensa en la misión.

No hay nada, escribe María Eugenia, *que despierte tanto el fervor, tanto el amor apasionado por el Reino, por el desprendimiento de todo lo que no sea para Dios, como esta llamada misionera.*

El 27 de agosto de 1849, en el puerto de Anvers, la fundadora despide a la primera pequeña comunidad misionera: Sor Marie Gertrude, la superiora de veintisiete años, parte con Sor Véronique, de treinta años, y Sor Marie Ligouri, de veinte años. Una novicia inglesa se une a ellas. Monseñor Devereux está allí con su joven hermana, que empezará el noviciado poco después. La Madre María Eugenia, muy emocionada, observa cómo el gran velero, *l'Océanie*, se aleja, y cómo esta semilla tan frágil se desarraiga del continente europeo por primera vez.

La travesía, muy penosa, que padeció motines, un incendio y un naufragio en una isla, durará tres meses y medio. Felizmente la acogida a la llegada está llena de fe y de alegría hacia esta pequeña caravana misionera. Las primeras cartas, que tardan meses en llegar a la «Casa madre», son entusiastas. Pero pronto se descubre la realidad: los protestantes hostiles son numerosos; de otra parte, el hambre se extiende, ¡hay guerra entre los indígenas y los ingleses! El valor se mina y quizá se transforma en excesiva actividad, al menos en lo que se refiere a la joven superiora, que trata de responder a todas las necesidades. Las obras se multiplican y va naciendo otro estilo de vida religiosa, más apostólica y con menos formas monásticas.

En sus cartas, Sor Gertrude y Monseñor Devereux piden fondos. María Eugenia los busca en diversos organismos, y se les envía el dinero. Sor Marie Gertrude acoge algunas jóvenes a quienes forma en ese estilo de vida religiosa, sin una comunicación suficiente con la

Superiora General, ya que en aquel tiempo el correo era lentísimo.

Las otras hermanas quieren seguir sirviendo a la misión, como lo estaban haciendo, según la vida religiosa de la Asunción. Dos de ellas tienen que volver a París para hacer la profesión y Sor Marie Gertrude pide que le envíen nuevas hermanas.

La preocupación de la Madre María Eugenia es cada vez mayor. En 1852 escribe una admirable carta en la que reclama a las hermanas, en nombre de la obediencia, ciertamente, pero con una delicadeza que llega hasta la ternura. Sor Marie Gertrude prefiere quedarse en El Cabo con las novicias que ha empezado a formar.

Hoy, con la experiencia de un siglo y medio de misión, comprendemos la locura de esta aventura: las dificultades de la lejanía, de las comunicaciones, del clima, etc. Al mismo tiempo, tal especie de locura es lo que ha permitido con frecuencia a los hombres y a las mujeres cruzar océanos y hacer florecer el Evangelio hasta los confines del mundo.

Por la gracia de Dios que se sirve de nuestras limitaciones, una pequeña rama continuará en Grahamstown, con Sor Gertrude, no sin sufrimientos y dificultades. Es hoy la congregación de las Hermanas Misioneras de la Asunción. Hubo tentativas de unión, de acercamiento, por parte de María Eugenia, pero estos proyectos no llegaron a término. Más de cuarenta años después, sor Gertrude vino a Auteuil. María Eugenia, con su capacidad intelectual ya debilitada, la recibió emocionada pero con gran afecto:

—¡Gerty!... ¡Gerty!...

Esta herida, este fracaso, aleccionó mucho a la joven fundadora sobre los límites de la condición humana y eclesial, sobre la prudencia necesaria y sobre la importancia de su propia obediencia a la Iglesia.

María Eugenia se deja captar por esta prueba. La duda, como en otras ocasiones, le acrecienta más la fe y el amor. Su oración se hace más amorosa y pasiva. Las fronteras interiores de su corazón se ensanchan.

Vengo de rezar, y he penetrado más profundamente en el pensamiento según el cual debo retornar a la amistad de Jesucristo y creer en su ternura. Me ha amado, me ha escogido, vengo de Él, voy a Él, y todos mis fallos no tienen otra finalidad que la de acabar en el gran abandono por el cual, traspasando los límites de mi pequeña existencia, seré toda entera para Él.

Sobre todo María Eugenia trata de amar a la Iglesia cada vez más, Iglesia del Verbo en la carne, Iglesia divina y muy humana, Iglesia de santos y de pecadores.

Esta misma Iglesia sigue llamando a la Asunción para ir más lejos. En 1849, es Inglaterra la que querría una comunidad en Richmond, en Yorkshire, para ocuparse de las huérfanas. Cuatro hermanas partirán con la Madre Thérèse Emmanuel, como responsable. Estamos en 1850.

La Madre María Eugenia se separa de su principal apoyo y guiará ella misma el noviciado durante dos largos años, en los cuales la comunidad de El Cabo empieza a deteriorarse. Esta vez la fundadora ofrece a Inglaterra una religiosa originaria de Irlanda, que habla inglés y que conoce el país. La realidad de su vida mística le permitirá vivir otro aspecto del pensamiento de la Madre María Eugenia; ya no se trata de una escuela, sino de un orfelinato para niñas desheredadas.

El último día de mayo, la comunidad está en Richmond. «La casa está situada en una gran colina. El jardín desciende en una pendiente rápida hasta el río, cuyos saltos de agua se oyen desde nuestras celdas.» El cuadro alegra el alma contemplativa de la Madre Thérèse Emmanuel. La alegra también la desnudez absoluta de esta casa. No hay en ella nada más que el suelo y las paredes, ni siquiera unos jergones. Pocos sacerdotes hay en el país, protestante en su casi totalidad; se sale, para ir a misa, a la parroquia... cuando se celebra.

La Madre Thérèse Emmanuel se resiente de esta falta y confiesa que «abandona su alma en la plenitud de Dios». Es tan intenso en ella el sentimiento de la presencia de Dios, que se olvidará del tiempo; pero cuando vuelve en sí, la superiora, con ropas de limpieza, es la primera en llegar al lugar del trabajo. En las tareas comunes, se adjudica a sí misma, sin que se note, la parte más ingrata o la más fatigosa.

Pero sobre todo, la Madre Thérèsse Emmanuel se deja llevar al Reino que está allí en las calles de Richmond. Pronto doce huérfanas se alojan en la vieja casa de campo, convertida en un pequeño monasterio. Se acoge para las comidas a los alumnos de una escuela vecina, dirigida por la señorita de Burchall.

Esto no es todo: justo al lado del convento hay una fábrica de papel de sombríos edificios; se emplea en ella a mujeres que pasan, mañana y tarde, por delante del jardín. Muy rudas son las condiciones del trabajo para estas obreras, precaria su situación familiar, más que ligeras las costumbres de algunas. En la promiscuidad y en la fatiga de la vida del taller, las bromas surgen, así como las burlas bajo la influencia de una tal Sarah Thompson, que la toma especialmente contra las pocas irlandesas católicas. Con la escasa autoridad que le ha sido conferida, no duda en maltratar, incluso físicamente, a las que intentan defender su fe.

La pequeña comunidad de la Asunción reflexiona, analiza el problema, lo confronta con el Evangelio.

¿Qué se puede hacer? Yendo a la iglesia, se encuentran a las obreras y deciden detenerse con ellas y hablarles. Entre ellas está, sin embargo, Sarah Thompson, sediciosa y aparentemente indómita. Las miradas se cruzan. Poco a poco unas relaciones sencillas, francas y amistosas se establecen. «Ha cambiado mi interior», dirá Sarah hablando de la Madre Thérèse Emmanuel. ¿Quién lo hubiera dicho? Algunas semanas más tarde, todos los domingos, un grupo alegre y pacífico de mujeres y de jóvenes suben el camino del monasterio para oír en él, durante una hora, hablar de Dios y de la Iglesia, y cuando se marchan dicen:

«Contaremos todo esto a nuestros maridos y a nuestros hijos, pues ellos tienen todavía más necesidad que nosotras.»

A través de estas mujeres, las familias y la sociedad se transforman aquí, como en París, según el fin de la congregación.

Sarah Thompson recibirá el bautismo, así como su hija, algunos meses más tarde. En cuanto a la señorita de Burchall, pide ser admitida en la Asunción, y llegará a ser Sor Marie Ignace.

Algo del Reino se transparenta en esta comunidad. De la Madre Thérèse Emmanuel se dice que su mirada ha conquistado los corazones. Efectivamente, se mantiene muy humana, con sus temores; reclama con insistencia más hermanas y se siente demasiado sola para sobrellevar esta carga.

Sin embargo, cada vez se hace más para Cristo «como una humanidad complementaria», según su propia expresión. Tenemos el testimonio, sus agendas están llenas de conversaciones interiores, que las transcribe por obediencia.

El Señor mismo ofrece a la comunidad algunos sig-

nos de la rica vida interior de la Madre Thérèse Emmanuel. Un ejemplo: hay que ir a buscar el agua, con una carretilla y una tinaja, al otro lado de la calle, ¡y para llenar la tinaja, una escudilla! A la vista de ello, decide excavar un pozo en el jardín; pero la perforación, profunda y costosa, no da resultado.

—Recemos... —dice la Madre Thérèse Emmanuel.

Se empieza una novena. El pozo ciertamente está seco. El día noveno, al salir de la Misa, cuando la aurora apenas apunta, el pozo está lleno de agua fresca y límpida que nunca jamás se agotará. Pequeños signos que fortifican la fe y el amor de las hermanas, en un cierto misterio y en una gran alegría.

Del otro lado del Canal de la Mancha, María Eugenia acumula los cargos. En París, durante este tiempo, Sor Marie Augustine enferma, tiene que guardar cama. María Eugenia, que reemplaza ya a la maestra de novicias, toma también la dirección de los estudios. La preocupación de El Cabo está presente, lacerante. El tío de Franchessin, gran bienhechor y muy amado por María Eugenia, se muere en pocos días. En estos momentos, la Madre Thérèse Emmanuel, aunque alejada, es su fiel apoyo.

De esta época nos ha quedado una correspondencia llena de encanto. Una escribe desde París: *Puedo decirle que estoy triste y que la echo mucho de menos en semejante circunstancia. Creo que Jesucristo quiere otorgarnos muchos bienes precisamente en razón de nuestra impotencia.*

La otra contesta desde Richmond: «Dios nos quita todo para hacernos comprender que Él solo es nuestro apoyo».

Una se inquieta por la salud, por la pobreza y por el frío: *Temo para usted el frío del invierno; el viento de Richmond me cala el corazón.*

La otra se preocupa por la carga que consume a su superiora general: «¿Es justo que yo comparta su autoridad sin compartir sus dificultades?»

Cambian impresiones especialmente, como es natural, acerca de la obra de Richmond, y María Eugenia da su pleno consentimiento a las novedades que, por otra parte, están siempre dentro del espíritu del proyecto inicial.

La Madre Thérèse Emmanuel vuelve a París en 1852, dejando en Richmond a Sor Marie Ignace (la señorita de Burchall) como superiora, con una postulante irlandesa y otra inglesa, primer plantel de la Asunción en Gran Bretaña.

13 Sedan y Nîmes

1854-1855

«No me atrevo a negarle el permiso para cuidar a los enfermos del cólera...»

¡LA Iglesia de Francia también hace un llamamiento!... En 1854 el Cardenal Gousset, Arzobispo de Reims (antiguo obispo de la diócesis a la que pertenecía Joséphine de Commarque en Sarlat), pide a la Asunción que se haga cargo de un internado en Sedan. Joséphine, convertida ya en Sor Marie Thérèse, es la designada para esta fundación. Como siempre, es la primera dama de esta casa:

«Durante mucho tiempo no tuvimos más que una sola sábana para cada cama: nadie se quejaba. Los caballos de los propietarios estaban todavía en la planta baja.»

Pero apenas llegadas las hermanas, se declara una epidemia de cólera, fulminante. Sor Marie Thérèse se ofrece inmediatamente para cuidar a los enfermos, y la Madre María Eugenia autoriza, no sin temor, a Sor Marie Thérèse a exponerse a la terrible enfermedad. *No me atrevo a negarle el permiso para cuidar a los enfermos del cólera.*

En este año de 1854, Sor Marie Thérèse se transforma en enfermera, acompañando sin desfallecer a los moribundos. Y, a pesar de todo, el comienzo del curso tiene lugar, como estaba previsto, dos meses más tarde, puesto que la epidemia había cesado y las reparaciones de la casa ya estaban acabadas.

Después de Sedan, la congregación se dirige hacia Nîmes. Desde hace varios años el Padre d'Alzon viene pidiendo a María Eugenia la fundación de una casa de adoración, casa que sería un centro de oración y de retiros en el corazón de la ciudad; sería también un lugar para renovar la vida espiritual de las hermanas que trabajan en comunidades más activas. Se tarde en realizar la fundación a causa de las reticencias del Obispo, que no deseaba ver implantarse una nueva co-

munidad religiosa en su diócesis. Una vez muerto el obispo, las cosas se agilizarán. Se ha puesto en duda, durante algún tiempo, si tendría que haber dos tipos de casas en la Asunción, uno más contemplativo y otro más apostólico. Pero las cosas están claras en la mente de María Eugenia. La Asunción es y será las dos cosas a la vez: una vida entregada al Reino en la que la alegría y el amor se derivan de la contemplación... una vida de adoración que se propaga al servicio del Reino.

En efecto, no pasa ni un año sin que se les confíe una escuela a esta comunidad de adoradoras. Sin embargo, en lo sucesivo, muchas comunidades se van a fundar con una obra de educación, a las que progresivamente se les añadirá la adoración del Santísimo Sacramento expuesto. Pero esta adoración estaba ya en el espíritu de las hermanas desde el principio de la fundación.

El 9 de noviembre de 1855, aniversario de la primera Misa en la Asunción, el Padre d'Alzon expone el Santísimo Sacramento en el altar; se distribuyen las horas del día entre las hermanas. La «Liturgia» de la Adoración acaba de nacer en la Asunción: se trata de turnos de oración, a partir de la misa en la que se consagra el Cuerpo de Cristo y que a través de las horas se prolonga hasta la misa del día siguiente.

La capilla donde se celebra, por primera vez, esta guardia de honor y de fidelidad se la podría imaginar grande y rica, en relación a lo que sucede en ella; pero hela aquí descrita por una de las hermanas de la feliz comunidad:

«La habitación que se usaba como capilla era tan exigua, que los bancos, enviados del colegio por el Padre d'Alzon, tuvieron que ser colocados en sentido transversal, de modo que, para volverse hacia el altar,

sólo se podía apoyar una rodilla. Era muy difícil mantenerse en equilibrio, y al menor movimiento, sobre un punto cualquiera de la línea, todo se tambaleaba. Era como una hilera de gorriones sobre una rama flexible, lo que daba lugar a meditar sobre el espíritu de desprendimiento.»

El humor de este relato no puede ocultar la paradoja de las obras de Dios; de tan gran pobreza brota la gracia. Cuanto más mísero es el cofre más atraída es la mirada hacia el único tesoro que contiene.

La fundación de Nîmes fue doblemente determinante para el porvenir de la joven Asunción. Llevaba en germen a la vez la vida eucarística, que iba a ser la suya, y el estilo de relación que tendría la congregación con los amigos seglares.

El Cuerpo de Cristo expuesto en el altar, en el centro de la casa... ¿Quién no pensaría en la gracia de la primera comunión de María Eugenia, en la que había comprendido que sólo por Jesucristo podría rendir al Dios vivo la adoración perfecta?

Desde entonces, el misterio del Cuerpo de Cristo la atrae de tal modo que puede escribir: *Cuando busco el misterio que me es propio... recaigo totalmente en el Santísimo Sacramento. Todos los otros misterios me afectan en una cierta medida y sucesivamente, pero éste me atrae siempre y me vincula sin medida. No sé si me atreveré a decirlo, es la forma bajo la cual Nuestro Señor me ha amado, se me ha dado a conocer, ha venido a buscarme... está presente, y atravesar unos muros o dar unos cuantos pasos no me cuesta para conversar con Él.*

La adoración del Santísimo Sacramento nos conduce, como a María Eugenia en su primera gracia, no solamente a lo que Él es, sino también a lo que Él quiere.

Es la fuente y el desbordamiento de un movimiento de adoración que embarga nuestras vidas, y nos hace prosternar el cuerpo, el corazón y la voluntad.

De otra parte, Cristo expuesto entre nosotros es el que reúne a su pueblo y actúa en la Historia. Ante Él, sentimos la urgencia de extender su Reino en la tierra. Enrraizadas en las realidades terrenas, en la cultura en la que estamos, las ofrecemos al Padre para que toda la creación sea consagrada y transfigurada según su vocación profunda, en Cristo. Éste es el movimiento eucarístico, el de cada misa.

Una relación nueva, una amistad se anuda con los seglares, también en esta fundación de Nîmes. Para adorar, de hora en hora, a Aquél a quien las hermanas no quieren dejar solo en la capilla, el Señor les sugiere formar una congregación de adoradores con los que ya aman a la Asunción y vienen aquí a rezar.

—Forma un grupo de adoradores que me honre y que me ame... para que yo pueda iluminarlos, abrasarlos... le dijo el Señor a la Madre Thérèse Emmanuel.

Compartiendo esta velada amorosa y apacible, de alcance universal, estos hombres y estas mujeres desean ir más lejos en el conocimiento de Cristo y de la Iglesia; anhelan encontrar una ayuda para su vida espiritual. Es en Nîmes, en esta casa, donde el Señor de la Eucaristía es el Dueño, donde se funda realmente alrededor de Cristo, con las hermanas, la Tercera Orden cuya constitución ya estaba esbozada por el Padre d'Alzon y por María Eugenia.

> Estar dispuesto a considerar como finalidad de su vida, no la gloria, la fortuna y las cosas de la tierra, sino la gloria de Dios, la extensión del Reino de Jesucristo y el bien de las almas. Hacer de su vida una protesta efectiva contra las sentencias del mundo, y especialmente contra la vida de lujo, de egoísmo y de inacción... Trabajar para hacer conocer a Jesucristo por medio de la conversación, por la enseñanza, por los escritos, por todas las obras que puedan comunicar el espíritu del Evangelio a un mayor número de almas, y ayudarlas a que se conformen con él.
>
> *De la Regla de la Tercera Orden de la Asunción.*

Así es el pensamiento de la Madre Eugenia como el del Padre d'Alzon; religiosos y seglares juntos, serán necesarios para la realización de la misión de la Asunción. Por otra parte, la fundación de una fraternidad seglar responde, según María Eugenia, a una *aspiración secreta* en muchos cristianos, que quieren hacer algo más por Cristo y por el Reino de Dios.

En una tal fraternidad religiosos-seglares todos encontrarían, además de una colaboración en una misión de la Iglesia, una ayuda espiritual e intelectual.

Los seglares, al encontrarse, por profesión, más directamente comprometidos en la construcción de la ciudad terrena y más estratégicamente situados, aportarían al proyecto una experiencia y un conocimiento indispensables. Podrían extender el Reino a zonas en las que los religiosos no se encontrarían. Los religiosos, por su parte, al asegurar por su profesión la permanencia del proyecto y al gozar de una mayor disponibilidad, aportarían una dedicación más total y la mirada clarificada, fruto de la oración prolongada.

La comunidad deberá ser, a la vez, un centro de búsqueda y de actividad apostólica, un lugar de comunión fraterna, un puerto de oración y de calma de donde sacar paz, fuerza y energía espiritual.

María Eugenia quiere abrir así a los seglares amigos algo de los *consuelos* de la vida en comunidad religiosa.

Después de CHAILLOT y el primer internado,
EL CABO: la llamada misionera, el difícil fracaso...
RICHMOND: una educación para los más pobres y marginados, en un contexto parroquial, en un ambiente protestante.
SEDAN: una respuesta a lo imprevisto, a lo urgente, y un internado.
NÎMES: casa de adoración y de fraternidad seglar.
Las primeras fundaciones de la Asunción abrieron cada una nuevos caminos para el Evangelio en la sociedad, desarrollando y confirmando la intuición original al mismo tiempo.

14 La fundación de los religiosos

Navidad de 1845

«Nuestras dos Asunciones...
nuestra doble Asunción...»

POR el Padre d'Alzon nos llegó la llamada para ir a Nîmes, pero ¿qué es lo que sucedió después de estos días de mayo de 1845 en que le dejamos predicando un retiro en «l'Impasse des Vignes»? En esta época era Vicario general de Nîmes, y dirigía con algunos profesores un internado de chicos, fundado dos años antes.

En 1844 María Eugenia concebía el deseo de *ver fundarse en la Iglesia de Dios una orden masculina con un espíritu semejante al de nuestra Asunción,* para dar a los jóvenes un carácter más fuerte, más inteligente, más cristiano y sobre todo más libre. *Lo que falta en Francia, evidentemente hoy, para los hombres son órdenes religiosas en relación con los caracteres, con los espíritus, y diría que también con las fuerzas físicas de nuestro tiempo,* escribe María Eugenia en 1844.

Continúa señalando lo que determinaría el lazo, la unidad de esta forma establecida: *Una filosofía y una pasión. ¿Qué pasión habría que dar a los religiosos? La de la fe, la del amor, la de la realización del Evangelio.*

En cuanto al Padre d'Alzon, está más que al unísono:

—Estoy plenamente de acuerdo con lo que usted llama la filosofía y la pasión de las órdenes religiosas. Mi pasión sería la manifestación del Hombre Dios y la divinización de la humanidad por Jesucristo, y ésa sería también una filosofía.

Mantienen una correspondencia muy frecuente y llena de interés para nosotras. Se percibe, tanto de parte de uno como de otro, una búsqueda activa, pero también, sucesivamente, dudas sobre sí mismo y estímulos para el otro.

El 21 de agosto del 44, Emmanuel d'Alzon escribe:

—Me estoy haciendo viejo, ¡dentro de ocho días ten-

dré treinta y cuatro años! Reformarse es imposible y, tal como soy, tengo demasiados defectos para creerme bueno, para hacer algo de grandes miras.

Sin embargo, en abril de 1845, el Padre d'Alzon va a París y permanece allí durante cinco meses:

—Yo iba casi todos los días al convento de la Asunción... Después de la Misa, pasaba largo tiempo con la superiora, ya para preparar el reglamento de la Tercera Orden, ya para releer las constituciones de las religiosas, o también para hablar de las disposiciones que tomaríamos para la orden masculina.

El futuro fundador encuentra inspiración y apoyo en María Eugenia, mientras que él la sostenía en las diversas pruebas que hemos descrito.

Apenas ya de vuelta en Nîmes, le escribe María Eugenia el 22 de septiembre:

No pienso de momento más que en sus profesores, en nuestros problemas y en Dios, que está en medio de nosotros.

El Padre le contesta el 26 de septiembre.

—Si yo soy el padre de su Asunción, ¿no es usted un poco la madre de la mía? O más bien ¿no son las dos nuestras, en el sentido en que ellas son de Jesucristo, que nos las ha confiado?

En la Navidad de 1845 se reúnen los seis primeros religiosos agustinos de la Asunción, que tendrán por divisa: «Adveniat Regnum tuum», «Venga tu Reino» (A.R.T.).

El 26 de diciembre, la primera carta del fundador es para la fundadora:

—Hemos comenzado seis, ustedes fueron cinco [1], es preciso que el número compense el tiempo que nos llevan de ventaja... pero no quiero hablarle más que de la obra. ¡Ahora, he aquí que ya hemos empezado!

[1] Y ¡menos aún! ¡sólo tres!

Desde ahora, ya no se hablará, por una parte y por otra, más que de «nuestras dos Asunciones», «nuestra doble Asunción...».

Durante los años siguientes la relación continúa, intensa y verdadera; María Eugenia, en algunos momentos como en su juventud, expresa dudas sobre la amistad, quisiera pruebas, una ratificación más explícita. Esas dudas hieren al Padre, que responde con bondad, firmeza y humildad. Un día había escrito: «Creo que lo que más hiere a Dios es el dudar de su amor por nosotros». Eco discreto de lo que él mismo siente.

De todas formas la ayuda mutua apenas cesa; a los jóvenes se les da a conocer una y otra congregación. María Eugenia envía al Padre a varios jóvenes que conoció en París. Entre ellos, Etienne Pernet, futuro fundador de las Hermanitas de la Asunción.

Las cartas, casi cotidianas, tratan desde el Derecho Canónico hasta el déficit de las cuentas; y María Eugenia, mujer de negocios asombrosa, envía dinero y sobre todo sabios consejos sobre este problema; se prestan dinero mutuamente, pero sin ingerirse en los asuntos internos del otro instituto. En medio de todo esto, de la ternura y de las invitaciones acuciantes, escriben:

—¡Hágase santa!

—*¡Hágase santo!*

—Entre usted y yo está el Señor. Le doy gracias todos los días por habernos hecho suyos, y por habernos unido de tal forma que sea provechoso, según espero, para la eternidad.

El Padre d'Alzon, apasionado por el Reino de Dios, y amante de la Iglesia, desarrolla una gran actividad en múltiples dominios. María Eugenia teme que no se

entregue a lo esencial: el desarrollo del espíritu propio de la Orden. Con respeto y sencilla libertad, escribe:

Me parece que usted se dedica a toda clase de buenas obras, excepto a aquélla (responsable de la Orden) necesaria para los suyos. Y a eso es a lo que atribuyo directamente su infructuosidad en orden a las vocaciones. El que usted predique a los protestantes, o que luche contra el galicanismo, o que se deje devorar por los importunos, eso no es lo malo: lo que usted descuida ¡es el mayor encargo que ha recibido en este mundo!

En otra ocasión le dirá, siempre con este mismo afecto audaz:

Sería mejor que usted fuera obispo.

El Padre acaba cayendo enfermo. En el año 54 tiene cuarenta y tres años; sus cartas hablan de largas jornadas de angustia, de un gran cansancio, de un profundo desaliento.

La Madre María Eugenia se muestra entonces más maternal, más respetuosa todavía. El Padre reconoce:

—Antes la ayudaba; hoy es usted la que me ayuda.

Pero en todo momento, María Eugenia sigue siendo la hija espiritual del Padre d'Alzon. Y éste no cesará jamás de sostenerla:

—Usted es la persona en quien me apoyo con más confianza, y por la que tengo más interés.

Maravillosa expresión de su amistad.

15 Auteuil

1857-1866

«Conseguir que la inteligencia
sea tan cristiana como el corazón.»
«Lo que domina en mis relaciones
con las hermanas,
es conducirlas a Dios
tal como Él las quiere...»

VOLVAMOS a la casa de Chaillot. Hemos dejado el internado y el noviciado en plena expansión, de forma que había que pensar en buscar un alojamiento más espacioso.

María Eugenia acaba de recibir de Roma una primera aprobación de los «estatutos» (un compendio de las constituciones). El «Breve Laudatorio», firmado por Pío IX, es un verdadero estímulo puesto que viene de la Iglesia.

El Estado francés también está a punto de reconocer la Congregación.

Es pues el momento de establecer de un modo duradero e incluso definitivo la casa general de la Asunción, como lo deseaba María Eugenia. La fundadora tiene ahora cuarenta años; está en ese momento de la vida en el que la experiencia es donde se apoya su gran dinamismo. Ha llegado el momento de escoger el cofre, que exprese la belleza interior, para el tesoro que le ha sido confiado, es decir, la Congregación. La Madre María Eugenia quiere dar a esta nueva casa el carácter que conviene al estilo de vida religiosa y educadora de la Asunción: un lugar silencioso aunque cerca de la capital, un ambiente monástico, un espacio de belleza austera.

Algunos amigos proponen la compra del castillo de la «Thuilerie» a un precio relativamente modesto. Bien situado en la soledad de Auteuil (porque Auteuil era entonces ¡una soledad!), en una vasta propiedad rodeada de árboles, se le llamaba «el castillo invisible». Este castillo tiene una historia: debe su nombre a una fábrica de tejas, establecida allí en tiempos muy antiguos, que justifica la tierra arcillosa del parque. A fines del siglo XVIII pertenecía a la condesa de Brienne. Por esta razón, el joven Bonaparte, a comienzos de su carrera

militar, acudía al «castillo invisible», en donde le estaba reservado el saloncito de la planta baja.

El castillo reclamaba algunas transformaciones para convertirse en el convento de las religiosas de la Asunción. Por de pronto, el salón de recepción, para bailes y fiestas, se convertirá en capilla. El saloncito verá desfilar visitantes muy diferentes de los que frecuentaba el primer cónsul, pero los huéspedes de la Madre María Eugenia no serán de menor valía: Monseñor Gay, Monseñor Gerbert, Monseñor d'Hulst franquearán más de una vez la puerta; Monseñor Dupanloup le encargará, aquí mismo, la corrección de un capítulo de su tratado sobre la educación. Dom Guéranger y el Padre Lacordaire siguen siendo fieles amigos y consejeros; el Padre Monsabré, dominico, la conocerá allí; los señores de Cazalés y de Montalembert emprenderán el camino de Auteuil del mismo modo que emprendieron el que conducía a Chaillot; Louis Veuillot intercambiará con la fundadora los problemas de la redacción de su periódico, *l'Univers*. En este salón se discutirán causas muy importantes.

Una vez acondicionado el castillo, María Eugenia lo reserva para las alumnas y para las visitas, mientras que construye, para las religiosas y el noviciado, un gran monasterio gótico entreverado con arcos románicos: un claustro, largos pasillos silenciosos, un refectorio abovedado, una sala capitular austera y sin ornamentación y celdas monásticas.

Muros y edificios hablan también del carácter absoluto de Dios y de la relatividad de las otras cosas. Todo pone de relieve, en este monasterio, que Dios es el único bien que se persigue.

La primera piedra fue colocada el 14 de abril de 1856.

Antes de que se acabaran las obras, los primeros huéspedes serán el Padre d'Alzon, muy cansado, y sus hermanos novicios que se alojarán en la «Thuilerie».

El 10 de agosto de 1857, las religiosas de la Asunción abandonarán Chaillot para instalarse definitivamente en Auteuil.

La calle de los «Tombereaux» se convierte en la calle de «l'Assomption». Por estas fechas, la propiedad se extendía desde el número 25 hasta más allá del 17 de esta calle hasta la avenida de Mozart [1].

Auteuil es «La Casa Madre» y lo seguirá siendo, salvo un desalojo temporal debido a razones políticas, hasta hoy día. Se abrirán otros conventos: una casa de adoración en Londres este mismo año, luego otros colegios en Burdeos (1860), Lyon (1862), Málaga (1865) y el «Petit couvent» de Auteuil en 1866.

Se crea un grupo de amigos, que con frecuencia son padres de alumnas. La Tercera Orden se reúne ahora en París, como antes en Nîmes. La Madre Thérèse Emmanuel dirige las reuniones. Con los participantes se idean nuevos trabajos, cuyas designaciones ponen de relieve su alcance social: la obra de los traperos, que es al mismo tiempo un catecumenado; el patronato para las jóvenes pobres de Chaillot.

El internado está, en efecto, floreciente. El reglamento del día; el equilibrio del horario; el clima familiar y exigente, austero y alegre; las fiestas; las visitas a los pobres, y, sobre todo, el programa de estudios ya había sido suficientemente experimentado anteriormente.

[1] El monasterio será expropiado en 1901, destruido en 1926, para construir este barrio de París. Actualmente queda «Le petit couvent», construido también por María Eugenia en 1866, para las alumnas más pequeñas. Es el actual número 17 de la calle de «l'Assomption».

Pero aquí María Eugenia perfecciona sus ideas sobre la educación. Los padres de las alumnas, en «Impasse des Vignes», ya habían recibido un prospecto donde se explicaba, en detalle, el proyecto pedagógico. En él se leía:

—El fin de la educación en la Asunción es un desarrollo unitario de la personalidad de las jóvenes; se trata *de aunar los estudios esenciales bajo una dirección profundamente cristiana... La instrucción no consiste solamente en recargar la memoria sino en desarrollar la inteligencia y el sentido moral... Es preciso conseguir que la inteligencia sea tan cristiana como el corazón, esclarecer el espíritu a fin de supeditar más estrechamente la voluntad al bien, y fortificar la fe.* La vida de las alumnas está organizada, hasta en los más mínimos detalles, con vistas a esta educación.

Para eso las religiosas (en ese momento hay 18 en Auteuil), *libres de toda otra ocupación, desarrollarán su enseñanza a través de estudios constantes...* María Eugenia había establecido ya en 1844, en la regla que estaba tratando de escribir, la necesidad de los estudios para las religiosas jóvenes (artículo 12). Los estudios profanos y religiosos para las hermanas jóvenes son una de las innovaciones que caracterizan a la nueva fundación de María Eugenia. Los estudios se llevan a cabo por amor a la verdad, y con la finalidad de capacitarse para enseñar inteligentemente. Se trata de *inundarse de luz para dar la luz,* con vistas al Reino y jamás con otro fin. María Eugenia habla aquí con frecuencia de la humildad con la que hemos de abordar los estudios; de la mirada contemplativa, que debe ser la nuestra, hacia Dios, hacia su espléndida creación, hacia los problemas contemporáneos para verlos en la fe, para comprenderlos según Dios, y para poder hablar con conocimiento de causa. Esta mirada hay que orientarla hacia el mundo y hacia la vida humana, según Cristo y las Escrituras. En efecto, es Cristo, Verbo encarnado, el punto de apoyo de la formación. María Eugenia pide que *la fuerza de nuestra inteligencia, así como las inclinaciones de nuestro corazón, sean aplicadas a Jesucristo.*

En 1858 se convoca el primer Capítulo General, solemne asamblea con las delegadas de cada casa, en el que juntas buscan, con el Espíritu, los designios de Dios acerca de la congregación.

En este Capítulo, la Madre María Eugenia es elegida superiora general de por vida. Desde el principio de la fundación, una primera elección permitió a las hermanas escogerla como superiora. Y, ya en esta época, María Eugenia manifestaba grandes reticencias a este respecto.

—*Sería para mí extremadamente ventajoso no dejar que me vuelvan a nombrar superiora,* escribe al Padre d'Alzon; *siento que pierdo el hábito de obedecer.*

Pero el Padre d'Alzon contesta:

—Para mí es una decisión zanjada de modo tajante. Creo que Dios la quiere ahí; que quiere que dé su espíritu a la obra que usted ha fundado.

La elección unánime da la razón al Padre.

María Eugenia, aunque consciente de su debilidad, se entrega, pues, a ese gran esfuerzo que representa la autoridad. No se trata del gobierno de la Congregación, sino de la animación de las comunidades y de las hermanas. Debe transmitir un espíritu, prever las responsables en el futuro, prepararlas para llevar la responsabilidad.

Y así escribe: *Nuestro espíritu es amarnos con ternura.* Parece que María Eugenia quiere fijar, inconscientemente, el acento particular de su autoridad. Con

sus comunidades comparte preocupaciones, alegrías, dudas, lecturas, hallazgos, encuentros y decisiones que se deben tomar; son momentos de discernimiento profundo, al mismo tiempo que lo son también de alegría y de libertad de espíritu. Ama a cada una, conoce su historia, teniendo por costumbre *no ver en la hermana más que lo que hay en ella de eterno. Para mí, lo que domina en mis relaciones con una hermana es la responsabilidad de conducirla a Dios tal como Él la quiere.*

Fija su mirada y su corazón en cada una de las que Dios le ha confiado, desde la más joven postulante hasta la que se está muriendo; y lo hace con esa bondad que discierne entre los límites y las sombras de una vida y de una historia, el camino que la gracia de Dios abre. María Eugenia sigue ese mismo camino: ¿no la hemos visto un día que, aunque estaba muy cansada, vuelve desde Auteuil hasta una comunidad cercana para pedir perdón a una hermana a la que temía haber ofendido?

El perdón también sabe concederlo, pues Sor Marie Augustine, así como alguna que otra hermana la hacen sufrir: críticas, mutismo, independencia, sospechas; las dificultades de la vida fraterna no se le escatiman. Anota en su agenda personal:

Tomar de las manos de Nuestro Señor, como parte de su pobreza, de sus humillaciones y de sus sufrimientos, las penas que podrán causarme, las palabras que podrán decirme o decir de mí.

La Madre María Eugenia tenía un don de dirección espiritual excepcional, de viva voz o por escrito. Sus instrucciones a las hermanas, sus conversaciones, sus diálogos particulares, sus cartas son minas de oro, de donde se pueden extraer grandes beneficios.

He aquí una buena medida, de sentido común, que ofrece en primer lugar: *Usted medirá la dimensión de las cosas alejándose un poco, como hacen los pintores para no falsear las proporciones.*

Su preocupación consiste en *dejar que cada alma mantenga su estilo particular,* no en el caos de los deseos, sino en el lugar en el que Dios quiere depositar su imagen.

Después de esto, María Eugenia entrelaza sin cesar las palabras de fe, de libertad, de abandono.

A propósito de la fe escribe: *Es una locura el no ser lo que se es con la mayor plenitud posible.* Se confía en la criatura que Dios ha hecho. María Eugenia habla con frecuencia de la fe, de los puntos de vista de la fe, una fe que debe alcanzar a todos los entresijos de la personalidad: *Vean cómo ese carácter de la fe es el carácter propio de nuestro espíritu, cómo debe actuar en nuestra vida, transformar nuestra inteligencia, llenar nuestros afectos y darnos un amor nuevo.*

María Eugenia recomienda con frecuencia el abandono: *qué más da que usted sea incapaz;* y esta admirable recomendación: *Póngase en manos de la Providencia como un niño que no se mueve, que está quieto.*

En fin, su dirección conduce todavía de nuevo hacia una mayor libertad, gracias a la dependencia constante y total con respecto a Jesucristo: *El conocimiento de Jesucristo, el amor de Jesucristo, la ocupación íntima de Jesucristo.* Y así aconseja *vivir más en las entrañas del alma en donde Dios habita.*

En una conversación, María Eugenia habla de esta *tierra desconocida de nuestra alma* en la que es preciso comprometer a cada uno a caminar por ella. *Hablar con frecuencia y casi únicamente de la fe, de la esperanza y de la caridad. Muy poco de otras virtudes.*

En cuanto a la caridad, María Eugenia toma las palabras de la Regla de San Agustín, que es la que ha escogido para nosotras [2] y que toda ella está centrada en el único mandamiento del amor. El epígrafe de esta regla dice así: «Antes que todas las cosas, sea Dios amado, y después el prójimo». Caridad que no se puede vivir más que en pobreza, es decir, poniendo los bienes en común. Dios ha sido el que primero nos ha amado... «por eso es necesario ser un solo corazón y una sola alma» orientados juntos hacia Dios. Amar, en comunidad o en cualquier parte, es perdonar, es perder la vida, es no esperar la reciprocidad... porque sólo Dios basta. Es encontrar placer en servir. Y esto, concluye San Agustín, «no como esclavos bajo la ley, sino con la libertad de hijos, como amantes de la Belleza espiritual».

La solicitud de María Eugenia se hace mayor todavía cuando se trata de hermanas enfermas o moribundas.

Entonces la tuberculosis, en el siglo XIX, aún no se había diagnosticado y no se conocía modo de curarla. El frío, demasiado riguroso, los edificios con frecuencia mal calentados, generosidades de jóvenes que las llevan más allá de sus fuerzas, o una simple gripe, se transforman en afección pulmonar grave, que consume y que finalmente es dramática. Es cierto que la fundadora envía a las hermanas enfermas «a tomar las aguas», como se decía entonces, a un balneario de aguas termales reconocido, pero María Eugenia está muy al tanto y recomienda prudencia... como atestigua esta carta a una hermana, fechada el 22 de febrero:

[2] Cada congregación debía escoger una de las cuatro grandes reglas de la vida religiosa occidental: Agustín, Basilio, Benito o Francisco, a la que se le añadían las constituciones particulares.

No me quiero olvidar de decirle que encuentro que tres catarros ya en este invierno son demasiados; quiero que usted se cuide, que se levante más tarde por la mañana, que se abrigue para pasar por los sitios fríos, que esté solamente en las habitaciones calientes; en fin, que haga todo lo preciso para no toser más. Usted me dirá si lo ha conseguido.

Seguida por otra esquela del 15 de marzo:

¿Qué quiere decir que el principio de su nuevo catarro es un enfriamiento cogido durante la noche? ¿Su cuarto no está bien cerrado?, ¿o es que no tiene a su alcance algo para abrigarse, cuando el tiempo vuelve a enfriar?

Se cuenta también que la Madre María Eugenia pasaba largos ratos cerca de las hermanas enfermas. Pero el mal inexorable parece a menudo más fuerte que esta ternura. La Madre pierde así cerca de 200 hermanas, entre las cuales había muchas jóvenes; cada muerte produce un nuevo dolor. Las conversaciones recogidas son conmovedoras:

¿Qué habríamos podido hacer?

Pero, sobre todo, se deduce de estas circunstancias el camino de entrega y de santidad al que María Eugenia ayuda a seguir a sus hermanas. Así es como la Asunción del cielo crece... demasiado deprisa.

María Eugenia piensa que el misterio de la dormición de María ayuda a una muerte relativamente apacible en la mayoría de las ocasiones. Se podría, efectivamente, escribir un libro con los relatos de esas santas muertes, muchas de ellas vividas ¡por jóvenes religiosas entre los veinte y los treinta años!

La comunidad rodea con cantos y con oraciones de amor y de consuelo a sus hermanas muy amadas a las que se ha cuidado durante mucho tiempo.

Y sin embargo, la savia está allí con todo su vigor, y la Congregación continúa creciendo. Las peticiones de nuevas fundaciones son tan numerosas que, a pesar de todo, hay que renunciar a algunas. En 1861, el Padre d'Alzon, propone comprar la iglesia del «sepulcro» de la Virgen de Jerusalén; María Eugenia no puede aceptar, sintiéndolo mucho. En 1864, el entusiasmo del Padre le hace, una vez más, pedir hermanas para que acompañen a sus religiosos a Bulgaria. María Eugenia tiene que renunciar otra vez, por la dificultad de formar a hermanas para esa nueva misión. Es admirable ver la libertad con la que actúa, pero se comprende que el Padre no se sienta muy satisfecho ante este nuevo rechazo.

Nada detiene al fundador: invita a algunas jóvenes de las montañas de Cévennes a prestar ayuda en los países del Este; funda entonces, con las más generosas de entre ellas una congregación, la de las Oblatas de la Asunción, destinadas a esos países, así como a la misión universal. El Padre d'Alzon eligió a Marie Correnson como cofundadora, la cual pasará algún tiempo cerca de María Eugenia, preparándose para la tarea. María Eugenia ayudará a esta joven fundación, cediéndoles, durante los dos primeros años, a la Madre Madeleine y después a Sor Emmanuel como formadoras.

En este mismo año de 1865, el Padre Pernet, cuya vocación había sido orientada por la Madre María Eugenia, fundará a su vez, con la señorita de Fage, la Congregación de las Hermanitas de la Asunción. El corazón de María Eugenia está lleno de acción de gracias; complacida recibirá en Auteuil a la futura Madre Marie de Jésus, a fin de iniciarla en la vida religiosa. Intercambios benéficos de una y de otra parte, ya que las alumnas de la Asunción se abren así más a los grandes

problemas sociales de la época, a la evangelización de la familia obrera, que es el fin primordial del instituto de las Hermanitas de la Asunción.

Fue, pues, en ese salón del joven Bonaparte en donde estas dos fundaciones encontraron apoyo, ayuda y estímulo fraterno.

La Madre María Eugenia se siente feliz de servir de esta forma a la Iglesia. Su propia fundación hubiera sido suficiente para acapararla, pero nada de eso. Ayudará discretamente a muchas otras congregaciones de Francia y de otros lugares. Una alianza de oración la une con los misioneros que salen para China; más tarde su interés llega hasta la Iglesia de Inglaterra y también hacia los Padres polacos de la Resurrección. Recibe durante una larga estancia a la Madre Macrina, abadesa del monasterio de Minsk en Polonia, en el que murieron mártires todas las hermanas, y que se dirigía a Roma para suplicar al Papa su intervención.

Establece numerosos contactos con las grandes órdenes: Jesuitas, Dominicos, Benedictinos. Trabaja con ellos, manteniendo siempre una gran independencia porque su abanico de relaciones es amplio y desinterasado, y escribe:

Debemos trabajar para la Iglesia, y hacer de nuestra vida una vida de servicio constante a la Iglesia.

16 San Pedro de Roma

1866

«Es preciso que la vida
de la Iglesia
se realice en nosotros a través
del sufrimiento»

MARÍA Eugenia sabe ya lo que es sufrir por esta Iglesia a la que sirve y para la que trabaja. La Madre dice: *Es preciso que la vida de la Iglesia se realice en nosotros a través del sufrimiento.* No teme llamar a este sufrimiento *persecución,* y afirmar: *Si la persecución nos llega, ella realizará su obra.* La persecución puede ser violenta y sangrienta, cuando procede del exterior; pero también puede proceder de la Iglesia misma. Desde la fundación, María Eugenia sufre la desaprobación de ciertos representantes de la Iglesia, pero ahora la incomprensión va a vivirla de nuevo, y de un modo muy particular.

En la extrema soledad de su alta responsabilidad, y a causa de la obediencia que quiere vivir, la Madre María Eugenia desea ardientemente la confirmación de su obra por parte de la Iglesia, o más bien de *la obra de Dios* a la que sirve. Tiene necesidad de esta certeza, de que la obra es justamente la de Dios. Sólo la Iglesia puede dársela.

Roma, en esta época, procede en tres etapas, para aprobar definitivamente un instituto religioso:

—Un decreto elogiando el primer esquema de las constituciones, el «breve laudatorio».

—Más tarde, cuando las constituciones se concluyen y se presentan, la Santa Sede hace observaciones, exige correcciones, y ofrece nuevos ánimos más explícitos. Es «la aprobación del Instituto».

—Finalmente, después de un tiempo de vida según estas constituciones, son, a su vez, aprobadas. A partir de ese momento, la Iglesia se hace cargo de la Congregación.

El breve laudatorio fue concedido en 1854. María Eugenia, que trabaja asiduamente en las constituciones, dese obtener, sin tardanza, el segundo paso, es decir, la aprobación del Instituto.

Para eso, piensa ir a Roma, adonde todavía no ha ido nunca. Se embarca con mucho entusiasmo, el 16 de mayo de 1866, en Marsella, con destino a Civita Vecchia. Su compañera de viaje no es la Madre Thérèse Emmanuel, a la cual la Madre María Eugenia confía la congregación en su ausencia, sino una hermana muy joven que habla italiano..., ¡la cual no daba crédito a tal decisión!

La fundadora desea convertir esta estancia en una verdadera peregrinación. Helas aquí junto a la tumba de San Pedro:

«Nuestra Madre estaba muy emocionada», escribe su joven acompañante; «parecía no poder abandonar aquel lugar. Vi cómo depositaba sobre la tumba de San Pedro las Constituciones que traía a Roma para ser revisadas, aprobadas, a fin de convertirse en la fuente de vida para nosotras». Por su parte, María Eugenia escribe:

He rezado mucho por la Congregación, y he pedido a San Pedro que el amor a la Iglesia siempre fuera en nosotras la principal característica. ¡Que la Congregación desaparezca si no estuviese siempre tiernamente unida a la Cátedra de Roma!

Entre cita y cita, María Eugenia prosigue su peregrinación por las basílicas romanas. Visita las catacumbas, y se remonta así en el tiempo hasta las primeras comunidades cristianas; asiste a Misa en la habitación en donde murió San Ignacio. En otra carta a sus hermanas, escribe:

San Ignacio conoció todos los sufrimientos de una fundación; supo por experiencia que es en el dolor donde se fundan las obras de Dios... Yo he sido la primera piedra colocada ahí por la mano de Dios, ¡y eso no es poca responsabilidad!

Pero he aquí que llega el 31 de mayo, día de la audiencia con Pío IX:

Tengo necesidad de rezar mucho hoy, le confía a su compañera; *antes de ir a ver al Papa, quisiera pasar dos o tres horas delante del Santísimo Sacramento...*

La audiencia con Pío IX fue normal. Las dificultades vinieron después: poco a poco percibe, en las entrevistas con otros prelados, reticencias; después las puertas se cierran y los asuntos se estancan. Las noticias que recibe de París no son más tranquilizadoras.

El Padre Verón, vicario episcopal, hasta entonces muy favorable, promueve mil dificultades, tarda en mandar los documentos solicitados para el informe, trata de realizar una encuesta acerca del gobierno de la Congregación, sobre la fidelidad a la Regla y aun sobre las cuentas de cada comunidad. Todo esto, en la ausencia de María Eugenia, parece proceder de un hombre poco razonable.

Alertada por la Madre Thérèse Emmanuel, la fundadora vuelve apresuradamente. Visita al Padre Véron, que se muestra autoritario e incluso violento. María Eugenia comprende las razones de tal hostilidad: ni Monseñor Darboy, arzobispo de París, ni el Padre Véron han visto con buenos ojos el viaje de la fundadora a Roma. Restos del galicanismo siguen aferrados, como nubes en los flancos de la montaña, en más de un obispo de Francia. Se teme una ingerencia de la autoridad romana, que limitaría los derechos de la diócesis. De ahí la desconfianza con respecto a las congregaciones internacionales que se consideran de «derecho pontificio», es decir, dependientes de Roma.

Durante varios meses, en medio de las preocupaciones de la vida cotidiana que le absorbían, la Madre María Eugenia tendrá que soportar el peso de una verdadera persecución. Las hermanas son interrogadas una a una por el Padre Véron, que atiende menos a

las consejeras generales que a las quejas de Sor Marie Augustine; por eso se le retiran a la superiora general los medios para gobernar. En ese momento algunas hermanas se estremecen por esta oleada de calumnias y de desconfianza. Poco a poco, María Eugenia comprende indirectamente que no tiene más que amigos. Informes malévolos la han perjudicado. En el arzobispado se aprueba la obra, pero parece como si hubieran perdido la confianza en ella.

¿Cómo esto no iba a turbar su corazón, tan atento a todo lo que procede de la autoridad de la Iglesia? María Eugenia escribe al Padre d'Alzon:

No necesito otra reputación que la que le plazca concederme a Nuestro Señor; y, salvo algún momento de sufrimiento físico, cuando me han dirigido palabras duras, siento, a pesar de todo, mi corazón tranquilo.

El Padre d'Alzon la alienta con su «corazón de padre y de viejo amigo», como él dice, y también con consejos precisos llenos de aprecio y de respeto.

Pero las cosas se agravan aún más. El Padre Véron amenaza con retirar el Santísimo Sacramento de la casa de Auteuil, y prohibir la capilla, lo que obligaría a las hermanas a abandonar París. La Madre María Eugenia no entrevé entonces otra solución que la de proponer su dimisión.

Esto calma de momento al Padre Véron, que revoca la amenza.

Estamos en diciembre del 66. Algunas semanas más tarde muere repentinamente el Padre Véron. A partir de ese momento, lo que la Congregación llamará «el asunto Véron» se apaciguará. Monseñor Darboy da a entender su aprecio personal a la superiora general. Las cosas se calman y Roma, convencida por numerosos testimonios de obispos amigos, acuerda su aprobación.

El 14 de septiembre de 1867, el Papa Pío IX firma el dercreto de aprobación del Instituto.

María Eugenia tiene cincuenta años. Está más unida a la Iglesia que nunca. Su fe acaba de pasar por un nuevo crisol. En efecto, a través de la Iglesia, aun en su debilidad, María Eugenia continúa conformándose en Cristo, en su Pasión y en su Resurrección. Al hacer temprano, cada mañana, al Viacrucis, percibe, conoce, reconoce el rostro desfigurado de Dios hecho hombre, en su Iglesia... «Ecce Homo..., Ecce Ecclesia...»

Así, en su madurez, la decepción de los primeros tiempos: *«buscaba apóstoles, no he encontrado más que hombres»*, se convierte en humilde amor, en mayor deseo de servir a esta Iglesia, de rezar por ella, de sufrir en ella.

Su vida interior, su amor místico, entran en una nueva etapa. Anota:

He aquí que voy a cumplir medio siglo. Pienso, siento que dejo los arroyos y que voy al mar ¡y cómo este mar me llena y embriaga!

17 A pesar de la guerra

1870-1876

«Recemos y pongámonos a trabajar con más ardor que nunca»

DIECIOCHO de julio de 1870. Se declara la guerra entre Francia y Prusia. Al principio del mes de agosto tres derrotas del ejército francés llevan a los prusianos hasta las puertas de París. Hay que marcharse: las hermanas de Auteuil se dispersan en pequeños grupos, en un lado y en otro de Francia y de Inglaterra. El noviciado ya está en Suiza. Unas veinte religiosas permanecen allí con entereza, transformando el convento en un pequeño hospital. La Madre María Eugenia irá de casa en casa. Reims y Sedan son las que corren más peligro.

Napoleón III capitula el 2 de septiembre. La noticia del desastre conduce al derrumbamiento del régimen. Se proclama la República con un gobierno provisional. La guerra continúa. París esta cercada por los alemanes desde finales de septiembre. Amenaza el hambre, en un invierno especialmente riguroso, siguen los bombardeos; la situación es insostenible.

Los heridos afluyen al castillo y al monasterio de Auteuil. Durante estos meses de inquietud y de dolor, en los que se padece la guerra, el frío y el hambre, las hermanas siguen curando y acompasando sus jornadas entre la oración y el Oficio:

> «Dios Mío, escucha mi oración...
> porque veo discordia y violencia
> en la ciudad.
> Escúchame te suplico,
> respóndeme que me quejo gimiendo.
> Me turban los gritos del enemigo.
> Me asalta el temor de la muerte,
> me cubre el espanto.»
> (Salmo 54)

La fiestas de la Iglesia se celebran con los soldados, así como con los heridos: nuestros Anales mencionan

el 8 de diciembre, Navidad, Epifanía. Como siempre, a través de la liturgia, la comunidad transmite alegría y levanta los ánimos. Las hermanas se las arreglan para encontrar, incluso, un minúsculo regalo y algunas ramas de abeto, para cada uno. Las sonrisas vencen al frío del invierno y de la muerte.

El 28 de enero de 1871, Francia capitula firmando un armisticio general.

Thiers fue nombrado jefe del poder ejecutivo de la III República, pero se encuentra enfrentado a otra crisis: la insurrección de la población contra la Asamblea, y la Guardia Nacional está con el pueblo. Se crea entonces un Consejo de «la Commune» de París, dominado por los socialistas revolucionarios, mientras que Thiers está en Versalles.

Se declara una guerra civil. París es arrasada a sangre y fuego. ¡En una semana, 20.000 víctimas! Saqueos, fusilamientos, anarquía. Por todas partes, sacerdotes y religiosos son detenidos, apresados y ejecutados.

Auteuil es registrado en varias ocasiones. Un día, las hermanas se encuentran solas con un batallón entero de la Guardia Nacional, el número 63, que registra la casa dispuesto a todo. El Santísimo Sacramento es la fuerza y la protección de la comunidad; no les pasará nada a las hermanas. Los Jesuitas y los Dominicos soportarán los mismos registros, y unos fueron apresados, otros incluso ejecutados, pero el canto de los salmos continúa:

«En su recinto crimen e injusticia,
la crueldad y el engaño
no se apartan de su plaza.
Pero yo invoco al Señor
y el Señor nos salvará.»
(Salmo 54)

Los de Versalles triunfan. Los combates disminuyen y la calma vuelve.

María Eugenia vuelve a París, el 2 de junio, antes de que se haya realizado la reconstrucción, pues quiere ver la devastación de la capital y de Auteuil.

Las hermanas vuelven unas después de otras, contando cada una una verdadera odisea, con hechos maravillosos, milagros de la Providencia para aquellas que se entregaron tan generosamente.

Muchas hermanas fueron acogidas en nuestras comunidades de Londres, de Richmond, de Nîmes. De este modo, la prueba ha servido para unir muy especialmente a la Congregación.

Las jóvenes, misteriosamente, no dejan de solicitar la entrada en esta vida religiosa de un estilo nuevo, sencillo y difícil. Así pues, son numerosas las que se encuentran en Auteuil, en la paz y en la alegría. Ciertamente, nuevas fundaciones van a incrementarse entonces: la fundadora no retiene a su lado nada más que las obreras que son necesarias. A las otras las enviará a nuevas misiones.

Antes de la guerra existía ya Poitiers, Reims, Saint Dizier y Niza, lo que elevaba a diez el número de conventos dependientes de la Casa Madre. Como siempre, las fundaciones se caracterizan por su gran pobreza. Cuántas veces se observa que no hay, aquí o allá, más que una sola pluma para toda la comunidad, que se la pasan de una celda a otra, porque ¡les gusta escribir!

La guerra interrumpe el ritmo de expansión pero, apenas calmada la tormenta, vuelve a reanudarse, tan fecundamente como en otras épocas, sin contar el segundo intento misionero.

Así pues, en 1872, Monseñor Vitte, marista, gran amigo de la Asunción, acaba de ser nombrado obispo

de Nueva Caledonia. Urge a María Eugenia para que le envíe hermanas para las niñas «más desfavorecidas de la tierra». Los maristas están allí solos con una maestra Terciaria, ya de edad, que se ocupa de una escuela con 80 niñas indígenas. El Obispo pide religiosas para continuar la obra y reemplazar a esta maestra, ocupándose de estas niñas que viven en una miseria física y moral, y para educar también a las hijas de los presidiarios que se casarán una vez cumplida su pena. Se embarcan tres hermanas en 1873 hacia la isla del Pacífico, sin pensar en los peligros de toda suerte que tendrán que afrontar. De hecho, la tarea sobrepasa sus fuerzas. Se confirma que la hermana responsable no tiene apenas espíritu misionero, y acaba por dejar la Congregación; Sor Marie Rosalie muere a causa de una enfermedad tropical. A Sor Marie Apolonia, encargada de una escuela en la selva, se le cae la campana de la iglesia en una pierna; hay que amputársela, y muere como una santa en 1876. Una vez más María Eugenia no ha calculado las consecuencias de la misión en un país no evangelizado y extremadamente pobre. El celo ha dominado sobre la prudencia y la ha llevado más allá de sus posibilidades. Esta segunda misión fracasa.

Y, sin embargo, los granos enterrados constituyen poderosa semilla, ya que la misión, un día, se extenderá a otras partes de forma insospechada.

De momento se continúa en Europa:

En 1874 se funda Montpellier, después Madrid, en donde el Rey Alfonso XII llama a la Asunción, influido por su prima y futura Reina de España, doña Mercedes de Orleans, antigua alumna de Auteuil.

María Eugenia no se decide a aceptar la oferta de una fundación en Lourdes [1]; la Madre Thérèse Em-

[1] Las apariciones de Lourdes tuvieron lugar veinte años antes.

manuel, que obtuvo la confirmación del Señor en la oración, afirma que la Asunción debe estar en Lourdes. Feliz decisión, que permitirá adquirir el convento de las Benedictinas del Santísimo Sacramento ¡justo en frente de la gruta!... lugar en donde tenemos la dicha de continuar todavía.

En 1877 fue cuando se funda un externado en París, en la calle del General Foy, luego calle de Lübeck. Vamos después a Ramsgate (Inglaterra), a Cannes (Francia), a San Sebastián (España), a Sidmouth (Inglaterra), a Roma, la ciudad de la Iglesia. Volveremos a ello.

Pero esto no es todo: la misión lejana se reemprende, y desde entonces, para aportar un fruto excepcional. ¡Hasta América latina y Asia!

Así pues la Madre María Eugenia, en su larga vida, habrá sembrado el Evangelio y extendido el Reino ¡en los cinco continentes! La prueba de El Cabo y de Nueva Caledonia la funden en la humildad que forja santos.

Las fundaciones se suceden, y, con ellas, las construcciones y todas las preocupaciones materiales que de ello se derivan. María Eugenia estuvo acosada toda su vida por dificultades financieras; hija de un banquero, era una mujer de negocios excepcional; trataba directamente con los arquitectos y con los responsables de los diversos oficios, y, con una autoridad que le era natural, no dejaba escapar ningún detalle.

En tal trabajo y en tal expansión ¿se apoya María Eugenia en su fuerza física? De ningún modo. Será apasionante y benéfico el ver cómo ha encontrado fuerza en la debilidad, cómo ha vivido, viajado, franqueado tantos abismos con una salud mediocre y con problemas repetidos. No solamente graves contratiempos, sino también esa abrumadora fatiga, que procede de las preocupaciones, de las oposiciones, de la soledad tal vez.

Ciertamente, y así lo reconoce, su cargo tiene repercusiones en su estado físico.

Algunas veces habla de ellos con humor:

Me sentía muy abatida, y hubiera querido acostarme, en ese momento, para morir. En este estado de excesiva lasitud, una infinidad de cosas exigían de mí, sin embargo, que me ocupase con toda mi alma, con toda mi atención, con toda la actividad que yo pudiese poner en ello. Son detalles materiales, son preocupaciones espirituales, son cuentas, son reglas, etc..., y ante todo esto no tengo, en mi interior, más que una respuesta, que me duele la espalda y que me gustaría verme en la cama, sobre todo si fuera para no volver a levantarme. En estos momentos me encuentro con tal peso y lasitud hasta el punto de no poder articular palabra para comentarlo.

Más frecuentemente, esta débil salud le servía también de terreno abonado para su vida interior, para su vida espiritual. De ello habla con frecuencia al Padre d'Alzon con sencillez. Ofrece sus sufrimientos en unión con la Pasión de Cristo; aprende a ser paciente y también a ser humilde:

Es conveniente sentir estar fuerzas, desproporcionadas respecto a la carga... Cuando me siento sin fuerzas, sin salud, espero todo de Dios.

¿No es éste uno de los secretos de esa rápida expansión, de tal forma desproporcionada en relación con el poder de una débil criatura?

Parece que esta debilidad física la sitúa en ese lugar en donde sólo Dios puede actuar. Ahí es donde María Eugenia se ejercita en el abandono, en la pobreza de corazón, en la confianza en la Providencia, en tanto que ésta actúa plenamente.

María Eugenia escribirá varias veces:

Me encuentro bien entre las manos de Dios...

Otras veces dirá como San Pablo:

Mi fuerza está en ser débil.

Y, en fin:

Es una hora muy preciosa en la vida aquélla en la que comprendemos que no podemos hacer nada por nosotros mismos, y que podemos todo con Dios.

Sí, ¡tal es ciertamente su secreto!

18 A los sesenta años

1878

«No es fácil explicar el espíritu de la Asunción tal como yo lo siento...»

LA Madre María Eugenia tiene sesenta años cuando sus hermanas le preguntan cómo ve y cómo definiría el espíritu de la Asunción, su espiritualidad. La respuesta la ofrecerá en catorce instrucciones, dadas, de semana en semana, en este año de 1878, año en el que otros acontecimientos la ocupan y preocupan: el Papa Pío IX, muy querido, muere; *él fue quien vio el desarrollo y dio su aprobación a la obra.* El 21 de febrero es elegido León XIII. Por otra parte el Padre d'Alzon está gravemente enfermo; María Eugenia teme cansarle apoyándose en él.

Antes de comenzar esta serie de conferencias, María Eugenia expresa el deseo de poder hablar con sus hermanas y de escuchar sus ideas, con el fin de poder expresar mejor la suya. No se considera como la única depositaria de este espíritu, sino que lo ve ya en sus hermanas, quizá también en sus amigos.

Se puede hacer hincapié en cuatro puntos característicos de esta espiritualidad, que pertenecen evidentemente al tesoro de la Iglesia, pero a los cuales María Eugenia les da un color particular. Éstos son:

— Una idea grande de Dios.

— Cristo, centro de nuestro corazón y de nuestra vida.

— La Iglesia, como Cuerpo de Cristo y fuente de vida para nosotras.

— Un acercamiento especial a la Virgen.

Sin embargo, parece que es preferible dejarse llevar por la dinámica de estas catorce conferencias, sin buscar en ellas una lógica demasiado rigurosa.

DIOS

El pensamiento de María Eugenia se detiene en primer lugar en Dios. Ese Dios vivo que ya se le apareció

en su primera comunión: *Me sentí aprehendida por la grandeza de Dios.* Él es Belleza, es Bondad, es Verdad; su amor nos impone el amor. Es la bondad de nuestra vida y de todo ser humano. Él solo nos puede bastar. Merece la pena orientar nuestra vida como el Creador la ha orientado, tenemos aún que llegar a ser el perfecto ser que Él ha querido, recto y franco, vivo y feliz; tenemos que desarrollar nuestros talentos naturales para darle honor y gloria.

De este modo, nuestro amor irá hasta la adoración, la posternación alegre del corazón.

De este modo, también, querremos hacerle conocer y amar.

Como consecuencia de esta mirada puesta en Dios, la fe será la primera característica de las religiosas de la Asunción, dijo la fundadora, su primera respuesta a este Dios que quiere revelarse. Una fe ardiente, recia como una flecha que va derecha a su diana, arrastrando consigo nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras decisiones; una fe que nos hace ver lo invisible y ordenar toda nuestra vida en función de este invisible.

CRISTO

La tercera conferencia se titula: «Conocimiento y amor a Jesucristo». Cristo es el centro, la vida, la razón de ser de la Asunción. *Estamos llamadas a honrar de forma especial el misterio de la Encarnación.*

¿Por qué?

— Porque es el misterio del Verbo hecho carne, en quien todas las cosas han sido reconciliadas; el tiempo, la historia, la creación, toda la vida humana encuentra su destino, su sentido, su medida en Cristo. Y el Cristo de María Eugenia es un Cristo cósmico; es también el

de San Agustín: «El humilde Jesús»; el de San Pablo: «Para mí, vivir es Cristo». No solamente Jesús es nuestra vida, sino que nuestra propia vida humana se convierte en misterio de Cristo; puede manifestarse en nuestra carne.

María Eugenia nos proporciona después los medios para conocer y amar a Jesucristo: el estudio, la lectura y además la oración. Aquí nos habla de la *Oración de simple presencia ante Dios,* en tres movimientos muy breves:

— La atención amorosa a Dios, su Palabra, a lo que Él hace en nuestra vida.

— El recogimiento, un paso más hacia el interior, en el que se pone uno bajo la acción del «Maestro interior», según la expresión de San Agustín, en una actitud de deseo, de amor, de disponibilidad.

— Vendrá después la unión, un silencio mayor todavía, quizá sin que lo sepamos.

Estas actitudes pueden ser buenas, lo mismo en los acontecimientos de nuestra vida que en la oración propiamente dicha, pero la unión que de ella brota *es el fruto de un largo trabajo,* añade María Eugenia.

Otro medio de amar a Cristo y de seguirle más de cerca es el camino «de humildad». María Eugenia nos aparta de la falsa imagen piadosa, concerniente a esta virtud. Para la fundadora, la humildad es la aceptación de no ser más que lo que se es, pero todo lo que se es; liberados de nuestro personaje, podemos aventurarnos a ser plenamente nosotros mismos. En cuanto al acierto, a los éxitos, a los dones, éstos proceden de Él, le pertenecen, ¡magnifiquémosle por esta razón! Por el contrario, ante el fracaso, la inutilidad aparente, saboreemos el gozo de seguir a Jesús en su camino. Finalmente, para María Eugenia, la humildad es conce-

der a Dios toda la importancia, porque nos admiramos de Él.

Otro aspecto del amor para María Eugenia es el abandono, la unión de las voluntades, el sí al deseo de Dios, a lo que Él nos indica. En esta danza hay dos movimientos:

— Uno, pasivo, que nos hace desear el hecho de recibir nuestra vida de Dios: *no mover el pie antes que la Providencia,* nos dice de un modo excelente.

— El otro, una renuncia activa, puesto que estamos anclados en nuestra propia voluntad.

El amor, en fin, nos impele a hablar del amor, a extender el «Reino» durante toda nuestra vida, a ocuparnos de los «asuntos del Padre» a la manera de Jesús. Y esto hasta morir por ello, como Él, pasando por la Noche y por la Pasión. Para Jesús, para nosotros, es el cumplimiento de la misión dada por el Padre. De esta muerte, ¡Cristo se libera! La Resurrección pone de manifiesto que el amor es más fuerte que la muerte.

LA IGLESIA

Así pues, en la Iglesia vivimos de esta vida del Resucitado. Para María Eugenia no hay Cristo sin Iglesia. Nosotros encontramos a Cristo en ella; ella es el Cuerpo del Resucitado, destello de su gloria. Quiere que la amemos y que la hagamos amar. Quiere que saboreemos la riqueza del patrimonio de la Iglesia, que nos dejemos nutrir de la vida divina en los sacramentos, en particular en la eucaristía; que acomodemos nuestro trabajo al ritmo litúrgico, a las fiestas de Cristo y de María a través del Oficio; que seamos un eslabón en la larga cadena de los santos; que dejemos al Padre tomar, restaurar, conducir a Él nuestra vida a través de esta liturgia. María Eugenia quiere que amemos a la

Iglesia y que la hagamos amar tal como es, con su rostro de peregrina que sufre, su ropa de caminante en nuestra tierra, sus divisiones, su pecado; María Eugenia sabe bien lo que dice.

MARÍA

Su teología mariana es sencilla: María está en todo momento asociada a los misterios de su Hijo. Como en el Evangelio, es una presencia discreta, silenciosa, maternal, femenina. No es una devoción más o una devoción lateral. María es la que se une constantemente a la persona de Cristo, desde la Encarnación hasta la Pasión y la resurrección.

Del mismo misterio de la Asunción, María Eugenia habla extensamente. Para ella, María no es elevada al cielo por una serie de esfuerzos, sino que fue como atraída, absorbida irresistiblemente por Dios, a fuerza de deseo y de amor. En el transcurso de su vida, a través de los acontecimientos ordinarios o extraordinarios, se dejó invadir progresivamente por numerosos consentimientos, por la vía trinitaria hasta que la gloria de Dios se manifestó en su debilidad, en la fase final de ese gran misterio de la Asunción.

Entonces María, al salir de este mundo, vuelve a su origen, con su alma y con su cuerpo; es la primera criatura que ha accedido corporalmente al Reino del Padre; es la primera de la hueste humana, después del Hijo, a la que el Rey corona en ese día y para siempre.

Según esto, no nos sorprenderá el que todo el espíritu de la Asunción lleve a eso que María Eugenia llama el «desprendimiento gozoso». Es la disposición para ver todas las cosas «desde Dios», desde su amor, para aceptar con confianza todo lo que viene de Él, para superar las contradicciones y los sufrimientos in-

herentes a la existencia, seguros de que nada puede separarnos de Él. Es dejar desposeerse de sí mismo, abandonar el replegarse en sí y no buscar más que a Dios.

Y he aquí, que volvemos al principio de este capítulo: ¡Dios! El incentivo de su amor, desde el comienzo hasta el fin de nuestra vida..., lógica ineludible que nos conduce a nuestra felicidad. He aquí también que regresamos manifiestamente a la gracia de la primera comunión de María Eugenia: la entrada en la inmensidad de Dios —Jesucristo— la Iglesia. ¡Admirable coherencia de nuestro Dios!

Esta espiritualidad de María Eugenia, de la Asunción, es pues una vía muy sencilla, lo que no quiere decir fácil.

19 Los apoyos caen

1880-1888

«Me he acostumbrado a no ver en las almas más que lo que he de ver durante toda la eternidad»

EN estos años ¿cómo sigue la congregación fundada por el Padre d'Alzon? Los Agustinos de la Asunción crecen. Se funda una comunidad en París y asisten fraternalmente a las hermanas en sus dificultades con el arzobispado, así como en la guerra fraco-prusiana y durante la «Commune». Los Padres se ocupan también de los dos institutos fundados por ellos, hace diez años: las Oblatas y las Hermanitas. Se preguntan cuál será su papel con respecto a esas congregaciones.

Se hacen las mismas preguntas acerca de las Religiosas de la Asunción, aunque éstas hayan sido fundadas antes que ellos. Estamos en 1876. Durante el Capítulo General, en Auteuil, el padre d'Alzon propone al Padre Picard como «delegado» o «visitador» de las religiosas; papel de simple asistencia fraterna, sin autoridad jurídica, opina el Padre d'Alzon. Pero las cosas no se han precisado lo bastante, y las interpretaciones serán diferentes acerca de los poderes que le son concedidos. De ahí surgirán dificultades. Sin embargo, hasta la muerte del Padre d'Alzon, la confianza recíproca de los dos fundadores permite superar los roces.

Lo hemos visto, durante el curso de estos años de crecimiento y de pruebas: el Padre d'Alzon está ahí, animando, paternal y amigablemente. La relación con María Eugenia adquiere tonalidades de otoño, pero los acentos son los mismos que los de la primavera y los del verano de esta excepcional relación.

El humor está siempre presente allí:

—Tengo un deseo desmesurado de verla, escribe el Padre.

Y más adelante:

—Al envejecer me hago odioso, ¡olvídese de mí!

Pero en el párrafo siguiente añade:

—La invito a que se olvide de mí, pero me sentiría decepcionado si usted sigue mi consejo.

Luego, más adelante, en la misma carta, sigue la revisión rigurosa, casi escrupulosa, de esta amistad.

—Me parece que puedo amar su alma sin medida. Me siento muy cercano de la eternidad para verlo claro.

El Padre d'Alzon está gravemente enfermo; la correspondencia es menos frecuente, pero no menos expresiva y hermosa.

El 24 de mayo de 1879, escribe:

—Ya no me queda más que Dios y algunos amigos cuando Dios lo permite. A usted la pongo en primera fila de los que me quedan.

El 20 de septiembre de 1880, dos meses antes de su muerte, escribe todavía:

—A medida que el horizonte se oscurece, es preciso permanecer más y más unido a Nuestro Señor.

El primero de noviembre María Eugenia expresa el deseo de ver al Padre, con la esperanza de que le sirva de consuelo y no le fatigue. El 14, en efecto, los religiosos hacen, para ella, una gran excepción. María Eugenia puede subir al cuarto del enfermo; permanece en el umbral. El Padre pide que abran de par en par las contraventanas de tal modo que pueda ver bien a la Madre María Eugenia.

—Querida Madre, ¡qué triste tener tan poco tiempo para verse! —murmura.

La bendice a continuación con voz muy firme. Breve intercambio, pero cargado de emoción y de agradecimiento del uno al otro.

Ciertamente hubo diferencias de puntos de vista y de temperamento entre estas dos grandes personalidades. Hubo heridas, malentendidos, luego felices reencuentros, porque se buscaba la rectitud y la claridad; cada uno había mantenido su libertad, lo que les permitía decirse cosas duras —y a veces injustas— a pesar del

gran afecto recíproco; el Padre recibió, de parte de la Madre María Eugenia, el rechazo para fundar en el Este y en Jerusalén; surgieron también algunas dificultades con respecto a la autoridad de los Padres sobre las religiosas. Pero estos momentos dolorosos, estas tensiones inevitables, no pudieron empañar en nada la belleza de una amistad de medio siglo, más aún, esta relación fue para los dos el aprendizaje del verdadero amor. Él aprendía a conocerse a través de esta dirección espiritual, en la que, según los momentos, ya se oponía, ya aceptaba, a la vez que se mostraba delicado o reservado. Ella, por su parte, tenía una voluntad de transparencia y de obediencia completamente centrada en Dios, y sin embargo, tomaba consciencia de su dependencia afectiva, de su deseo de igualdad, de compartir todo, de aprobación.

El Padre Emmanuel d'Alzon muere el 21 de noviembre de 1880, en la fiesta de la Presentación de María. Tiene setenta años.

María Eugenia tiene sesenta y tres; esta última separación, después de la larga enfermedad, la siente vivamente.

Me he acostumbrado, escribe a sus hermanas, *a no ver en las almas más que lo que he de ver durante toda la eternidad. Lo que he de ver eternamente en el Padre d'Alzon es su amor a Jesucristo, su entrega a la Iglesia, su celo por las almas.*

En otro momento nos ofrece esta hermosa exclamación:

Amó mi alma...

Se sabe que muy a menudo y muy avanzada en su edad, releía las cartas del Padre d'Alzon. Hablará de ellas en las conversaciones con las hermanas. El Padre le había escrito hacía diez años:

representantes de la Iglesia, de libertad y de decisiones personales, de experiencia también...; casi siempre años de fidelidad laboriosa.

María Eugenia puede, por fin, llevar nuestra regla a Roma, con vistas a obtener la aprobación definitiva. Todos los procesos, esta vez, llegan a buen término en pocas semanas. El 11 de abril de 1888 fue firmado el decreto por el Papa León XIII, y seguidamente remitido a su fundadora.

La obra de su vida está definitivamente aprobada; o más bien, la Asunción, sostenida y custodiada por una Regla, encuentra un sitio en el seno de la Iglesia.

María Eugenia siente una gran felicidad. Pero alegrías y penas van a entrecruzarse una vez más. Sabe que la que le ha asistido desde el nacimiento de la obra, la Madre Thérèse Emmanuel, se muere en Cannes, ofreciéndose en oración sencilla y comprometida. María Eugenia llega apresuradamente a fines de abril y coloca las Constituciones aprobadas sobre la cama de la enferma. La Madre Thérèse Emmanuel que, desde hace medio siglo, ha sido la hermana, la amiga, la consejera más segura, esperó la vuelta de la Madre María Eugenia para irse hacia Dios. Esperaba seguramente también la confirmación única de la Iglesia, a través de la aprobación de las Constituciones.

El 1 de mayo, después de haber recibido el Sacramento de los enfermos, murmura: «Pertenezco a la Asunción, mi vida ha sido enteramente consagrada a ella, no la abandono, voy a la Asunción de la eternidad».

En la noche del 2 al 3 de mayo, Sor Thérèse Emmanuel, el mismo día que cumplía setenta y un años, fue al encuentro de su Señor para esta unión eterna, que había comenzado en la tierra.

Hablemas un poco más de ella; una vida tal parece inasequible:

Se ha podido decir que Sor Thérèse Emmanuel ha tenido dos amores: Jesucristo y la Asunción. Es ciertamente verdad.

- Jesucristo, sí, el Verbo que le ha hablado tanto, el Cordero, Aquel que es el centro de la liturgia en la tierra y en el cielo.
- La Asunción, ¿cómo no la iba a amar dándole todas sus fuerzas, estando al lado de María Eugenia todo el tiempo de su lenta implantación en la tierra, y formando a las novicias, día tras día, con su espíritu, según su Regla, con la felicidad de pertenecer a ella?

Se puede afirmar que se dejaba conducir únicamente por el Evangelio; la Navidad y la Pasión, misterios de debilidad, de anonadamiento y de salvación, eran ampliamente subrayados por ella en sus instrucciones. Ésta era toda su espiritualidad, y sus repetidas experiencias místicas. De otra parte la ingenua transparencia de las novicias, y su sencilla frescura, seguramente la inspiraban.

Su relación con María Eugenia no fue siempre sencilla, lo que bien se puede comprender, dada la diferencia de temperamento y de cultura, una francesa, irlandesa la otra, y por algunas divergencias de puntos de vista acerca del equilibrio de nuestra vida contemplativa y apostólica. Una y otra de carácter apasionado, amaban con todo su ser a la Asunción, deseaban ante todo la Gloria de Dios y debían, por tanto, decidir y conducir a la Congregación en la mayor unión.

De otra parte, la Madre Thérèse Emmanuel recibía gracias místicas fuera de lo común, lo que planteaba a María Eugenia un interrogante, al menos durante los primeros tiempos. No sabía qué importancia darle, qué

apoyo concederle, pues estaba a la vez asustada y atraída por esas gracias. Ciertamente la fundadora reconocía en ella la obra del Espíritu, ya que ella misma se dejaba, con frecuencia, conducir o confirmar por lo que el Señor decía a la Madre Thérèse Emmanuel.

Este largo camino entre dos, algunas veces fue escarpado, pero estremadamente fecundo, y, en su conjunto, cada vez más armonioso con el paso de los años.

La pérdida constituyó un nuevo y grande dolor para María Eugenia, y naturalmente para toda la Congregación.

La muerte del Padre d'Alzon, la de Sor Marie Thérèse y la de la Madre Thérèse Emmanuel crean una nueva brecha de soledad en torno a la superiora general. Otras pruebas contribuyen a acrecentar esta soledad, que no podemos desarrollar aquí. Preocupaciones y sufrimientos por parte de la familia después de la muerte de su padre en 1864; la escandalosa salida de la superiora de Cannes, con una joven armenia, disminuyen algo sus fuerzas y, en gran parte, sus energías.

Pero fue una gracia el Año Jubilar de 1888-1889, el cincuentenario de la Congregación. En la fiesta de San Agustín, el 28 de agosto de 1888, se celebran por adelantado las bodas de oro de la Asunción y de la vida religiosa de María Eugenia. El Arzobispo de París vino a presidir la Misa junto con Monseñor d'Hulst. Desde Roma, León XIII envía una bendición muy especial. Esta fiesta es como un sello estampado por la Iglesia. La Asunción entera está allí a través de sus superioras y de numerosos amigos. En el Evangelio de ese día se lee: «Vosotros sois la sal de la tierra, la luz del mundo»; lo que muestra que este apogeo no es una meta, sino un comienzo.

El 30 de abril de 1889 es el día destinado a las alumnas y a las antiguas alumnas para festejar el aniversario de la fundación. Entre las internas de antaño, ¡ya hay abuelas! Las antiguas alumnas vuelven a ver sus clases, los dormitorios, todo lo que amaron, con un cariño lleno de veneración hacia sus educadoras y en particular hacia la Madre María Eugenia.

«Te Deum» solemne en la capilla, comida amistosa, después gran fiesta con cuadros vivos y ... sorpresa, la torre, el monasterio, el parque, el estanque con su islita de San Pedro están iluminados. Fuegos de bengalas ardían en todas las direcciones, en el interior del parque.

Esta fiesta fue muy grata para el corazón de María Eugenia, que amaba tanto a las jóvenes y a sus familias.

20 La época del amor

1889-1894-1898

«Entreveo un cierto
desprendimiento, de sencillez
en donde no permanecerá más que
el amor...»

MARÍA Eugenia empieza a sentir el peso de los años y el aislamiento propio de una edad más avanzada. Habla poco del vacío creado a su alrededor por la muerte de sus mayores apoyos, pero sufre por ello.

El Señor se convierte en su único Amigo, «refugio y fuerza», como dice el salmo, pero es la noche, puesto que atraviesa al mismo tiempo una época de pruebas y de angustias interiores.

Para realizar la obra de Jesús es preciso la renuncia, el desprendimiento de todo, escribió después de un retiro.

Y en estos momentos:

Salir de todos estos esfuerzos y dificultades por el amor delicado a mi Señor.

Años difíciles, pues. Y, sin embargo, la visión misma de una sociedad transformada por el Evangelio la sostiene y la anima. Se atreve todavía a hacer planes e incluso a soñar. El sentido de su responsabilidad, su fuerte constitución, el amor incansable por el Reino, el hábito de entregar todas sus fuerzas para su extensión, la «urgen» todavía con una actividad muy fecunda. Visita las casas, está con frecuencia en la carretera o sobre los raíles. Funda todavía en Roma (1888) y en Rouen (1889). En el año 92, la Asunción se siembra en América y en Asia: en León de Nicaragua, en Manila en las Filipinas; en 1895 en El Salvador. Y otras dos casas más ven la luz en Europa: una en Génova, la otra en Boulouris, en el mediodía de Francia.

Es admirable tal expansión, que supone evidentemente una abundancia de vocaciones. «Alzad vuestros ojos... Ved ya las mieses blancas a punto de segarse... El Maestro os llama» (Jn 4). Llama a este campo en donde el Padre ha sembrado sin medida.

En estos años, María Eugenia verá nacer también la

quinta rama originaria de la Asunción: las Orantes, y ayudará a su fundación como hizo con las otras. Isabelle de Clermont Tonerre, bajo el impulso del Padre Picard, funda una congregación de vida contemplativa. Ahora bien, Isabelle vivió mucho tiempo en nuestra casa de Cannes, en donde su hija Caroline fue educada. Pertenecía a la Tercera Orden de la Asunción y mantuvo una gran amistad con la Madre María Eugenia, quien la pudo ayudar desde sus comienzos.

En 1893, María Eugenia vuelve a tomar el bordón de peregrina y se dirige nuevamente a Roma por cuarta vez. Con algunas hermanas y alumnas visita a León XIII durante una media hora. Conversación llena de sencillez y aun de familiaridad, llena de aliento también. El Papa confirma a la fundadora su aprecio hacia ella y hacia la obra educadora de la Asunción. La Madre sale de esta audiencia muy feliz; y llegó a decir que después de esta visita *había olvidado muchas cosas penosas que tuvo que sufrir durante cincuenta años.*

En marzo de 1894, María Eugenia quiere volver a emprender camino hacia la Ciudad de la Iglesia. Pero cae enferma y tiene que detenerse en Génova y desandar el camino.

Tiene setenta y siete años; a todas luces sus fuerzas declinan. En la época en la que la Congregación se extiende exigiendo una dirección más firme, su decaimiento se acrecienta. La fundadora reconoce que envejece, pero *se siente como un vínculo entre las hermanas* y teme, si dimite de su cargo, que la *unión entre ellas fuese menor.*

El nuevo Capítulo General se prepara para septiembre de 1894, (estos Capítulos tienen lugar cada seis años); María Eugenia ha estado atenta toda su vida a los más pequeños signos del deseo de Dios y de la Iglesia. Se da cuenta enseguida de la gestión delicada del Padre Odelin, nuestro superior eclesiástico, y de una de sus consejeras, que pretenden sugerirle la dimisión. La Madre se sorprende:

—*¿Acaso me hallo ya en tal situación?*

—Madre, es el deseo del Arzobispo.

—*¡Oh!, si es el deseo del Arzobispo no tengo más que decir.*

¡Eso fue todo! Una aceptación total, sin preguntas, sin comentarios.

Esta obediencia a la Iglesia, que buscó, que quiso, que vivió toda su vida, la impele a un último acto: entrega su cargo, dimite en un acto sencillo de libertad, puesto que *la Iglesia lo pide.* Éste es su modo de dar cima a la obra. En ese momento confía su preciosa carga a Dios y a la Iglesia, y no se preocupa más de ello. Confía: otra lo hará tan bien como ella, si no mejor: *la Madre Marie Célestine sabrá bien captar los corazones* [1].

Desde entonces, la Madre María Eugenia no dejará de admirarse de la nueva directora de la Congregación, de manifestar su cariño, su respeto hacia esta «Madre Vicaria» [2]: *La Madre Marie Célestine está en lo más profundo de mi corazón.*

La Madre María Eugenia vivirá todavía cuatro años más, sumergiéndose dulcemente en una ocultación cada vez mayor, aunque siempre consciente. Pero como dice San Pablo, «mientras que el hombre exterior se va desmoronando, el interior se va renovando de día en día»

[1] La Madre Marie Célestine era, hasta ese momento, superiora de Madrid.

[2] Como «Vicaria», la Madre Marie Célestine tenía todos los poderes de la superiora general sin ostentar el título, en tanto que viviese la fundadora.

(2 Cor 4,16). Es interesante seguirla ahora, más que nunca, en este nuevo itinerario.

Sorprende, en efecto, observar la trayectoria espiritual de María Eugenia. Ya desde 1854, escribe en sus notas personales:

Dios quiere que todo se derrumbe a mi alrededor... Entreveo un cierto desprendimiento, de sencillez, un estado en donde no permanecerá más que el amor... Aceptaré, sin ninguna repugnancia, la clase de muerte que se presente en la enfermedad y en la impotencia constante. Si llegara, por la humillación, a ser menos apreciada de las criaturas, éstas me permitirán ser más para Jesús.

Es lógico: María Eugenia ha vivido conscientemente cada etapa de su vida, atendiendo al llamamiento que en cada una de ellas está inscrito, y a la tarea que en ellas hay que cumplir. Ahora va a ser lo mismo. En 1854, con treinta y cinco años, María Eugenia entrevé, intuye; ahora ve, vive, se abandona a ese nuevo estado.

Sin embargo, aborda esta nueva etapa con su misma naturaleza viva y emprendedora que va siempre más lejos de lo que creemos, va más allá de lo que está previsto.

Así María Eugenia viajará todavía por el simple deseo de ver a las hermanas. Éstas, por su parte, no pueden menos de invitarla, bien para ofrecerle reposo, bien simplemente para volverla a ver, o bien para compartir recuerdos.

Hacia finales del año 1894 viajó a San Sebastián y a Madrid, *para dar las gracias a la Reina María Cristina por haber permitido que volviera la Madre Marie Célestine a París.* Luego vuelve a emprender camino hacia Andecy, al norte de París. En marzo de 1895, ¡quién lo creyera!, María Eugenia emprende su quinto y último viaje a Roma. El tren le depara la posibilidad de detenerse en muchas estaciones para alegría de las hermanas: Montpellier, Nîmes, Boulouris, Niza, Cannes, Génova, y ¡por fin Roma!, que deseaba fuese visitada por su querida enfermera, Sor Marie Michel. A la vuelta se detendrá en Lyon, y finalmente en Auteuil, después de un largo periplo de tres meses.

Estas idas y venidas continuarán todavía durante dos o tres años hasta enero de 1897. *Ya no me queda más que ser buena,* susurró María Eugenia al salir del Capítulo General en el que entregó su alta responsabilidad. En efecto, a partir de entonces empleará sus días en amar, especialmente a sus hermanas. Extrema aún su delicadeza; escribe, envía estampas o largas cartas, no olvida ni fiestas ni aniversarios.

Humor y prudencia se mezclan: desde una de las casas de Champagne, en donde se encuentra en agosto de 1895, dirige a la Vicaria General, que era escocesa, estas líneas llenas de espontaneidad:

Deseo enviarle un pequeño recuerdo de aquí. En el campo, no tenemos más que flores, le mando un ramito de «forget me not»... (nomeolvides o miosotis). Sé que no es necesario, porque estoy segura que no me olvida usted, pero nadie puede dar más de lo que tiene.

A una hermana que se está muriendo en Montpellier, María Eugenia, que no se anda con rodeos, le pide que se prepare para aceptar la gravedad de su estado:

Me parece que ha llegado para usted el momento de recibir el sacramento de los enfermos.

A otra hermana, que le pregunta cómo envejecer santamente, le da una admirable respuesta, demasiado larga para citarla aquí en su integridad:

Me pregunta ¿cómo envejecer santamente? Trabajando en ello sin cesar bajo la mirada de Dios, con una

gran paciencia y confianza, manteniendo en su alma, en sus afectos la juventud inmortal de Jesucristo que es nuestro Hombre nuevo, nuestro Hombre interior... Tenga su espíritu ocupado en los misterios de Jesús o de su predicación. Tenga su corazón muy alto en el cielo, que es nuestra patria; allí, por la Esperanza, debe de vivir ya en la paz de los hijos de Dios. En fin, como la vejez es normalmente el tiempo de la enfermedad y de las debilidades, sopórtelas con dulzura y con la sencillez del Cordero. ¡Esto es lo que hace santa la vejez!

Auteuil, enero de 1897.

Para recibir las felicitaciones de las niñas en el «Petit Couvent», María Eugenia se traslada desde el monasterio en un cabriolé tirado por un asno llamado *Nonotte*, que utilizaba con frecuencia para pasearse por el parque. Sus piernas la sostenían mal y cada vez pierde más la autonomía para muchas cosas. Su pensamiento se hace más lento, su discurso también.

En este momento, las pequeñas humillaciones se multiplican, a pesar de la delicadeza de las enfermeras. Un día pide que la lleven a la gruta de la Virgen, que está en el jardín:

Quiero ir a rezar por una persona que me ha hecho sufrir.

En este sentido había escrito María Eugenia, poco tiempo antes: *No cometer nunca la locura de preferir ser dura en vez de abandonarme a la alegría de estar con Jesús por la dulzura y la humildad.*

El 28 de junio de 1897, víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo, una hermana le pregunta:

—¿Qué gracia va a pedir usted mañana para nosotras?

La respuesta no se hace esperar, es inmediata y firme:

—¡La firmeza en la fe y en el amor a la Iglesia!

Otro día: *Siento especial predilección por el «Gloria». Podemos desprendernos de todas las penas y preocupaciones a través de esta oración de alabanza.*

El 25 de agosto de 1897 se celebran los ochenta años de la Madre María Eugenia y los cincuenta de la Madre Marie Célestine. En ese día la Madre no puede hablar en absoluto pero «tiene muy buen aspecto y se la ve feliz», anotan los Anales.

A partir de octubre de 1897, después de un pequeño ataque, pierde cada vez con más frecuencia su gran facilidad de palabra. Se vuelve más y más dulce, serena y dócil ante sus enfermeras. De cuando en cuando da flores a los que van a verla, de las que tiene en su cuarto. Los que la rodean, que recuerdan bien su dignidad, su viva independencia, su brillante inteligencia, su capacidad de relación, se admiran de la paciencia con la que se deja manejar por las enfermeras, dejando a su voluntad su cuerpo enfermo. Se admiran también de la paz que irradia a su alrededor, de su abandono en manos de Dios. El doctor Malhéné, que la atiende día a día, declara:

—La Madre María Eugenia escribe, en este momento, la página más hermosa de su vida.

Si se le pregunta de dónde procede tanta paciencia, responde que *de la meditación diaria de la Pasión.* En efecto, hasta el final, durante esos últimos seis meses en los que no puede ya andar para hacer ella misma el Vía crucis, sus enfermeras la compañan por la mañana, le leen las estaciones, mientras que la Madre María Eugenia sostiene su crucifijo entre las manos, sin cesar de mirarlo. Un día dirá: *Yo miro a mi Señor. Mirándole es como se aprende a amar.*

En efecto, ahora ya no le queda más que la mirada,

la hermosa mirada de la Madre María Eugenia que da testimonio de su inteligencia prisionera.

En ese gran silencio tiene, pues, tiempo para reconsiderar su vida y para apreciar su realización. Puede volver a los comienzos y contemplar la Belleza del Amor que la cautivó en su primera comunión, que la convirtió en «Notre Dame», la moldeó suave y rigurosamente a través del largo desfile de acontecimientos felices o desgraciados. Pudo seguir, desde la fuente, este hilo de agua convertido en un fertilizante río, de la Asunción en todos los continentes. Puede reconciliarse, perdonar y dejarse perdonar. María Eugenia se conforma con todo lo que «era preciso» sufrir, al igual que cualquier discípulo de Jesús en su Pasión; se somete a la voluntad pasada y actual del Señor.

Las visitas frecuentes de Dom Logerot, benedictino de Solesmes, y las del Padre Picard, sin duda la ayudan mucho, pero en estos momentos, en esta última estación del amor, ya no hay mediación alguna.

El 2 de febrero de 1898 se dice la Misa en su cuarto; María Eugenia lee con voz firme la epístola de la fiesta de la Presentación. El Evangelio del día nos muestra al anciano Simeón teniendo al Niño en sus brazos, y que exclama:

> Ahora, Señor,
> puedes dejar a tu siervo irse en paz,
> porque mis ojos han visto tu salvación.

Al final de la Misa la Madre María Eugenia puede dar una última bendición a sus hijas reunidas a su alrededor.

El 13 de febrero, la Madre recibe con paz el Sacramento de los enfermos, cooperando con sus gestos. Ella, que ha tenido siempre, como decía, *una impresión*

sensible al recibir los sacramentos, tendrá hasta el último momento todos aquéllos con los que nuestra madre la Iglesia nos rodea.

El 4 de marzo, poco menos de una semana antes de su muerte, recibe muchas visitas de hermanas que llegan de otras casas; tratan de que no entren en su habitación, pero María Eugenia hace señas indicando que ¡las hermanas no la fatigan! Reacción muy espontánea de un largo hábito de ternura.

El 9 de marzo todas las superioras están allí. La Madre recibe todavía otra vez el Cuerpo de Cristo para terminar su peregrinación en la tierra. Aquel que había recibido en «Sainte Ségolène», de pequeña, de nuevo viene a acompañarla y a conducirla hacia Dios. La promesa se ha cumplido.

Por la noche las hermanas van a cantar el Oficio de Completas alrededor de su cama. Esta oración, que María Eugenia hizo todas las noches de su larga vida, la sostendrá en este último atardecer; y las voces de la comunidad suplen a la suya:

—«Yo habito al amparo del Altísimo... Me refugio bajo sus alas... No temerás el espanto nocturno... Porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden...» (Salmo 90).

—«En tus manos encomiendo mi espíritu...» (Salmo 30).

—«No permitas que se turben nuestros corazones, guárdanos durante la noche. Cuando llegue para nosotros el momento de la muerte, que tu aliento de vida nos conduzca a tu presencia» (oración actual de Completas).

Fue precisamente a media noche cuando el Rey, su Señor, vino para conducirla a su presencia. Son las tres de la madrugada del 10 de marzo de 1898, cuando Ma-

ría Eugenia va dulcemente hacia Él, y tan apaciblemente que sólo la más cercana, la Madre Marie Célestine, se dio cuenta de la situación.

Así, atraída irresistiblemente, como María en la Asunción, por la Belleza, la Bondad, la Verdad, que es Dios, franqueó la puerta del Reino de los Cielos por el cual tanto se esforzó. Entra en la vida eterna, de la que se nutrió, en la medida en que le fue posible, desde su primera comunión. María Eugenia podrá adorar durante toda la eternidad a Jesucristo, del que dijo el día de su profesión: *es a Él a quien he visto, a quien he amado, en quien he creído y al que le he dado mi amor.*

En la tierra, ¿qué sucede? La noticia se extiende a través de los telegramas enviados a las 29 comunidades de América, de Asia y de los países de Europa, en donde hay hermanas. Las 1.100 religiosas de la Asunción, diseminadas para el Reino, aquí y allá, por todas partes, en este día, están divididas entre el dolor y una inmensa acción de gracias.

Sor Marie Michel advierte que el reloj de la Madre María Eugenia se paró en la hora exacta de su muerte. Un gran árbol, cercano a la gruta, se cayó en la mañana del 10 de marzo; María Eugenia había dicho mirándolo: *está demasiado inclinado, pronto se caerá...* El fiel burrito, *Nonotte,* que tiraba del cabriolé de María Eugenia en el jardín, se desplomó igualmente el día de su muerte. Curiosa empatía de este universo indisociable del hombre desde su origen. Armonía silenciosa entre todas las criaturas de Dios.

Los funerales tuvieron lugar el 12 de marzo, presididos por el Arzobispo de Reims. El Padre Picard está presente con numerosos hermanos. Una inmensa multitud se aglomera; sacerdotes y religiosos —Jesuitas,

Capuchinos, Dominicos, Carmelitas, Benedictinos— amigos y antiguas alumnas, alumnas de todas las edades, los que han conocido a María Eugenia, ricos y pobres, le rinden un último homenaje. Así pues, es la comunidad de la Iglesia, en toda su diversidad, la que traslada su cuerpo en una larga procesión, y lo deposita en la tierra, en la capilla mortuoria [3], construida en el fondo del parque.

[3] Esta capilla fue destruida en 1926 junto con el monasterio. El cuerpo de María Eugenia reposa ahora, desde su beatificación, en la actual capilla de Auteuil.

Epílogo

La Asunción, hoy

«Osar llegar a ser santa»

NOS podemos preguntar: ¿qué es lo que sucede con la Congregación después de la muerte de una fundadora tan excepcional? ¿Cómo ha continuado su camino? Padeciendo los mismos avatares de la sociedad y de la Iglesia, la persecución o la guerra, la secularización o la eclosión de las culturas, la Asunción peregrinante ha empezado pobre y humildemente en los deseos de su fundadora y prosigue, de década en década, los mismos fundamentos de fe, de abandono, pero también de pasión misionera, de ardor para hacer conocer a Cristo Jesús y a su Iglesia.

Precisamente en uno de esos momentos de gran cambio, después del Concilio y de mayo del 68, es cuando la Iglesia decide mostrar el rostro de María Eugenia a todos los cristianos y a la humanidad.

El domingo 9 de febrero de 1975 van a converger en Roma peregrinos que afluyen del mundo entero. El postconcilio y la particular internacionalidad de la Congregación van a permitir grandes novedades: la antigua e inmensa basílica de San Pedro oye resonar, por primera vez, cantos en las principales lenguas de la concurrencia, que alternan con los tradicionales coros en latín de la Sixtina. Por primera vez también, los tambores de África se expresan y encuentran su lugar en la liturgia.

Y he aquí que, en el altar de la Confesión, precisamente encima de la tumba de San Pedro, el Papa Pablo VI proclama Beata a la Madre María Eugenia Milleret. Su inmensa foto aparece en plena Gloria de Bernini entre los aplausos, largamente prolongados, de la muchedumbre joven y cosmopolita.

Esta Iglesia que María Eugenia amó y sirvió tanto, esta Iglesia la exalta en su corazón: he aquí que en el mundo entero se desvela su santidad. Y Pablo VI, en

das a situaciones nuevas; en todas partes las mutaciones socioculturales aceleradas han conmovido a las sociedades. En todas partes se trata de salvar el abismo entre la fe y la cultura. Este reto es precisamente al que dio respuesta María Eugenia; fundó la Asunción en un tiempo de crisis, y en respuesta a esa crisis.

Por tal razón, la Congregación habla hoy de «refundación». ¿Qué quiere decir eso? Sólo el deseo y la necesidad de realizar, en nuestro tiempo y para nuestra sociedad, el proyecto que llevó a cabo María Eugenia para el siglo XIX. Alcanzar la misma experiencia mística y realizar hoy lo que ella hizo para su época: poner todas las fuerzas en el servicio de la evangelización. El reto que se nos lanza es, pues, a la vez viejo y nuevo. Se trata de ser obreras del Reino, capaces de caminar al paso de la Historia, con el fin de dejar que florezca en ella el Evangelio.

Esta tarea conduce con frecuencia a «un admirable intercambio»: el Evangelio transforma la cultura y la cultura pone de relieve el Evangelio de un modo totalmente nuevo y original. Lo realizamos a través de toda clase de inserciones, pero especialmente en las comunidades cristianas, lugares privilegiados en donde la comunidad humana, en su cotidiano quehacer, encuentra a la Iglesia. La Iglesia que vigila, la Iglesia que es la memoria de los valores abandonados por la moda cultural, la Iglesia que sirve, la Iglesia que educa, que cura, la Iglesia que rehace laboriosamente, por medio de la fraternidad, el tejido social desgarrado por los cambios culturales.

Me gustaría añadir que lo que conduce a la belleza de nuestra vida, a la vez contemplativa, apostólica y comunitaria, es, al mismo tiempo, un equilibrio difícil de mantener y que nos obliga a constatar, humildemente, nuestra debilidad. Esta asombrosa paradoja, que nos hace hablar a Dios y hablar de Dios, al mismo tiempo que vivimos en Dios por el amor como verdaderas hermanas, es también la causa de nuestra felicidad y de nuestra lucha.

En cada comunidad, en cada una de nosotras, la Asunción es frágil, como también lo es la gracia en nuestras vidas, en las de toda la humanidad. Nos maravillamos de *lo que Dios hace con tan pocos medios.* Apreciamos mejor su poder y en qué medida Él desea servirse de lo que es débil y pequeño. Y continuamos, día tras día, de generación en generación, como *pioneras que sienten el peso de la tierra y abren su surco.*

¡Que resplandezca, pues, su gloria en nuestra debilidad y que venga a nosotros su Reino!

MÉXICO
Casa Provincial
Calzada de los Leones, 183
01710 México D.F.

CENTROAMÉRICA
Casa Provincial
Real de la Villa, 10-85
Guatemala/Zona 10

ARGENTINA
Casa Provincial
Carmelo Valdés, 28
5300 La Rioja

Índice

Prólogo 7

1 Metz, Preisch y París (1817-1832)
«Esta educación en el campo deja una fuerte impronta» 13

2 Notre Dame (1832-1836)
«Mis pensamientos son como un mar agitado que me fatiga y me pesa» 21

3 Saint Eustache (1836-1837)
«Soy incapaz de fundar algo en la Iglesia de Dios» 27

4 La «Côte Saint André» (1837-1838)
«He sentido una verdadera alegría al entrar aquí en la casa de mi Dios» 35

5 Joséphine, Anastasie, Kate (1838)
«Mi primera hermana...» 43

6 Calle Férou (30 de abril de 1839)
«Nuestra Congregación ha tenido comienzos tan endebles...» 51

7 Calle de «Vaugirard» (1839-1842)
«Una casita con patio y jardín» 59

8 El imposible futuro (1841-1842)
«Una fundación sin fundador...» 69

9 «Impasse des Vignes» (1842-1844)
«Creo que estamos aquí para trabajar en el advenimiento del Reino de Dios...» 75

10 Un giro abrupto (1844)
«... la noche de mi inteligencia...» 85

11 Chaillot (1845)
«¡En esta vida de pobreza, cuánto estímulo y cuánta alegría!» 91

12 El Cabo de Buena Esperanza y Richmond (1849)
«¿Sabe que nos proponen ir a China...? Le confieso que esa propuesta me tienta...» 99

13 Sedan y Nîmes (1854-1855)
«No me atrevo a negarle el permiso para cuidar a los enfermos del cólera...» 109

14 La fundación de los religiosos (Navidad de 1845)
«Nuestras dos Asunciones... nuestra doble Asunción...» 117

15 Auteuil (1857-1866)
«Conseguir que la inteligencia sea tan cristiana como el corazón».
«Lo que domina en mis relaciones con las hermanas, es conducirlas a Dios tal como Él las quiere...» 123

16 San Pedro de Roma (1866)
«Es preciso que la vida de la Iglesia se realice en nosotros a través del sufrimiento» 137

17 A pesar de la guerra (1870-1876)
«Recemos y pongámonos a trabajar con más ardor que nunca» 145

18 A los sesenta años (1878)
«No es fácil explicar el espíritu de la Asunción tal como yo lo siento...» 155

19 Los apoyos caen (1880-1888)
«Me he acostumbrado a no ver en las almas más que lo que he de ver durante toda la eternidad» 163

20 La época del amor (1889-1894-1898)
«Entreveo un cierto desprendimiento, de sencillez en donde no permanecerá más que el amor...» 175

Epílogo. La Asunción, hoy
«Osar llegar a ser santa» 189